

Orthology Photography Fiction Fishing
Christianity Art Cooking Essays
Buddhism Freemasonry Medicine Biology
Music Ancient Egypt Evolution

Carpentry Physics Dance Geology
Viviparities Fitness Shakespeare
Cosmology Yoga Marketing Confidence
Immortality Biographies Poetry
Psychology Witchcraft Electronics
Chemistry History Law Accounting
Philosophy Anthropology Alchemy Drama
Quantum Mechanics Atheism Sexuality
Mental Health Ancient History Criminal
Entomology Psychiatry Languages Sport
Paleontology Neuroscience Statistics
Metaphysics Investment Archaeology

Forgotten Books

— www.forgottenbooks.com —

Copyright © 2016 FB &c Ltd.

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law.

FILOSOFIA A PRIORI

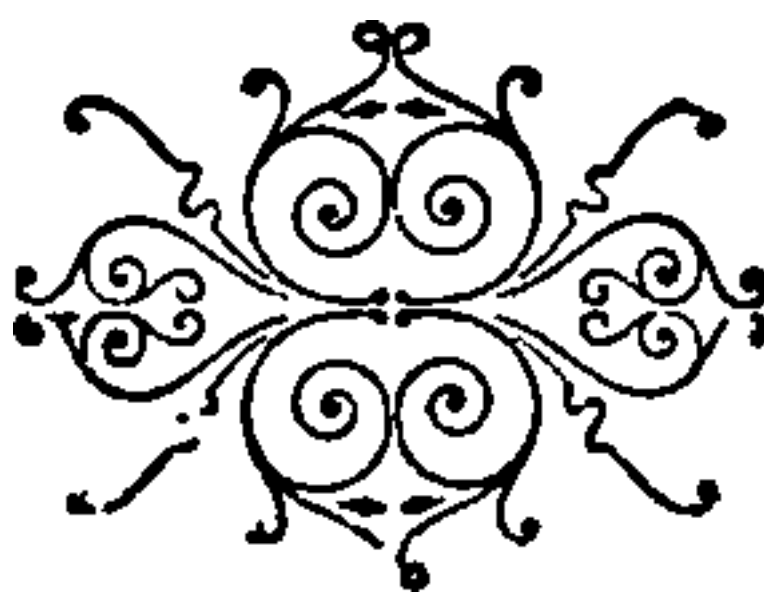
LA VIDA

POR EL DR.

NICOMEDES REYNAL O'CONNOR

...

Correspondiente de la Real Academia
de Legislación y Jurisprudencia de Madrid, &., &.



BUENOS AIRES

IMPRENTA EUROPEA, MORENO Y DEFENSA

1892

Las comunicaciones á casa del autor, calle
Coronel, núm. 809.—Buenos Aires.



Á MI PADRE QUERIDO

Dr. NICOMEDES REYNAL

RECUERDO AFECTUOSO

EL AUTOR.

INTRODUCCIÓN

Alentado por las palabras afectuosas que con motivo de la *Existencia de Dios* me dirigió la prensa de esta capital y, especialmente, el distinguido abogado, Dr. Bartolomé Galiano (mi antiguo discípulo y amigo), me propuse seguir trabajando al pie del árbol de la filosofía, para poder asir los frutos que ella ofrece cariñosamente á todo aquel que quiera debajo cobijarse.

En tal concepto, y sin ninguna sombra que turbase la paz de mi ánimo, principié á escribir sobre lo que, después de Él, ocupa el primer rango en la vasta escala de los séres. ¿Qué es el hombre; qué el alma; qué el cuerpo; la vida es un resultado de

la organización? Hé aquí varios problemas que han preocupado á los mejores talentos de todos los tiempos y de todos los paises.

Vengo, con la presente, pero sin pretensión alguna, á contribuir á la obra común. Doy, por lo menós, dos ó tres ideas nuevas, que, con un poco de buena voluntad, entrarán tal vez en el cauce general de las verdades inconcusas. Me refiero á la teoría aquella (Cap. IV) de que la vida no es la existencia; mas la existencia organizada ó, mejor, la reunión de existencias (espíritu, materia) que, habiéndose vinculado temporalmente, concurren á un fin general, que es la perfección. De manera que la vida, así considerada, es un mero modo de las sustancias material y espiritual; lo que vale decir que la muerte no importa el cese de la existencia, ó, en otros términos, que el alma es inmortal.

Me refiero también á las aplicaciones metafísicas que he hecho de la noción de *fuerza*; y como la gravedad, por ejemplo, no obra sobre las masas, sinó sobre los átomos de que las masas se componen, resulta que el alma, para vivificar el organismo, debe operar sobre la unidad orgánica, que se llama *célula*, la que, acaparando la vida, la trasmite, por cohesión y afinidad, á los tejidos y órganos. Esto equivale á dividir la vida en dos clases: en vida *primera* ó *celular*, porque, en efecto, en la célula comienza el movimiento, y en vida *segunda* ó *trasmitada*, porque en las diferentes funciones termina el proceso del movimiento mismo.

Me refiero especialmente á la doctrina que sobre la unión del cuerpo con el alma entrego á la opinión pública; esto es, al sentido común; la cosa del mundo, dice Des-

cartes, mejor repartida, pues cada uno de nosotros cree poseer de ella más de lo que en verdad posee.

Pienso que, con lo dicho, he caracterizado mi obra: escrita por un hombre educado en la filosofía idealista, peca por defecto de experimentación: pertenece, pues, al método *à priori* que, para mí, es el único método de invención. El procedimiento *à posteriori* solo tiene por objeto comprobar lo que se ha descubierto *à priori*.



LA VIDA

CAPITULO I

EL HOMBRE

§ I

SU PUESTO EN LA CREACIÓN

En lo antiguo se creia de buena fe que además del hombre civilizado y de todos conocido, existían otros hombres que, por eludir la penosa ley del trabajo, se habían refugiado en los bosques solitarios, en donde, acosados por la hambre, se alimentaban con hierbas, insectos y frutos silvestres.

Se contaba entre esos raros seres hu-

manos á los sátiros que, según los gentiles, tenían patas de macho de cabrío y eran, por ende, muy lúbricos y licenciosos. De aquí el modismo francés: *C'est un satyre*, que se aplica metafórica y familiarmente al varón entregado á los placeres del amor. Metíase también en cuenta á los faunos, divinidades campestres, á los egipanes y sajús, de renombrada memoria.

¿Quién no recuerda aquella singular historia del valeroso Hannón? Este navegante cartaginés, visitando las Gorgodas, ve y mata unos gorillas, los cuales, embalsamados, trasporta y dona á su patria. Allí, habidos por mujeres salvajes, son adorados, á guisa de semidioses, en un templo de Juno.

Tal preocupación no cayó en desuso por el andar del tiempo, cuya virtud principal parece consistir en borrar á modo de esponja las falsas imágenes que la ignorancia imprime en la mente de los pueblos; antes bien, de retoño que era al principio,

se hizo planta en la Edad Media, y dió óptimas resultancias en la moderna.

Distinguidos viajeros, afamados sabios y filósofos han puesto en duda la animalidad de los pongos, orangutanes (*Pithecus satyrus*), etc. Rousseau, por ejemplo, refiriéndose á estos mamíferos cuadrumanos de la clase de los antropomorfos, dice, muy suelto de cuerpo: «Mediante investigaciones más exactas, sería factible convencerse de que ellos no son bestias, ni tampoco divinidades, pero si hombres». Y no ha faltado, *Deo gratias*, un miembro de la Academia de Ciencias de Paris que, entre varias cosas extravagantes, dijera lo siguiente: «Fuese importantísimo para el progreso de las ideas morales levantar los cefos de la triste condición en que yacen hasta la dignidad humana». Y cómo? *Risum te neatis*: «Educándolos desde la infancia y empleando al instruirlos el procedimiento adoptado para con los sordo-mudos. » *Quandoque bonus dormitat Homerus!*

Instituido Linneo en semejante atmósfera y admirado de la armónica graduación de la cadena zoológica, en la que los eslabones se suceden y articulan con inimitable sabiduría, desde el reptil que, por carecer de pies ó tenerlos cortísimos, camina rozando la tierra con el vientre hasta el ser racional y libre, intentó sacar de la tradición lo que en ella vivía de un modo embrionario para revestirlo del pulido traje de la clasificación científica.

Con tal objeto publicó 'en Leiden, á fines de 1735, su *Systema naturæ*; magnífico programa de antropología que desarrolló sucesivamente en 1739 (*De memorabilibus in insectis*), 1745 (*Animalia Sueciæ*), 1754 (*Museum regis Adolphi Frederici*) y 1764 (*Museum Ludovicæ Ultricæ*).

Pues, el eminente naturalista colocó al hombre entre los primatos y, desde luego, al lado de los simios, de los lemúridos (*makis, indris, loris y tárcios*), de los murciélagos y de los perezosos; cuadrúpe-

dos que andan en los trópicos con extrema lentitud.

Y siguiendo la corriente inicial y la etimología de la palabra *orangután*, que en lengua malaya significa *ser razonable*, admitió en el *genera animalium* un *homo ferus tetrapus*; es decir, un hombre selvático, de cuatro pies, como las mujeres aquellas de Hannón.

Cuvier, que no le iba en zaga, pues ya en 1795 era conocido por *el nuevo Linneo*, dividió los mamíferos en grupos, según el pie de cada uno. En los *bimanos* está comprendido el hombre; y en los *cuadrumanos*, el mono.

Pero «entre el pie del hombre y la mano del miembro inferior del mono, observa un escritor, no hay, en cuanto á estructura, diferencias radicales: los mismos músculos entran en la composición de ambos órganos. En los niños se observa mejor la movilidad de los artejos. A no ser por el hábito de llevar zapatos, que limita

el uso de los pies, el pulgar de cualquiera de ellos podría oponerse á los demás dedos; el hecho de que muchos individuos sin brazos son habilísimos para con los pies es, en punto á la cuestión, un argumento irrefutable. Vaya en prueba el caso del pintor Ducornet, quien, á pesar de su doble manquedad, hacia buenos cuadros.

«A la par, en ciertos marsupiales encontramos una especie de mano, mientras que los monos del género *cebus*, privados de ellas, corresponden para Cuvier al grupo de los bimãnos. Perdiendo así la mano su valor taxonómico, nos inclinamos á sostener, como lo más conforme á los principios de la clasificación científica, que el hombre pertenece al grupo natural de los monos y al sub órden de los pitecos ó monos antropomorfos. Tal es al menos la manera de ver de un gran número de autores sobre las relaciones de conformación orgánica, sin perjuicio del rango que debe ocupar el hombre, con arreglo á los

caractéres psíquicos, en la serie de los entes. »

En suma, lector, ó el hombre es un mono perfecto, ó el mono un hombre cuadrumano que, por medio de paciente educación, llegaría á gobernar un estado; en lo cual no veo absoluto impedimento desde el instante que hay soberanos cuasí monos, aunque ninguno por ahora mono entero.

No desconozco que el mono es análogo al hombre : ambos á dos son vivíperos, respiran por pulmones, tienen un diafragma que separa el pecho del abdomen, dientes con raíces y pelo; pero menos pongo en duda las diferencias respectivas y recíprocas: en apurándolas un poco, se convierten en verdaderas contrariedades.

« ¡Cómo! exclama Sócrates, platicando con Aristodemo, ¿qué tú no crees que los dioses se han preocupado de nosotros, ellos que, desde el principio, acordaron exclusivamente al hombre la cualidad de

ser bípedo? Por esta cualidad podemos extender lejos la vista, bien contemplar los objetos. Mientras que los animales terrestres cambian solamente de sitio en virtud de los pies, el hombre, merced á las manos, lleva á cabo los actos más felices de la vida. Los animales tienen lengua; la humana es la única que, poniéndose en contacto con las diversas regiones de la boca, articula sonidos y palabras. ¿Hablaré de los placeres del amor, cuya facultad, limitada en los brutos á una estación por año, se conserva en nosotros hasta la vejez? La divinidad no se ha contentado con ocuparse del cuerpo, sino que, además, y es lo principal, nos ha regalado el alma más perfecta. En efecto, ¿qué alma de los otros animales es capaz de reconocer la existencia de estos dioses que han ordenado este conjunto de cuerpos inmensos y espléndidos? ¿Qué otra especie, salvo la humana, rinde culto á los dioses? ¿Qué otra alma sino la del hombre

se encuentra en estado de prevenirse contra el hambre, la sed, el frío, el calor, de curar las enfermedades, de desenvolver la fuerza por el ejercicio, de trabajar para adquirir la ciencia, de recordar lo que ha visto, entendido ó aprendido? ¿No es evidente para tí que, relativamente á los restantes animales, los hombres, superiores por la naturaleza del cuerpo y alma, viven como los dioses? Con el cuerpo de un buey y la inteligencia nuestra sería imposible ejecutar lo que se quisiera; y, por otro lado, los seres provistos de manos, pero privados de inteligencia, tampoco son felices. ¡Oh tú que has recibido estas dos ventajas preciosas! ¿crees ahora que los dioses se han ocupado de tí? ¿Qué quieres, entónces, que estos hagan para convencerte de su existencia y bondad? »

Estimaban tanto los griegos la posición vertical, inherente á nuestra especie y solamente á ella, que el individuo se llamaba *antrhōpos*; vocablo que se deriva de *άνω*,

arriba, hácia arriba, y de ἄθρεῖν, mirar; bien que, según Platón, viene de Ἀ'ναθρεῖ, ἃ ὅπωπε (*Cratylus*).

Y Aristóteles admitía un reino humano con solo un género, el género *hombre*; pensamiento que, muchos siglos después, renovó Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire, cuando dijo: «La planta vive; el animal vive y siente; el hombre vive, siente y piensa.»

Existimando que, por razón del organismo, háyamos sido en principio monos ¿lo somos por eso actualmente y para siempre jamás? Aquel origen incierto, caviloso, ¿deslustra acaso nuestra superior naturaleza y excelentísimo fin? Con sobrado motivo escribió un día Bossuet: Si los órganos son comunes á los hombres y á las bestias, es necesario concluir que la inteligencia no está adherida á ellos; que depende de otro principio, y que Dios, bajo las mismas apariencias, ha ocultado diversos tesoros.

El hombre es, pues, la obra más perfecta del creador:

Sanctius his animal mentisque capaciùs altæ.
Derat adhuc, et quod dominari in cætera posset:
Natus homo est.

OVID.

Formado á su imagen y semejanza, lo bendijo diciéndole: «Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales, que se mueven sobre la tierra.»

En tal virtud y considerando que las pretendidas manos posteriores del mono no son sino cabales pies, como lo prueba la disposición de los huesos del tarso, la existencia de un músculo corto flexor, de un corto extensor y de un largo peroné, Blumenbach fijó definitivamente las ideas en 1779. Distribuyó los mamíferos del siguiente estilo: puso al hombre á la cabeza de los *bimanos*; al mono y lemúrido en

los *cuadrumanos*; y el resto en los *cuadrúpedos*.

Esto en cuanto al hombre, planta celeste (Φυτόν οὐκ ἔγγειον, ἀλλ' οὐρανιον), á la luz de la zoología generalizada; ¿y bajo el prisma de la rama filosófica, principal objetivo nuestro?

§ II

EL CUERPO

¿Qué máquina admirable es ésta que por intermedio suyo huelo el perfume de las flores; gusto de los manjares que la naturaleza ó el arte me brindan á porfía; veo las bellezas embebidas en las cosas ó que las cosas ostentan con sin par modestia; palpo la suavidad ó aspereza de los objetos; distingo el canto melodioso del rui-señor del monótono ruido de las olas, y tal de los sonidos que, con mi voluntad

ó en contra de ella, se producen en torno mio?

No poseo el olfato del perro, pero debo recordar que los indios norte-americanos rastrean por el olor á sus enemigos. Tampoco tengo la vista del gato, el oído del gallo ó la fuerza de muchos animales que arrastran sobre la faz de la tierra su imperfecta organización; mas los negros africanos, hombres como yo, ¿no sorprenden al europeo civilizado cuando con indómita fiereza vencen al león en singular batalla; cuando astuta y temerariamente dan caza al elefante, y cuando, oh hijos del sol, pedreando matan al vuelo las aves más fornidas y veloces?

Menester es concluir, luego, que la limitación actual de mis sentidos no proviene de su inferioridad congénita respecto de los de otros seres animados, sino que mis preceptores, siguiendo costumbres de antaño establecidas, descuidaron educarlos en el mismo grado y con la misma soli-

citud que al entendimiento, el cual, á la sombra de esa preferencia, acaparó de sumo y para si la poca vitalidad de que de mi espíritu era susceptible.

¿Cuánto no he comido y bebido hasta el presente? Y, sin embargo, ni el estómago, ni la vejiga están llenos, siendo así que ambos recipientes son infinitamente pequeños en proporción á las enormes masas de sólidos ó líquidos que en ellos he introducido. Antes, todos los dias y á cada momento admiten de buena ó mala gana lo que, ora por necesidad, ora por placer, mastico y trago. Especie de toneles sin fondo, en recibiendo algo se aprestan á vaciarse.

Duermo, y durante la vigilia quedo quedo ó camino derecho ó inclinado. Salto; corro; giro, como trompo, sobre los calcañares; marchó despacio, ligero, precipitadamente; todos los géneros de locomoción me son conocidos y los he puesto en práctica. Solo al pájaro le es dado burlarse en la

expansión del hombre; solamente el hombre puede subsistir, á pesar de sus excesos, ciento ochenta y cinco años, como P. Ctartan, de Hungría; ciento setenta y dos, como Juan Rovin, de ídem; ciento cincuenta y siete, como H. Senkins, de Inglaterra; ciento y diez, como J. Causeur, de Brest: habitar bajo el fuego de los trópicos ó entre los hielos de los polos, como los esquimales de Groelandia, que avanzan hasta el 88 paralelo: usar de los dos regímenes ó abstenerse de carne, como hacen los bracmanes.

En fin, este mecanismo sencillo y complicado, pero siempre sorprendente, se llama *cuerpo* por antonomasia, porque es el cuerpo de los cuerpos. Contiene un poco del reino vegetal, bastante del mineral y mucho de los brutos, bien que en escala perfectísima. Es, por tanto, un cosmos en mínima, en donde, escuchando, se oye todavía el éco de aquella voz que dijo: *Fiat*.

Este cuerpo, que, según Homero, es el

más débil y miserable de la congerie congénere, se compone: de *huesos*, que, unidos por *ligamentos*, forman á su turno el *esqueleto*, especie de armadura; de *músculos*, que, contrayéndose, mueven dichos huesos; de *vasos arteriales, venosos y linfáticos*, que distribuyen la sangre y ejercen funciones absorventes; de *nervios*, que transmiten de fuera á dentro la impresión objetiva, y de diversos órganos y vísceras, que desempeñan funciones importantes, ya para la conservación del individuo ya para la propagación de la especie.

§ III

EL ALMA

Érase el segundo tercio de un día de verano. El sol caldeaba la playa de nuestro majestuoso, pero traicionero río; los sauces

babilónicos que poblaban la ribera, parecían cuasi marchitos: caían las ramas á guisa de plomada, y para escapar las hojas al rigor de esa temperatura tropical, se habían enroscado sobre sí mismas, como escondiendo al astro rey sus partes mas retoñas. Humeaba la arena un vapor semejante al de las nubes; ni un pájaro; termómetro: 40°.

Solo se oía el estridor que al estregar las alas produce el grillo y la algazara de dos adolescentes que, bañándose con el agua hasta la cintura, jugaban entre sí.

Poniendo las manos á estilo de pala, se arrojaban al rostro el tibio líquido; simultáneamente avanzaban, retrocedían, brincaban, ó zabullían.

La cuestión es que de chacota en chacota se alejaron demasiado de la margen; cuando quisieron, por temor, desandar camino ya no pudieron.

Entonces, aturdidos por el miedo, se pusieron á nadar desesperadamente; en seguida, se perdieron de vista. ¿Se habían aho-

gado siendo tan niños y al parecer tan hermosos? Así como el viento suele jugarse con las flores deshojadas, haciéndolas bailar locamente, subir presto, bajar despacio, para, por último, arrojarlas lejos con soberbio desdén; así también las olas, bravías y espumantes, los tiró como á objetos contra una tosca apenas descubierta, en donde, pálidos y extenuados, subieron á duras penas.

Interin, el aspecto de la tarde había cambiado á toda prisa: los patos retornaban a sus nidos, graznando por debajo de negros y compactos nubárrones, en cuyo seno cisuras de fuego se abrían y cerraban á porfía; soplabá aquella brisa que precede á las grandes tempestades; los árboles se balanceaban perezosamente y el musgo, regado por las rompientes de la costa, se erguía lleno de frescura y lozanía.

¡Pobres desgraciados! ¡Cómo gritaban, pidiendo auxilio! ¡Con qué aflicción levantaban los pañuelos que, limpios y plancha-

dos, habrían recibido al salir de casa de sus cariñosas madres! Nadie respondía. .

Viendo uno de ellos que el peligro era inminente y tentando por instinto la querida salvación, se echó de vientre sobre la tosca y, apoyado en sus brazos convulsivos, comenzó á resbalar, dorso á la ciudad, á ver si descendiendo mucho hacía pie firme; mas ¡ay! no habiéndolo encontrado, ni podido soliviararse ni permanecer asido, cayó de nuevo en garras de la corriente...

El otro que permanecía parado, crispó los dedos, miró aterrado el sitio de la catástrofe, ante la cual, inclinándose, lanzó tremenda carcajada: ¡había perdido la razón! El cielo contestó con un trueno que conmovió el espacio, y principió á llover recio.

En tal estado, un pescador que regresaba á su cabaña, encajonada en una de las socavas de la antigua barranca de la Recoleta, acertó á pasar por allí. Dióse cuenta de la triste situación del mozo sobrevi-

viente, y, tirando las redes que traía á cuestas, se desnudó precipitadamente.

En circunstancias que recogía los músculos para saltar contra las furias, como león cuando acomete, una mujer, trémula y tostada, lo detuvo por detrás. ¡Cómo! le dijo, cubierta de emoción y llanto ¿qué piensas dejarme viuda y huérfano á nuestro único é idolatrado hijo!

No sobraban momentos; antes bien: ó al jóven de la peña, quien, como estatua del terror, se encontraba enclavado en ella, ó á la familia, al hogar, en donde podría descansar tranquilamente de las fatigas ordinarias.

Hubo un segundo de vacilación; segundo de horrible lucha entre el corazón y la cabeza; por fin, triunfó una voz interna que con formidable acento le repetía: ¡al joven! ¡al joven! Y cual flecha que al disparar hiere el aire, se metió en las turbulentas aguas.

Al poco rato todo estaba concluido: un

hombre había salvado á otro hombre, devolviendo á la república un ciudadano que, según las apariciencias, yacía perdido para siempre.

¡Oh lector! ¿qué voz interna fué esa que, en tan crítico y bárbaro combate, que hubo por campo un pecho generoso, venció al instinto de conservación, puso en vergonzosa fuga al egoismo contemporáneo y desató, bien que por breve tiempo, los cariñosos nudos de los más caros sentimientos? No salió, sin duda, del estómago, que solo digiere; tampoco de los pulmones, que solamente respiran; pero sí de un algo superior al cuerpo, al cual, gobernando, impulsa á las acciones heroicas, aún con perjuicio de la salud y vida del cuerpo mismo. Partió del alma iluminada por la conciencia ó de la conciencia que, iluminando al alma, nos castiga con el remordimiento ó nos premia con la satisfacción.

¡Oh espíritu consciente! ante tí me des-

cubro con especial respecto. Eres la única joya que en verdad poseo: más rica que todos los brillantes de los imperios, á los imperios has establecido y hecho sucumbir; por tí siento, pienso, quiero, amo, aborrezco, lloro y río; nada humano escapa á vuestro poder, lo humano es tal por vos; has socavado la tierra hasta profundidades sorprendentes y extraído de los abismos valiosos materiales para las ciencias, artes é industrias, que también son obra tuya; surcas y dominas los mares, ora con las antiguas naves, ora aplicando la fuerza elástica del vapor al pistón, que al efecto tienes inventado; has convertido la electricidad, oriunda del firmamento, en dócil esclava de la palabra, que igualmente te pertenece; corregido, por medio de locomociones adecuadas, la lentitud natural de nuestras marchas; dictado sabias leyes en todos los siglos y lugares; y, sobre todo, impreso con indelebles caracteres en lo íntimo de los individuos y de las sociedades estos

vocablos, esperanza de los buenos, consuelo de los afligidos, estrella de los navegantes, próxima costa de los náufragos y punto negro en el horizonte de la inmortalidad de los hipócritas y egoistas, deshonra de la especie: —¡DEUS EST!

§ IV

APÉNDICE

PENSAMIENTOS

En el principio del mundo la acción del fuego hizo nacer del limo de la tierra los animales; el hombre fué el último producto de esa energía espontánea de los elementos.

Arquelao.

Los hombres han nacido de la tierra calentada por los rayos solares.

Escuela Eleática.

El alma de las bestias no es sinó un poco de aire caliente, y la del hombre, un poco más caliente aún: ¡diferencia de grados!

Diógenes de Apolonia.

El encéfalo es el principio característico del hombre; el corazón, de los animales; el umbílico, de las plantas; el órgano de la generación, de todos los séres vivos.

Filolao.

El hombre es el más necio de los animales.

Diógenes de Sínope.

El hombre sin educación no se distingue de los animales.

Cleanto.

El agua y el fuego poseen el elemento material; las plantas y árboles, vida; los animales, conocimiento; pero las dos primeras cosas carecen de sensibilidad; las dos segundas, de inteligencia, y la última, del sentimiento de justicia. Sólo en el

hombre se encuentran reunidas todas esas propiedades. Ved por qué es el más noble de los seres creados.

Sun-tseu.

Imitad, como hombre, á los animales, que nada hacen contrario á la naturaleza.

Crísipo.

El hombre no es superior al perro.

Carneades.

Los brutos se limitan á sentir sensaciones, recordar é imaginar.

Tolomeo.

Nadie sinó el hombre hace uso de ese discurso interno del alma que se llama razón.

Ídem.

Por la libre voluntad el hombre se distingue de los entes inanimados, de las plantas y de los animales.

Orígenes.

Entre el hombre y el asno hay diferencias formales.

Mayronis.

El hombre se diferencia especialmente de los otros animales por el lenguaje.

Dante.

El hombre ocupa el medio término entre lo perecedero é imperecedero; entre los animales y los dioses.

Pomponazzi.

El universo es una cadena. El mundo físico está colocado en el último anillo; Dios, en el anillo superior, y el hombre, en el anillo intermedio.

Ficin.

El hombre goza de una alma divina, inmortal, inmediatamente inspirada por el Creador; los animales son animados por un espíritu seminal, que se forma y nutre con semilla propia.

Telesio.

El hombre y las bestias disfrutan de las mismas facultades.

Charrón.

El único ser perecedero que piensa es el hombre.

Cesalpino.

Las bestias son razonables.

Rosario.

Los animales son más inteligentes y mejores que el hombre.

Idem.

Los brutos son puras máquinas.

Descartes.

El hombre no es ángel ni bestia.

Pascal.

El hombre es el jefe y rey de la naturaleza.

Boileau.

Las bestias, además de vivir, son sensibles, apasionadas y un poco inteligentes.

Buffón.

El hombre y las bestias se diferencian solamente en el órgano del tacto.

Helvecio.

El hombre es un animal exclusivamente sensible.

Idem.

La existencia humana se compone tan sólo de sensaciones.

Idem.

¿Qué es el hombre?—Una masa organizada y sensible.

Saint-Lambert.

El hombre es superior á los animales, porque se halla sometido al imperio de necesidades más variadas y difíciles para satisfacerlas.

Condillac.

La naturaleza del hombre no es más sorprendente que la de cualquier otro ser.

Holbach.

Las potencias denominadas humanas per-

tenecen también á los animales: el instinto de las bestias es, en efecto, perfectible y razonable.

Darwin.

El hombre y los animales derivan de un mismo filamento.

Idem.

Todos los seres no son sinó variedades del tipo animal.

Robinet.

Entre los animales no se ven tantos locos como entre los hombres. . . .

Meier.

Los animales ignoran su propia existencia; el hombre al existir sabe que existe.

Maine de Biran.

El reino animal es el hombre desmembrado.

Oken.

El hombre y los animales no se distin-

guen por las facultades; pero sí por el grado de desarrollo de ellas.

Leroy.

El hombre es un resúmen de los atributos de los séres inferiores.

Garnier.

El hombre recibe al nacer un principio celestial.

Tchou-hi.

La naturaleza del hombre es como la de la mimbrera.

Kao-tseu.

El hombre se inclina por instinto al mal.

Meng-tseu.

El hombre es el criterio de la verdad.

Protágoras.

El hombre es una alma servida por un cuerpo.

Platón.

La palabra *hombre* no significa nada.

Estilpón.

La raza de los mortales se parece á la de las hojas.

Filón.

Hay en el hombre una materia inerte, pasiva, y una alma, principio del movimiento y de la vida.

Crísipo.

El hombre es una inteligencia revestida de carne; un vaso destinado á recibir el espíritu; un alma sujeta al tiempo, hecha para el dolor; es el juguete de la fortuna; el desertor de la luz.

Secundo.

El hombre es un ser doble: tiene cuerpo y alma. El alma se divide en racional é irracional.

Nemesio.

El hombre es una alma servida por órganos.

Proclo.

La humanidad no es el hombre, pero

sí la forma por la que el hombre es tal.

Gilbert.

El hombre es la imagen de la Trinidad.

Tauler.

El hombre representa á Dios y el universo: es, pues, un pequeño mundo, un microcosmo.

Zorzi.

El universo es macrocosmo, respecto del hombre; y el hombre, microcosmo relativamente al universo.

Paracelso.

El hombre es un resúmen espiritual del mundo.

Van Helmont.

El hombre es la reunión de dos sustancias: una corporal y otra espiritual.

Casmann.

El hombre es un ser dotado de fuerzas aplicables á la investigación de la verdad.

Herbert.

El hombre, como todos los seres finitos, es una emanación del ente infinito.

Campanella.

El hombre es la suma de estas facultades naturales: la nutrición, el movimiento, la generación y la sensibilidad.

Hobbes.

El hombre es un cuerpo animado é inteligente que tiene la doble facultad de sentir y de afectarse.

Idem.

Dios es el hombre; el hombre, Dios.

Silesius.

El hombre es la obra de circunstancias fortuitas.

Helvecio.

La pasión es el carácter distintivo del hombre.

Idem.

El hombre es una actividad consciente.

Leibniz.

El hombre es para los sistemas filosóficos el bocado más indigesto. Escollo de lo verdadero y de lo falso, embaraza á los ortodoxos . . Dudo que la naturaleza pueda presentar un tipo tan extraño é ininteligible como el que designamos con el nombre de animal racional: es un caos más embrollado que el de los poetas.

Bayle.

El hombre es un animal que sabe hacer instrumentos.

Franklin.

El hombre es un compuesto de cuerpo orgánico y de alma racional y libre.

Genovesi.

El hombre es una lámpara sagrada, suspendida en medio de las tinieblas de la duración.

Saint-Martin.

El hombre es un autómata inteligente.

Spinoso.

En el hombre todo es físico y sensible.

Deschamps.

Así como el pescado se agita y esfuerza en tierra para retornar al mar; así el hombre no gozará de su existencia sinó cuando zambulla de nuevo en las aguas de donde ha salido y en donde solamente tendrá la plenitud de sus facultades.

Hemsterhuys.

La prerrogativa del hombre está fundada en la conciencia de sus relaciones inmediatas con el órden universal y con el principio de la naturaleza.

Shaftesbury.

La naturaleza del hombre no es más sorprendente que la de cualquier otro animal.

Holbach.

El hombre es un ser efímero.

Idem.

El hombre es un ser mixto. En la ad.

quisición de las ideas debe todo á los sentidos.

Bonnet.

El hombre es un ser queriente; esto es, que posee deseos.

Destutt de Tracy.

El hombre es una inteligencia munida de órganos.

Bonald.

El hombre es por esencia sensación, sentimiento é idea.

Leroux.

El hombre es una criatura eminente.

Jouffroy.

La naturaleza no pertenece al hombre, sinó, al contrario, el hombre á la naturaleza.

Massias.

El hombre desaparecerá algún dia de la creación para dar lugar á criaturas menos miserables.

Buchez.

El hombre es cuerpo y alma. El alma ha el espíritu psíquico; el cuerpo, el espíritu físico. Los dos espíritus se corresponden en funciones y desarrollo.

Bautain.

Ser hombre, y ser débil y flaco es una misma cosa.

Calixto del Corro.

Grande es el hombre, sí, pues su flaqueza
Su miseria conoce y su grandeza,
Y concibe lo grande y lo ambiciona
Y al dolor se somete en pleno juicio,
Al dolor, á la muerte, al sacrificio
Como rey de sí mismo, y se corona.

Echeverría.

El hombre es una voluntad esclarecida
por la inteligencia y solicitada por pasiones.

J. Simón.

*
* *

¡Insensato el que pretenda que dure el cuerpo humano! Es tan sólido como la rama de la palmera, y tan fugaz como la espuma de los mares.

Compuesto de los cinco elementos de la naturaleza, en ellos se resuelve, y va á dar cuenta de las acciones ejecutadas en su anterior estado. No hay por qué compadecerle.

Himno del Sama-veda.

El cuerpo es, á mis ojos, semejante á una gota de lluvia.

Dicho de un príncipe búdico.

El cuerpo es el fondo de la persona.

Demócrito.

El cuerpo es el alma, lo que la herramienta á la mano del artífice.

Platón.

Siendo el cuerpo la persona, es como cualquiera cosa, una combinación de átomos.

Epicuro.

El cuerpo es el enemigo del alma.

Proclo.

El cuerpo hace parte de la sustancia del alma.

Henrique de Gand.

El cuerpo es naturalmente inerte.

Agripa de Nettesheim.

El cuerpo puede pensar y querer.

Bayer.

El cuerpo es una porción de vapor de la materia tenebrosa que la materia encierra en su seno.

Fludd.

El cuerpo y sus propiedades más esenciales no son sinó manifestaciones fugitivas y sensibles de una fuerza que escapa á nuestros sentidos y que permanece siempre la misma en medio de esos cambios.

Glisson.

El cuerpo humano está lleno de espíritus internos. Estos son vitales ó animales :

son vitales cuando provienen de la sangre;
son animales cuando pasan del corazón al
cerebro.

Digby.

Es más fácil conocer al alma que al cuerpo.

Descartes.

Yo me consideraba primeramente como
teniendo cara, manos, brazos y toda esta
máquina compuesta de huesos y de carne,
tal cual se manifiesta en un cadáver á la
que designaba bajo el nombre de *cuerpo*.

Idem.

Es más inteligible el cuerpo que el alma.

Gassendi; 'Malebranche.

El cuerpo es el órgano del alma.

Bossuet.

El cuerpo es un conjunto de partes arre-
gladas con maravilloso artificio.

Idem.

El cuerpo es la parte pasiva, y el espí-
ritu la parte activa de las criaturas. Ambas

pueden cambiarse recíprocamente: *In qualibet visibili creatura corpus est et spiritus, sive principium magis activum et magis passivum.*

Van Helmont.

El cuerpo es un instrumento de la actividad exterior de las criaturas: *Hæc autem capacitas præditarum perfectionum distinctum omnino est at tributum a priori, id est vita et perceptio omnino distinctæ sunt ab extensione et figura, atque sic etiam actio vitalis plane distincta est a motione locali et mechanica, quamvis ab eadem nec separata sit nec separabilis, sed eadem semper utatur tanquam instrumento suo, ad minimum in omni concursu suo cum creaturis.*

Idem.

El cuerpo es una cosa compuesta que no puede pensar, ni tener conciencia de sí misma, ni distinguirse de otra cosa, y que no es susceptible sinó de movimientos y cambios totales ó parciales.

Wolff.

La materia y el movimiento son la causa y origen del pensamiento, tanto en el hombre como en los brutos.

Coward.

El cuerpo consiste únicamente en accidentes, y es tan sólo un fenómeno.

Berkeley.

La inteligencia, el alma ó el espíritu existe realmente ó en verdad; . . . el cuerpo, como todos los cuerpos, no existe sinó en un sentido secundario y relativo.

Idem.

El cuerpo es un instrumento puesto al servicio del espíritu.

Ott.

La sensación depende en los organismos elevados de la constitución del cerebro; el órgano central. En el cerebro se realizan todas las operaciones que se quiere atribuir al espíritu; distinguir el espíritu del cuerpo

no es, por consiguiente, mas que distinguir el cerebro del cerebro.

Holbach.

El cuerpo es un esclavo que obedece al alma.

Voltaire.

El cuerpo es una fruta verde; en el momento de la muerte madura.

Idem.

De todos los objetos que nos afectan por su presencia, nuestro cuerpo es el que más nos impresiona.

D'Alembert.

El cuerpo es para el alma un órgano necesario, y forma con ella el ser humano.

Platner.

El cuerpo es una forma en la cual pasan perpetuamente un flujo y reflujo de moléculas.

Cuvier.

La individualidad orgánica existe como

sujeto cuando los elementos exteriores de la figura se idealizan en los miembros y cuando el organismo en su processus exterior, conserva su unidad individual.

Hegel.

Nuestro cuerpo es un cuerpo poroso, una criba, sobre todo para el aire.

Raspail.

El cuerpo es la envoltura del espíritu.

Bautain.

El cuerpo es una cruz discorde. Hé aquí porque todo ha sido restaurado por el misterio de la cruz.

Idem.

La inteligencia es el carácter íntimo del ser humano; el cuerpo es su forma externa.

Laurentie.

Nuestro cuerpo es un cadáver; para embellecerlo es necesario taparlo.

Karr.

*
* *

El alma humana es semejante á los dioses inmortales y, por tanto, inmortal como ellos.

Alcmeón de Crotona.

El alma es una armonía.

Filolao.

El alma es una inteligencia; existe en todos los animales: en los grandes como en los pequeños, en los nobles como en los más viles.

Anaxágoras.

La naturaleza del alma es la misma que la del fuego.

Demócrito.

El alma es un producto de la organización.

Escuela Eleática.

El alma es lo que se sirve del cuerpo :
τὸ χρώμενον σώματι.

Platón.

El alma es la primera entelequia de un

cuerpo natural, organizado que tiene la vida en potencia; es decir, la fuerza por la cual la vida se desenvuelve y manifiesta realmente en las cosas destinadas á recibirla.

Aristóteles.

El alma es un número que se mueve á si mismo.

Jenócrates.

El alma es el resultado de la armonía de los elementos, del conjunto de las formas y de las funciones del cuerpo.

Dicearco.

El alma es un cuerpo compuesto de átomos redondos y movibles.

Epicuro.

El alma es un cuerpo.

Crísipo.

El alma es una materia menos densa que la del cuerpo.

Polomeo.

El alma se halla formada por estas cuatro cualidades primitivas: calor, frío, sequedad y humedad.

Galeno.

El alma no es sustancia verdadera, sinó simple forma del organismo y de la vida (εἶδος τι τοῦ σωματος ὀργανικοῦ).

Alejandro de Afrodisia.

El alma es una forma materializada (εἶδος ἐνυλόν), que no puede vivir sin el cuerpo.

Idem.

El alma es la ciencia y la vida.

San Agustín.

El alma es una sustancia dotada de razón, y dispuesta para gobernar el cuerpo: *substantia quædam rationis particeps regendo corpori accommodata.*

Idem.

Aunque el alma está compuesta de materiales más finos que los del cuerpo, está,

sin embargo, sometida á las mismas enfermedades.

Mamerto.

El alma razonable, que es espiritual, se asemeja á la Divinidad.

Casiodoro.

El alma humana es un intelecto pasivo que, por medio del estudio y buenas costumbres, puede recibir la acción del intelecto activo, emanante de Dios.

Escuela árabe.

El alma es un todo virtual.

Alberto el Magno.

El alma razonable es aquello que se encuentra destinado á la felicidad suprema.

San Buenaventura.

El alma es una sustancia que comunica la vida; es más sutil que el fuego y que el aire; se halla dispuesta para unirse al cuerpo, pero no es corporal.

Hugo de San Víctor.

El alma es una fuerza.

Dun Scot.

¿Cuál es la esencia del alma? La actividad incesante.

Durand.

El alma es una sustancia espiritual, simple y naturalmente libre.

Gerson.

El espíritu se mueve á sí mismo.

Agripa de Netesheim.

De las centellas luminosas, el alma es la especie más grosera y propia para mezclarse entre los elementos terrestres.

Fludd.

El alma es un álito ó tintura.

Escuela alquimista.

Spíritus intus alit totumquē infusa per orbem. Mens agitat molem et magno se corpore miscet.

Cardam.

La acción del alma es independiente del organismo.

Cesalpino.

El alma es una imagen de la Trinidad: por el pensamiento se parece al Padre; por la voluntad, al Hijo, y por la parte efectiva, al Espíritu Santo.

Bæhm.

El alma es extensa.

More.

El alma no existe en el cuerpo; lo penetra solamente con su influencia y virtud.

Laforge.

El alma no se mueve; el cuerpo sí.

Clauberg.

El alma representa en la tierra á Dios.

Crousaz.

El alma es la vida.

Rudiger.

La espiritualidad é inmortalidad del alma son invenciones del paganismo contrarias

á los principios de la sana filosofía y de la religión.

Coward.

El alma, como el cuerpo, no puede ser objeto de ciencia particular: ambos pertenecen á la física é historia natural.

Bolingbroke.

El alma es el principio de la vida.

Stahl.

El alma es el pensamiento.

Malebranche.

El alma es una sustancia inteligente nacida para vivir en el cuerpo, al cual se halla íntimamente unida.

Bossuet.

La esencia del espíritu creado ó increado reposa en el pensamiento.

Poiret.

El alma es una colección de sensaciones.

Condillac.

La propiedad fundamental del alma no

es el pensamiento, como decía Descartes, sinó la extensión.

Idem.

Lo que llamo alma ó *yo* no es otra cosa que un montón, un haz, una colección de percepciones diversas que se suceden con incomprensible rapidez y que se mueven y corren sin cesar.

Hume.

El espíritu es una escena sobre la cual aparecen de seguida representaciones diferentes. Nosotros nunca podremos conocer ni esa escena, ni esas representaciones, ni los materiales de que éstas están compuestas.

Idem.

El alma es un ser simple, una fuerza.

Wolff.

Sólo el espíritu es sustancia.

Berkeley.

El alma es esencialmente una fuerza.

Idem.

El alma es el cuerpo mirado metafísicamente y de una manera general.

Deschamps.

El pensamiento es la única forma del alma indivisible, inmaterial.

Buffón.

El alma obra sobre el cuerpo y en virtud de él.

Bonnet.

El cerebro es al pensamiento lo que el estómago é intestinos á la digestión.

Cabanis.

El alma contiene á la vez la fuerza y la extensión, la vida y la cantidad.

Bonstetten.

El alma es un cerebro activo.

Broussais.

Percibimos el *yo* actual de la conciencia, pero el *yo* absoluto, el alma ó cosa pensante, escapa á nuestras miradas.

Maine de Biran.

El alma es simple, porque es real; inmortal, porque es simple.

Herbart.

La fuerza es distinta de la materia; luego el alma lo es del cuerpo.

Jouffroy.

Las funciones principales del alma son: la intuición de lo ideal y el sentimiento de lo real.

Rosmini.

El alma es el principio de los hechos del orden moral.

Feuchtersleben.



CAPITULO II

DOCTRINAS VITALES

§ I

REVISTA GENERAL

Incluyo las doctrinas india, china y griega en el mismo párrafo sin hacer, empero, confusión alguna. Comprendo que el Oriente, habiendo estado casi siempre sometido al imperio de la poesía y de la autoridad religiosa, pertenece más á la historia de la civilización que á la de la filosofía; y que, en tal concepto, su índole nacional es respecto del carácter helénico lo que el aceite del agua.

En Egipto la ciencia residía exclusiva-

mente entre los sacerdotes, la casta privilegiada y de excepción. Cada uno de ellos estaba destinado á un templo; todos juntos constituían un cuerpo político y doctoral á la vez con poderosos colegios establecidos en Tébas, Ménfis, Heliópolis y Sais. Los demás habitantes eran guerreros, labradores, negociantes ó esclavos; y los conocimientos de que la clase sacerdotal hacía alarde no provenían, según ella; de las investigaciones naturales, sinó de la revelación efectuada desde el origen de las cosas y en medio de circunstancias extraordinarias.

En Caldea y Persia sólo existían, fuera de los magos, masas crédulas y obedientes. Aquellos pregonaban que habían recibido la ley divina de manos de Hom en el Monte Albordi. Después de la revolución operada por Zoroastro se convirtieron en genuinos representantes de los libros sagrados.

Los sistemas oriundos del Ganges son,

en último análisis, simples interpretaciones de los Vedas.

Dividida la especie humana en cuatro categorías (los Bramanes, los Chatrias, los Vasías y los Sudras), los fundadores de la filosofía india pertenecen á la primera en dignidad y gobierno. Capila, creador de la concepción *sankia*, es hijo de Brama; Gotama, padre de la dialéctica *niaya*, figura entre los doce ricos ó santos, común origen de las familias aristocráticas. Nació en la cima del Himalaya; casó con Ahalya, directa descendiente de Dios, á la cual, seducida por Imán, repudió indignado.

Y en cuanto á la China ¿quién fué Confucio, ese glorioso producto del reino feudal de Lu, hoy provincia de Chang-tung? Sin talento especulativo, se limitó, como observa acertadamente M. Frank, á compilar los cinco King ó reglas canónicas.

La Grecia es el polo opuesto. Separada del Asia, Africa é Italia por el mar, se avvicina á dichos puntos, mediante numerosas

islas, que forman, en las vías del comercio y de la industria, espléndidas estaciones. Con sus costas perfectamente cortadas, pudo dar vasto vuelo á las comunicaciones marítimas. El interior, cubierto de montañas y de fértiles valles, ofrece á las diferentes aptitudes variedad de suelos. «Dulce y suave es nuestra atmósfera, dice Eurípides; ni el frío del invierno ni los rayos de Febo nos molestan demasiado.» En fin, aquella tierra prometida convidaba al trabajo fecundo, al desarrollo amplio y generoso de la actividad; y como de las cosas vivientes en el espacio ó en la duración ninguna vale lo que el pensamiento, resultó que éste, estimulado por las riquezas territoriales, el clima, las relaciones externas, las empresas y conquistas, las constituciones liberales y buenas costumbres, sobrepujó en novedad y progreso á las otras faces de ese gran pueblo, cuya no existencia hubiera importado el predominio universal de los bárbaros asiáticos.

Y así, la inteligencia griega, esencialmente entusiasta y varoníl, se divorció bien pronto de las tradiciones mitológicas, de esos cuentos que, de fantásticos, hacían reír á Heráclito, Jenófanes y Protágoras.

Mileto y Crotoña suministran dos escuelas, la jónica y la itálica. La primera se preocupa de los fenómenos sensibles y de la composición material del universo; la segunda, de las condiciones matemáticas de los entes; ambas marchan al principio paralelamente con Thales y Pitágoras á la cabeza.

Más tarde aparecieron las rivalidades. Los jónicos se subdividen en varias fracciones: quiénes, encarando el mundo como un todo dinámico, explican la vida de las partes por la intervención de potencias inherentes á la materia; quiénes, encarándolo mecánicamente, la explican por la reunión, separación y combinación de un número infinito de partículas movibles, pero destituidas de impulso propio y congénere.

Las escuelas punzadas por el émulo, se multiplican: Jenófanes de Colofón funda una tercera, la eleática, con el objeto de encontrar el principio metafísico de la vida; Leucipo y Demócrito, una cuarta, la atomística, fuente del materialismo moderno, el que, por consiguiente, es tan viejo como Abdera.

A la sazón, la filosofía se emancipa definitivamente de la epopeya; toma por atributo el raciocinio; la enseñanza se hace, de privada y secreta, pública y á la luz del día; los maestros, respetados, admirados, pero discutidos, influyen en la dirección de los negocios de Estado; modestos nombres, por modestas cunas, aparecen de repente en la cúspide de la popularidad; el amor á la sabiduría se extiende hasta las últimas capas sociales: hombres, mujeres y niños son arrastrados por la vorágine.

Convertida en moda la madre de las ciencias en un país meridional como la Grecia, patria de lo bello y de las gracias feme-

niles, tuvo que suceder, y sucedió en efecto, á la época de esplendor otra de abatimiento. Los sistemas del Asia Menor, de la Italia y de la Tracia se buscan y encuentran en el centro de la Helada, en donde, para ganar voluntades, que es la victoria, libran la batalla definitiva. Los talistas, refutando á los pitagóricos, llevan á lo extravagante las ideas de éstos; los pitagóricos replican, por ley de reciprocidad, con lo ridículo; los expectadores advierten que los antiguos sabios han degenerado en vulgares charlatanes, y, sin punto de apoyo, caen en brazos de la duda. Dueños del campo los sofistas, proclaman á todos vientos la inutilidad de los estudios filosóficos. «Nada existe, dicen; y si algo hay, ello escapa á nuestro entendimiento.» ¡Triste testimonio de la impotencia de la razón humana cuando, halagada por pequeños triunfos, pretende penetrar en los divinos arcanos!

Pero los griegos, naturalmente inquietos y turbulentos, no podían permanecer mu-

chos años en la inacción intelectual. ¡Ellos que, con los nombres de Minos, Belerofonte, Perseo, Hércules y Teseo, habían vencido á las fuerzas maléficas del Cosmos y conquistado en el Olimpo un sitio preferente; ellos que, para recobrar el vellocino de oro que Frixo y Hele robaran en Tesalia, habían llevado á cabo la atrevida expedición de los Argonautas; sitiado á Tebas y Troya; y derrotado á Dario y Jerjes; ellos, digo, valientes por temperamento, audaces por tradición, condenados á vivir en el excepticismo, que es la lápida mortuoria de las energías físicas y morales!

En consecuencia, inmediatamente que Sócrates apareció en la arena persiguiendo á los enemigos de la verdad, la gente de buena fé lo rodeó con entusiasmo.

Convencido de que era menester una reforma radical, sustituyó á las fórmulas vanas y groseras de Gorgias la observación interna; á la pedantesca cosmogonía de la época, las meditaciones psíquicas.

Por tal camino, sembrado de flores y espinas, llegó á establecer el celebrado precepto: *conócete á ti mismo* (Γνωθι σεαυτόν); antigua inscripción del templo de Delfos; divisa de la antropología contemporánea.

Una nueva era se levanta bajo del cielo generoso de la Grecia; era que, consolidada por los esfuerzos sucesivos, produjo la cultura romana, por no decir la del mundo entero.

Intrépido soldado en los combates de Potídea, Delio y Anfípolis, fué en la paz un modelo de virtudes cívicas.

Su nombre, cual los gaces, se dilata y llena Atenas. Persuade á los mayores; encanta á la juventud; reprende á los malvados.

Melito, Licón y Anitos, demagogos desenfrenados, lo acusan de traición á la República. Juzgado por un tribunal de quinientos cincuenta y nueve jueces, es condenado á muerte.

A raíz de su postrer suspiro, dos hechos

notables acontecen. Los sacerdotes, devotos y defensores de las añejas costumbres caen en descrédito: Melito es lapidado; Anitos, desterrado á Heráclea, en donde le apedrearón. Y la revolución socrática, apenas contenida, se iergue altiva, serena, como águila al remontar el vuelo.

Arístipo, Antístenes y Euclides de Megara se limitan á lo moral; Platón, por ejemplo, más fiel ó menos tímido, generalizando los conocimientos, unde doquiera el agudo ingenio.

Con las asiduas lecturas y los frecuentes viajes, ese último discípulo, privilegiada criatura de Dios, se hizo un gigante; ¡allí donde puso la planta, allí dejó huellas luminosas!

«Las cuestiones de si el alma es distinta del cuerpo, dice un historiador; de si la fuerza que en nosotros siente, piensa y quiere, es la misma que la que repara y conserva nuestro organismo; de si proceden de la misma causa el entendimiento y la

nutrición, nunca habían sido planteadas terminantemente antes de Platón.»

Á la sombra de los olivos y plátanos de la *Academia* se reunían para escucharle los poderosos, elegantes y las buenas mozas, como Asiotea de Fliunte y Lastania de Mantinea.

Entre los puntuales concurrentes sobresalía, por sus hábitos estudiosos y talentos, un jóven, natural de Estagira, á quien Platón llamaba *el Leedor* ('Αναγνώστης), *la Inteligencia de la Escuela* (Νοῦς δια βιβλῆς). Era Aristóteles que, para mantener el equilibrio en todo necesario, estaba destinado á moderar la excesiva influencia de su ilustre profesor.

Á la armonía y suavidad de las formas académicas, á los tropos, alegorías y símiles de Platón, opuso un lenguaje riguroso y nuevo. ¡Con qué sencillez y corrección está escrita, v. gr., la *Historia de los Animales*! «No puedo leerla, escribe Cuvier, sin sorprenderme. Es imposible

concebir, en efecto, cómo un sólo hombre ha podido recoger y comparar tantos hechos particulares y aforismos absolutamente desconocidos. La *Historia de los Animales* no es una obra de zoología, hablando con propiedad, es decir, una descripción de las diversas clases de animales; es, más bien, una especie de anatomía abstracta, que trata de la organización en general; que expresa las diferencias y semejanzas orgánicas, y que, apoyándose en el examen comparado de los órganos, coloca las verdaderas bases de las grandes clasificaciones. »

Hé aquí varios aforismos: *ningún animal terrestre se halla fijo en el suelo; ninguno carece de pies ó alas; todos los animales tienen boca y tacto; todos los insectos alados que poseen el aguijón en la parte anterior del cuerpo, no están provistos sinó de dos alas, por ejemplo, el mosquito, el tábano; cuando el aguijón se encuentra en lo posterior, el insecto tiene cuatro alas.*

«¿Cuántas observaciones, agrega Cuvier, no habrá practicado el autor para poder formular proposiciones tan netas y exactas! Ellas suponen un estudio casi universal de de las especies.

«La clasificación zoológica que expone en la *Introducción*, ha ahorrado muchísima labor á los pensadores subsiguientes; y muy poco ha sido adelantado en cuanto á divisiones del reino animal.»

La Academia, bifurcada, se debilita.

Epicuro comienza á desacreditar las especulaciones metafísicas, de las cuales se mofa descaradamente. Fundándose en el mal, niega la existencia de Dios: *Deus aut vult tollere malum, et non potest; aut potest, et non vult; aut neque vult neque potest; aut vult et potest. Si vult et non potest, imbecillis est, quod in Deum non cadit: si potest et non vult, invidus est, quod æque alienum à Deo: si neque vult, neque potest, et invidus et imbecillis est; ideoque neque Deus; si vult et potest, quod solum Deo*

convenit, unde ergo sunt mala? aut cur illa non tollit (Lact.). Enseña que el fin práctico de la filosofía es la moral y que ésta es el arte de ser feliz: «El placer es el principio y la felicidad de la vida; el objeto esencial á que nos lleva nuestra naturaleza: los sentidos son la piedra de toque de lo que debemos llamar bien. Siendo el placer natural al hombre y el primero de estos bienes, por la misma razón no debe elegirse sin discernimiento. Hay casos en que deberemos evitar grandes placeres, cuando, por ejemplo, hubieran de seguirse mayores males: en otros, deberemos aceptar largos padecimientos, cuando de ellos deban resultar placeres. El sabio no tiene ni mujer, ni hijos, ni es magistrado, ni jefe de su ciudad; cuida de su hacienda, y prevé el porvenir; elige un amigo de humor alegre y complaciente, gusta de los espectáculos teatrales y en ellos goza más que los otros; es el único que puede juzgar discretamente de la poesía y de la música.»

Los estóicos, sin defender dichas especulaciones, hacen reposar la moral en el deber; y encerrados en estos estrechos límites, se concretan á soportar las desgracias y abstenerse de la intervención externa: *Abstine et sustine*.

Es entónces que Arcesilao de Pitano, infiel sucesor de Platón, funda la 2^a Academia. ¿Y con qué miras? No para enseñar la teoría de las ideas, las leyes inmutables de la vida y de la muerte, ó la inmortalidad del alma, sino ¡oh traidor! para proponer entre epicuros y estóicos un medio término, un *sí* y un *no*: excepticismo en el fondo; probabilidad en la forma, τὸ πιθανόν.

Y es también entónces que principia la decadencia griega. Muerto Arcesilao, Carneades, hijo de Cirene, le sucede. Menos original, profundo y serio que el anterior, es el genuino representante del sistema de la verisimilitud.

Enviado por los atenienses de embajador á Roma, escandaliza con sus cómicos so-

rites. Defiende igualmente el pró y el contra; el teísmo que el ateísmo; combate que dos cosas semejantes á una tercera lo son entre sí. A propósito, Lactancio nos refiere que Carneades dijo un dia: «Los hombres establecieron los derechos por pura utilidad; de consiguiente, estos derechos varían según las costumbres, y se mudan con los tiempos; no hay derecho natural; y todos los hombres, así como todos los seres animados, son por su naturaleza impelidos á seguir su propio bien; de modo que, ó no hay justicia, ó ésta es una locura que consiste en perjudicarse á sí propio en provecho ajeno.»

Catón, el severo, lo desterró por peligroso para la paz y buenos hábitos.

Fatigada la cabeza con tanto batallar inútilmente, desfallece y se desmoraliza; olvida el glorioso pasado; transije con el Oriente, que, para ello, estuvo siempre en acecho, y, opaco y frío, se levanta por vez pri-

mera en el horizonte de Occidente, el sol del misticismo.

Algunos caracteres fuertes intentan, sin embargo, poner dique al desastre; pero la hora suprema había sonado con lúgubre acento. El paganismo yacía demasiado viejo y carcomido para que un tal Apolonio de Tiana, pitagórico y místico por añadidura, pudiera contener su ruina.

Entre tanto, la silueta de Jesús, iluminada por el Espíritu Santo, atraía todas las miradas.



Después de los sufrimientos y vergüenzas que, por causa de los judíos, sufrieron los Apóstoles; después de las prisiones y degüellos de cristianos á raíz del incendio de Roma por Nerón; después de las persecuciones sin cuartel de Trajano, Adriano, Septimino Severo, Galerio y Domiciano, los ortodoxos tuvieron, gracias á Constantino, un momento de reposo.

Vaciadas las cárceles y exhumados los ritos de las Catacumbas, los Santos Padres se preocuparon, primeramente, de consolidar las posiciones que, á costa de tanta sangre y lágrimas, conquistaran, y, en seguida, de voltear las últimas trincheras del paganismo agonizante.

Pero el paganismo gustaba, dentro de la esclavitud política, de la libertad de conciencia; y el cristianismo exigía, como base y punto de partida, la sumisión incondicional á los dogmas. Ó los gentiles se resignaban á perder aquella preciosa libertad, que en ellos constituía una segunda naturaleza; ó los cristianos traían, para convertirlos, la razón en apoyo de la fé. La fuerza de la cosa impuso este temperamento, que era, al mismo tiempo, el natural. La Iglesia proponía innovaciones en el individuo, en la familia y en el gobierno; fué, pues, necesario explicar las ventajas de la naciente religión.

¡Véase cómo la filosofía, cual madre cari

ñosa, vino en auxilio de la doctrina de Jesús! San Cipriano escribe: DE LA ORACIÓN DOMINICAL, DE LA VANIDAD DE LOS ÍDOLOS, DE LA MUERTE, EXHORTACIÓN AL MARTIRIO, EXPECTÁCULOS; Arnobio, TRATADO CONTRA LOS GENTILES; Lactancio, DE LA OBRA DE DIOS, DE LA MUERTE DE LOS PERSEGUIDORES, LOS SIETE LIBROS DE LAS INSTITUCIONES DIVINAS; San Clemente, EXHORTACIÓN A LOS GENTILES; EL PEDAGOGO, LOS ESTROMATAS Ó TAPICERÍAS; Dionisio, el Areopagita, DE LA JERARQUÍA CELESTE, DE LA GERARQUÍA ECLESIASTICA Y TEOLOGÍA MÍSTICA; y San Agustín, hacia el siglo IV, embriaga la atmósfera con florido y evangélico estilo.

Desde luego, ¿qué dice la Biblia sobre la vida y la muerte? Las palabras *alma* y *vida* están invariablemente empleadas como sinónimas. Citaré en prueba los siguientes versículos del GÉNESIS:

Dixit etiam Deus, producant aquæ reptile animæ vivantis.

Creavit Deus cete grandia et omnem ani-

man viventem atque notabilem quam produxerant aquæ.

Producat terra animam viventem in genere suo, jumenta et reptilia.

Et in quibus est anima vivens, ad vescendum.

Consecuencia de lo transcrito es que las bestias, siendo vivientes, gozan de una alma, que es la vida misma.

El alma humana es un *soplo* que Dios introdujo á Adán por la nariz:

Et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem.

Sanguinem enim animarum vestrarum requiram de manu cunctarum bestiarum, et de manu hominis, etc.

Así, pues, cuando los escritores ortodoxos hablaban de la vida, la confundían con el alma, y cuando de esta sustancia simple; lo hacían en consonancia con los textos sagrados. Por ejemplo: San Irineo dice que el alma es el hábito de la vida, que

no es incorporeal sinó con relación al cuerpo y que conserva en el cielo la figura terrenal; Tertuliano, que la corporalidad del alma brilla en el Evangelio (*Corporalitas animæ in ipso Evangelio relucescit*); Taciano, que el alma se encuentra formada de partes (ψυχὴ μενσὺν οὖν ἡ τῶν ἀνθρώπων πολυμερὴς ἐστὶ); San Ilario, que todo lo creado, en la tierra ó en el firmamento, sea visible ó invisible, es corporal, inclusa el alma; y San Ambrosio, que exceptuando á la venerable Trinidad, el resto es exclusivamente material.

En tal estado, un acontecimiento notable se produjo: de las obras de Aristóteles, la Europa no conocía más que el ÓRGANO; los árabes importan las demás (FÍSICA, DEL ALMA, METAFÍSICA, MORAL EN NICOMACO, POLÍTICA, ANALÍTICOS, etc.) traducidas al latin.

Los espíritus se inquietan, entusiasman y caen en delirio ante la buena nueva: Aristóteles es, para Alberto, el más sábio de los griegos; para Tomás, el más ilustre de

los hombres; y para Juan de la Rochelle, casi un Dios.

Cada uno interpreta á su modo la intención del filósofo macedónico: quien, mediante él, defiende el realismo; quien, el nominalismo.

No importa ser materialista, espiritualista ó panteísta siempre que persona y errores vayan disfrazados con el aire y lenguaje peripatéticos: ¡servilismo; ignorancia!

Las ciencias naturales, elevadas por los autóctonos á la dignidad de estatua, habiendo perdido el centro de gravedad, se derumban estrepitosamente; la filosofía, de soberana de los conocimientos, se convierte en sirvienta de la teología: *Philosophiam in servitutem theologiæ papeæ redactam*.

Estudios silogísticos; apego á la autoridad; vistas estrechas en lo científico, nulas en lo artístico; dialéctica sutil, infecunda; carácter seco; corazón vengativo para con la libertad, frío para con la desgracia, hé ahí á la escolástica.

En el punto en que alguna estrella fulgente, queriendo brillar, se asoma por arriba de esa atmósfera preñada de fanatismo, espesos nubarrones se aglomeran por debajo: destierran y encarcelan á Rogerio Bacón en el Convento de los Mínimos de París, en donde, pobre, enfermo y vejancón, permanece diez años largos; persiguen bárbaramente á Guillermo de Ockam el que, para escapar, se refugia cerca de Felipe el Hermoso.

Aparece, por fin, el Renacimiento, especie de alba, de una noche eterna.

Habiendo confundido los antiguos la filosofía con los ramos físico-naturales, empleando métodos arbitrarios en la investigación de la verdad, y prohibido, por falsas creencias religiosas, el disecar cadáveres, no pudieron conocer *in totum* los fenómenos vitales. Los egipcios, apedreaban á los embalsamadores; el respeto á los despojos mortales fué, también, entre

los griegos un obstáculo para los progresos anatómicos.

En tiempos de Hipócrates, las nociones de la estructura de nuestro cuerpo procedían de disecciones efectuadas en animales y, especialmente, en monos. Sin embargo, Erasítrato y Herófilo, bajo el reinado de los Tolomeos, hicieron en Alejandría descubrimientos importantes. El primero escribió varias obras (Περὶ τῶν καθόλον λογῶν; —Περὶ πυρετῶν—'Ανατομῶν βιβλία—Τῶν διαιρέσεων βιβλία—Περὶ τῶν ὑγιεινῶν—Περὶ τῶν κατὰ τὴν κοιλαίαν παθῶν—Περὶ αἵματος ἀναγωγή—Περὶ τῶν παρέσων—Περὶ παραλύσεως—Περὶ ποδάγρας—Περὶ καταπόσεως —Περὶ πέψεως—Περὶ ὕδρωπος—Περὶ θανασιμῶν—'Ο ψαρτυτικὰ); reconoció que los nervios derivan de la sustancia del cerebro, dió al canal aéreo el nombre de *traquearteria*; sostuvo que los líquidos ingeridos, antes de llegar al estómago, pasan por el exófago, y no por la traquearteria para llenar los pulmones. El segundo bautiza algunas piezas, cuyos nombres se conservan aún, co-

mo el *torcular Herophili*, el *calamus scriptorius* y el *duodenum*; divide los nervios en nervios de sensación αἰσθητικά y de movimiento προ αἰρετικά. Se distingue, sobre todo, por un profundo amor al escalpelo: Celso cuenta que llegó hasta disecar criminales vivos; y Tertuliano, exajerando este hecho evidente, agrega, por su cuenta, que aquellos fueron seiscientos.

Prosigo con el Renacimiento. Gemisto Plethon y el cardenal Bessarión propagan en Italia la filosofía platónica, tal como se enseñaba á la sazón en Constantinopla, es decir, mezclada de neoplatonismo; Marcilio Ficino traduce del griego las obras de Platón, que dedicó á Lorenzo el Magnífico, de Plotino, la mayor parte de las de Porfirio, de Jámblico, Proclo, Denys el Areopagita y del falso Mercurio Trimegisto, objeto de su respeto y admiración; Juan Pico de la Mirándola provoca la afición á las lenguas orientales; Pedro de la Ramée publica dos obras contra Aristoteles: DIALECTICÆ PARTITIONES

AD ACADEMIAM PARISIENSEM y ARISTOTELICÆ ANIMADVERSIONES. Acusado como temerario, arrogante é impúdico (*Ramun temere, arroganter et impudenter fecisse*) por la Universidad de Paris ó, mejor, por su rector, Pedro Galland, ante el Parlamento, es definitivamente condenado en 10 de Mayo de 1543. Vesale, después de numerosas disecciones en cadáveres de condenados, demuestra que la anatomía de Galeno se refiere no al hombre sinó á los mamíferos cuadrumanos; la Inquisición lo prende y sentencia á muerte. Nicolás Taurelo niega que la filosofía sea propiedad de Aristóteles ó de otro filósofo cualquiera (*Humanæ menti, non Aristoteli, est adscribenda*), y se atreve ¡oh valor! á proclamarlo independiente del señorío absoluto de la teología: *Theologiam divinæ voluntatis revelatione definimus et philosophiam Dei cognitione*.

Jordano Bruno, espíritu valiente y liberal, pasa valerosamente del Santo oficio

Romano á la hoguera, bajo cuyos resplandores, convidado por última vez á retractarse, contesta: «nó, nó.» Al desgraciado Vanini (autor de *Amphitheatrum æternæ providentiæ divino — magicum, christiano—physicum...*, 1615, en 8º, y *De Admirandis naturæ reginæ dexque mortalium arcanis lib. IV*, Paris, 1616, en 8º) le cortaron la lengua: ¡cómo que por ella había dicho tantas verdades amargas!

Tales son los principales sucesos que, desarrollados en los siglos XV y XVI, provocan el advenimiento de Francisco Bacon y de Renato Descartes, padres de las ciencias modernas y, por ende, del saber contemporáneo, ¡nuestro orgullo, nuestra vanidad! . . .

*
* *

Bacón, despreciando las hipótesis gratuitas, funda el método experimental, por el que estima dominar la naturaleza, descubrir, en medio de la variedad infinita de

los fenómenos, las causas y leyes, verdadero objeto de la filosofía.

El fruto primero de esas ideas, expuestas con brillo en 1620 (NOVUM ORGANUM, SIVE INDITIA VERA DE INTERPRETATIONE NATURÆ ET REGNO HOMINIS), lo recogió él mismo, dando á luz los siguientes libros, rebosantes de preciosas observaciones: HISTORIA DE LOS VIENTOS; HISTORIA DE LA VIDA Y DE LA MUERTE; HISTORIA DE LA DENSIDAD Y DE LA RARIDAD; HISTORIA DE LA PESANTEZ Y DE LA LIGEREZA; HISTORIA DEL SONIDO.

A las tentativas del gran canciller siguieron los esfuerzos de talentos venerados, entre los cuales se debe mencionar con especial respeto á Guillermo Harvey, oriundo de Folkstona, puerto del condado de Kent.

Mientras que en Inglaterra se operaba una fermentación *in actu*, Descartes, en Holanda, cual nuevo Sansón, derriba el templo de los escolásticos.

Su mérito no estriba en los puños, que eran.

bien débiles, reposa en la duda metódica; olvido de lo pasado, confianza en lo porvenir.

Cerrado los ojos, tapadas las orejas y sentando frente á una chimenea, se entrega á miles y miles de pensamientos.

Entre ellos sobresale el siguiente, por su valor histórico: «No sé si debo hablaros, dice, de mis primeras meditaciones, porque son tan metafísicas y poco comunes que creo no agradarán á todos; mas para asegurarme de si mis fundamentos son sólidos, me parece que debo hablar. Ha largo tiempo observé, como arriba se ha dicho, que en las costumbres precisa algunas veces seguir opiniones reputadas por inseguras con tanta resolución como si por indubitables las tuviéramos; mas, como á la sazón sólo pensaba en indagar la verdad, juzgué preciso hacer todo lo contrario y desechar como absolutamente falso todo cuanto pudiera inspirarme la más insignificante duda, para si después de esto quedaba todavía en mi espíritu algo completamente

indubitable. Y como suelen engañarnos los sentidos, supuse que siempre y en todo lo hacían; y como hay hombres que razonando se aturden aun en las más sencillas cuestiones geométricas y hacen paradojas, considerándome yo lo mismo, deseché como falsas cuantas verdades por demostración había adquirido; y, finalmente, considerando que los mismos pensamientos que pueden ocurrírsenos despiertos pueden también ocurrírsenos en el sueño, sin que por eso sean más verdaderos, me resolví á aceptar que cuantas cosas en mi espíritu vivían eran tan ciertas como las ilusiones de mis sueños. Mas observé inmediatamente que, mientras así pensaba que todo era falso, yo, que lo pensaba, debiera no serlo; y observando que esta verdad: *pienso luego soy*, era tan firme y segura que las más extravagantes hipótesis de los escépticos no pudieran destruirla, pensé que podría recibirla sin escrúpulo como el principio de la filosofía que buscaba.»

De allí avanza, y funda la psicología moderna; avanza más, y establece en física el dinamismo. La materia, para él, es esencialmente pasiva; incapaz de dar por sí sola la vida y el movimiento; los animales son puras máquinas; y el hombre, un sér pensante.

Muerto Descartes, y mientras su cuerpo en polvo se convertía, su sistema hasta entonces incipiente, adquirió nueva y robusta vida.

Con el último aliento del gran maestro el cartecianismo se levanta erguido, diciendo á la faz de todos: «él no existe, pero yo soy su sombra» De Stokolmo á Holanda, de Holanda á Francia y de Francia á Alemania el *Discurso del Método* y las *Meditaciones* corren de mano en mano y de corazón en corazón. Las plumas se empapan para defender con talento y bríos esos frutos de la soledad de La Haye; las Universidades se alborotan á la luz radiante de la nueva filosofía, que apare-

ce en el horizonte de Europa como 'un nuevo sol, cuya carrera ningún Josué detiene; en el Parlamento, en la tribuna y en la cátedra sagrada el nombre de Descartes se pronuncia con sublime veneración. Unos lo siguen literalmente; como Bossuet y Fenelón, dos glorias de la literatura y del clero francés; otros, más confiados en si mismos, revientan el círculo cartesiano y, pasando la frontera, se internan en campos metafísicos y desconocidos, como Spinoza, Malebranche y Leibniz. La efervescencia filosófica no se detiene, pues, antes bien, las polémicas á cada paso repetidas avivan la combustión: Arnould, ya sólo, ya acompañado de Nicole, sale al encuentro de Malebranche, a quien ataca y persigue sin descanso; Malebranche se defiende y sostiene, ora contestando personalmente las acusaciones que arriba de su cabeza se acumulan, ora conquistando sectarios en la alta sociedad, como la Princesa Elisabel y el príncipe

Condé, el duque Chevreuse y el marqués de Allemans, las duquesas de Epernon y de Rodan y la marquesa del Hospital; las señoras de Auteberre y de Grignan y las señoritas de Verthamont y de Lamay; la *Recherche de la Vérité* se introduce, penetra y se familiariza en todas partes: en los salones y en el gabinete, en el Oratorio y en los conventos.

Al mismo tiempo que la revolución cartesiana se opera y gana terreno en el cerebro del mundo, como Hugo denomina á París, la llama llega á Italia y, girando con rumbo S. E., se establece en Nápoles, donde estalla, incendiando los espíritus: los oradores, historiadores y poetas se desmonetizan, se abandona el estudio de las lenguas muertas, de la anticuaria y de la literatura; y la atención se reconcentra en la física y matemáticas de Descartes. Vico protesta en obsequio á las tradiciones patrias; pero la patria dá con libros antiguos en la basura. Tomás Cornelio, de la Pro-

vincia de Cosenza, comienza el proceso enseñando la medicina según Descartes; Borelli, el más ilustre de los médicos cartesianos, aplica la mecánica de Descartes á la fisiología; Pablo-Matías Doria publica numerosas obras en todos los órdenes de los conocimientos, saturadas con las ideas recientes; Miguel-Angel Fardella, de Sicilia, se vuelve malebranchista; Say, en Roma escribe un poema en honor de Descartes, de quien dice en el libro tercero:

Ejus qui nobis rationem invenit eam qua
In cœlo quidquid peragi terraque videtur,
Verius ex adyto divini pectoris edit
Sacri quam tripodes, laurus cortinaque Phœbi;
Gaulus et hic, magno se Gallia tollit alumno.

Y, por último, la influencia de Descartes llegó á tal grado en Italia que, á pesar de las persecuciones llevadas á cabo por la Academia de los *investiganti*, no faltó quien cantase en verso la prueba cartesiana de la existencia de Dios, fundada en la idea de lo infinito:

Pur nella mente ho il simulacro impresso
D' un ente perfettissimo, infinito
E forse questo ancor vien da me stesso,
Da l' idea di me stesso in me scolpito:
Ma finito son io, ne può riflesso
Causar d' ente infinito ente finito:
Dunque infinita e fuor di me sostanza,
S' in me d'ente infinito è la sembianza.

En Suiza y en Inglaterra, en Alemania y fuera de ella, la filosofía naciente se propaga y desarrolla con admirable rapidez. Bien es cierto que en este largo viaje por ella realizado, encontró numerosos tropiezos y sinsabores, recibiendo resignadamente rudos ataques en fuerza de los cuales más de una vez vióse obligada á desandar camino, pero recobrando en seguida mayor entusiasmo, pisó con bella energía los portales del siglo XVIII, donde flameó la bandera para honor de los siglos de los siglos.

Nos encontramos, pues, con dos escuelas que, habiendo nacido en una misma época y en virtud de una misma necesidad, se oponen, sin embargo, en cuanto al mé-

todo y tendencias. Mientras que Bacón y sus discípulos superponen la naturaleza sobre el espíritu, Descartes y los suyos demuestran la excelencia del espíritu. La una, por exceso de experimentación, prepara el *organicismo* contemporáneo, última posta del empirismo; la otra, eminentemente espiritualista, produce á Stal, genuino representante del *animismo* moderno.

En el capítulo IV nos ocuparemos de esas palabras, que tienen un origen casi reciente.

§ II

TIEMPOS ANTIGUOS

De los pocos datos que los sinólogos nos han suministrado, resulta que la filosofía china, para llegar al estado actual, ha pasado por tres períodos de desarrollo.

El primero empieza con el *Libro de las*

transformaciones (Y King), especie de enciclopedia compuesta de dos partes: una ordenada tres mil años antes de Jesucristo, por Fou-hi, quien, habiendo encontrado demasiado mezquina la escritura por las cuerdecillas anudadas, inventó los ocho símbolos ó líneas, cuyas combinaciones forman sesenta y cuatro signos; la otra, complemento ó apéndice de la anterior, fué redactada muchos siglos después.

El cielo, representado por la línea continua—(símbolo macho), es el sol, la luz, el calor, el movimiento, la fuerza, la preeminencia, la actividad y la perfección; la tierra, representada por la línea cortada—(símbolo hembra), es la luna, las tinieblas, el frío, el reposo, la falta de vigor, la inferioridad, lo pasivo y la imperfección.

La *composición*, *descomposición*, *generación* y *disolución* son los modos generales de la vida y de la muerte. Por la *composición* nacen las cosas; por la *descomposición*, perecen. La *generación* es el pasaje

del no-sér al ser; la *disolución*, al contrario, el proceso del ser al no-sér.

¿Y el cielo? El cielo es la unidad, la fuente pura y primordial de la vida.

La creación de los entes, su junta ó mezcla en el espacio y tiempo, se efectúa con arreglo á la ley de los números.

La muerte proviene de los números que, teniendo por base la dualidad, son pares.

El segundo período arranca desde el siglo VI, antes de nuestra era.

Dos hombres meritorios atraen la atención de los pueblos: Lao-seo, Lao-tze ó Lao-Kiun, y Confucio.

Lao-seo compuso el *Tao-te-Kîng* ó el *Libro de la Razón suprema y de la Virtud*, que contiene ochenta capítulos y más de cinco mil caractéres.

Es un libro ininteligible, observa Tchouhi, de la escuela de Confucio, rico en equívocos, pobre en conceptos. ¿Cómo conciliar esta opinión desfavorable con los elo-

gios que el autor se prodiga á sí mismo? «Yo, dice, nací antes que ninguna forma corpórea se manifestase: aparecí antes que el supremo principio. Yo estaba presente cuando la gran masa primitiva se iba desenvolviendo; y estaba en pie sobre la superficie del Océano primordial, en equilibrio en medio del grande espacio vacío y tenebroso: y entré y salí por la misma puerta de la misteriosa inmensidad de la extensión.»

Se agrega ¡oh pícaras leyendas! que la madre lo llevó en el vientre ochenta y un años; que nació canoso, con el uso de la razón y de la palabra, de donde le vino el nombre de *Lao-seu*, que significa viejo-niño.

Pues, el *Tao-te-Kîng* enseña un panteísmo, que Callery atribuye á la influencia indiana; que la vida y la muerte son meras manifestaciones del primer principio, que es innominable:

Si Tao posse! frequentari (viæ instar) non (foret) eternum Tao. Si nomen posse

*nominari, non foret æternum nomen. . Si-
ne nomine cæli, terræ principium; cum
nomine, omnium verum mater. Id circo
semper (oportet esse) sine affectibus ad
contemplandam ejus essentiam. mirabilem:
semper oportet esse cum affectibus ad con-
templandam ejus essentiam corporalem
producentem. Hæ duo simul exoriuntur,
et tamen diverse nominantur. Simul dicun-
tur cærulà. Cærula et adhuc cærula, om-
nium essentiarum mirabilium porta (Pau-
thier).*

¿Por qué? «Porque la razón es preexis-
tente á todo, y existía antes que todo sér;
pero cuando empezó el movimiento, y el
sér sucedió á la nada, entónces pudo recibir
un nombre.»

En cuanto á cosmogonía ¿qué existía
al principio? «Una confusión absoluta, un
cáos indefinible, impenetrable al pensa-
miento humano. En medio de este cáos
había una imágen indeterminada, confusa,
indistinta, superior á toda expresión. En

este cáos estaban los seres, seres en gérmen, seres imperfectos, indefinidos. En este cáos había un principio sutil, vivificante, que era la suprema verdad. En este cáos había un principio de fe; y desde las edades antiguas hasta nuestros días su nombre subsiste.... La confusión de las cosas inanimadas precedió al nacimiento del cielo y de la tierra, cosa inmensa, silenciosa, única é inmutable, que funciona alrededor sin alterarse nunca: por lo cual puede mirarse como madre del universo.»

Tao es, luego, la razón suprema; causa del movimiento y de la vida. Esta es corporal é incorporeal, en el cuerpo y en el espíritu.

El hombre debe tender á vivir incorporealmente, á fin de identificarse, tarde ó temprano, con aquella razón «origen del uno, el uno del dos, el dos del tres, y el tres de todas las cosas.»

Esto hace recordar aquello de Platón, en el Timeo : *Καὶ τὸ μὲν δὴ σῶμα ὁρατὸν οὐρανοῦ*

γέγονεν, αὐτὴ δὲ ἄορατος μὲν, λογισμοῦ δὲ, μετεχουσα καὶ ἁρμονίας.

Confucio se dedicó exclusivamente á la moral y política; pero un discípulo suyo Sun-tsen, hablando del cosmos, dijo: *El agua y el fuego, que son materiales, carecen de la vida; las plantas y árboles, que viven, carecen de inteligencia; los animales, que sienten, carecen del sentimiento de la justicia. Sólo el hombre reúne todas esas propiedades: ved el motivo de su preeminencia en la creación.*

A mediados del siglo I (cómputo cristiano) las escuelas nacionales fueron invadidas por la de Fo ó Boudha, venida de la India, con el objeto de poner presto remedio á la anarquía de opiniones, que de dicha invasión habían derivado. Tchéou-lien-Ki ó Tchéou-tseu, estableció una tercera, sobre la base de la tradición genuina y, especialmente, sobre la de Confucio.

Tai-kí es la unidad, la causa de lo múltiple, *el sin cumbre y la gran cumbre*; con-

tradición aparente que Pauthier explica traduciendo: *lo ilimitado y lo limitado, lo indistinto y el último término de la distinción, lo indeterminado y el punto culminante de la determinación sensible.*

Moviéndose, produce el principio activo é incorporal; permaneciendo en reposo, el principio pasivo y material. Tales son los modos generales de existencia.

El hombre, producto de esos modos, es también actividad (*Li*) y pasividad (*Khi*). *Li*, en cuanto piensa y conoce; *Khi*, en cuanto forma y sustancia material. Ésta se subdivide en *pura é impura*. En la pura reside el *alma vital*.

La reunión de estos elementos constituye la *vida*; la *muerte* viene de la separación de los mismos.

Acaecido el fallecimiento, el alma vital, desligándose de la porción grosera, retorna al cielo; mas sin la personalidad que en la tierra nos acompaña. ¡Animismo neto!

¡Original sistema, en donde se inspiró,

sin duda, el pensamiento aleman, encarnado en Fichte, Schellin y Hegel!

Las primitivas poblaciones de la India, que pertenecían á la raza melaniana, cuyos principales restos, los *Ghonds*, eran agricultores y guerreros; tenían por Dios á *Burâ-Penú*, ser supremo y luminoso, quien, habitando en el sol, creóse una compañera, *Tori-Penú*, diosa de la tierra y fuente del mal. Ella enseñó á los hombres el arte de la guerra.

Los Drovinianos, que invadieron la India, pertenecían á la raza turaniense. Aunque en extremo salvajes (pues, á fin de conquistar la voluntad de los genios malhechores, hacían sacrificios sangrientos), reconocían un Dios, llamado *Rey*. Fueron arrojados de sus posiciones y empujados hacia el Sud de la Península por los Huchitas, cuyo Dios era *Civa*, dios harto inmoral y amigo de los placeres.

Los Adrianos vinieron en seguida. Habitaron primitivamente del otro lado de

Attock y de Peshawer, en los valles que bajan del Hindu-Kuck y se dirigen hacia el mar de Aral y el Caspio. De allí partieron las emigraciones: unas, hacia el O., poblando una gran parte del Asia occidental; otras, hacia el S. E., se establecieron en el Indo, entre el Himalaya y el desierto de Mawer, en la cuenca inferior del Ganges; se apoderaron de las regiones y territorios del S. hasta Ceilan, y colonizaron los archipiélagos del grande Océano y los bordes del Africa Oriental.

Pues bien, esta raza superior á las anteriores, poseía un dios llamado *Indra*, señor del cielo, del aire, de la bóveda celeste y del rayo; dios eterno, primogénito, infinito, irresistible, é incomparable. Rey del mundo y de los hombres, vive arriba de todo, de los dias y de las noches, del viento y del mar; recorre el cielo en un carro arrastrado por caballos azulados, lanzando el rayo, esparciendo la lluvia y disipando las nubes.

«Del sacrificio ariano, dice Lefèbre, dimana la teoría que los Alemanes modernos llamarían *monística*. La vida que circula en todos los seres, el poder reproductriz que asegura la duración de las especies, reside por entero en el principio ígneo. El fuego es la luz activa, la vida, el esposo de las vírgenes, el fecundador, el intermediario entre las formas, el conservador de la existencia, la emblema de la inmortalidad.»

Tócame hablar del brahmanismo, de esa doctrina que, según los orientalistas, es la cuna de la filosofía griega. Colebrooke cree haber dado en la *niaya* de Gotama con las reglas peripatéticas sobre el silogismo; ¡Los Vedas oscureciendo el *Organum* de Aristóteles, el *Órgano* que, después de los Evangelios, fué, no ha mucho, el *mare magnum* de los pensamientos! *Sic transit gloria mundi!*....

Svayambhu es lo absoluto; raiz de la vida, es la vida misma: «Ser eterno, om-

nipotente, tú eres el creador de todas las cosas, el Dios de los dioses, el conservador del mundo. Tu naturaleza es incorruptible y distinta de las cosas caducas. Tú fuiste antes que todos los dioses. Tú eres el antiguo, puro y el sublime sosten del universo. Tú conoces todas las cosas, y eres digno de ser de todos conocido: fuente suprema, por tí el mundo salió de la nada. Todos se inclinan delante y detras de tí. Venérente en todas partes, pues en todas partes te hallas. Infinita tu gloria é iluminado tu poder. Tú eres padre de los seres vivientes, sabio preceptor del mundo, digno de nuestras adoraciones. ¿Quién hay semejante á tí? Yo te saludo, me postro á tus pies, imploro tu misericordia, oh Dios adorable, para que me trates como el padre al hijo, como el amigo al amigo, como el amante al objeto de su amor. (*Bagavad-guita*).

Siendo eminentemente activo, se manifiesta bajo tres aspectos: como Brahma,

creador; como Siva destructor, y como Visnú, conservador.

«Brahma, exclaman los Vedas, es quien es; se revela en la alegría y en la felicidad. El mundo es su nombre y su imagen. Sólo él existe realmente; en sí lo comprende todo, y de todos los fenómenos es causa. No conoce límites de tiempo y ni espacio; no perece, es alma del mundo y de todo ser particular. Este universo es Bráhma, emana de Brahma, subsiste en Bráhma, volverá á Brahma.... es la forma de la ciencia y la forma de los mundos infinitos. En él todos los mundos no constituyen mas que uno solo, pues todos existen por su voluntad; voluntad innata en todas las cosas, que se manifiesta en la creación, en la conservación, en la destrucción, en el movimiento y en las formas del tiempo y del espacio.»

Siva es el Dios de la muerte. Negro, amenazante, se delata en el llanto, en la sangre y en los sepulcros. Personificación

de las fuerzas que en la naturaleza se destruyen y separan alternativamente, representa la vida física, la orgánica, animal.

De su unión con Brahma salió el verbo. Visnú ó Narayana; dios que anda sobre las aguas.

Vistos estos antecedentes ¿qué es la vida universal y, especialmente, la existencia humana? Maneras particulares de vivir de la sustancia trínaria: «El alma son todos los dioses; en el alma suprema reposa el universo; ella produce la serie de las acciones de los seres animados. El gran Ser, más sutil que un átomo, envuelve en sí á todos los formados por los cinco elementos, y los conduce, paso á paso, del nacimiento al desarrollo y á la disolución. De este modo el hombre, que reconoce en su alma el alma suprema, presente en todas las criaturas, se muestra igual para con todos, y, por último, lo absorbe Brahma.

Léanse las siguientes definiciones de la vida que he encontrado en el *Pan-Cha*

Tantra, numerosa colección de aforismos por Visnú Sharma:

La vida del hombre en la tierra se parece á un viaje hecho en el transcurso de una noche.

La juventud, la hermosura, la vida, las riquezas, son otros tantos haces de paja que se lleva la corriente tras de sí.

El torrente no retrocede jamás; tal es la imagen de la existencia humana.

El que no teme la muerte mientras vive, tampoco la ve venir cuando llega.

Nada es la vida sin honor.

Piérdese la vida en un instante; pero el honor dura siempre.

De aquí el desprecio que los indios tienen por la muerte, á la que conciben como la puerta de entrada á la felicidad eterna: *El cuerpo es á mis ojos semejante á una gota de lluvia, ¿es acaso posible disfrutar de algún placer en el mundo?*

Y de aquí también esas bárbaras escenas con las que someten al cuerpo á los

más crueles tormentos. Castil-Blaze trae á este respecto una interesante narración que, para mayor abundamiento, reproduzco á la letra:

«En una pequeña llanura donde estaban reunidos sobre mil Indios se alzaba un mástil en cuya punta había un travesaño, cuya mitad descansaba sobre un eje. Varios hombres se cargaban sobre uno de los extremos inclinándolo casi hasta tierra, mientras el otro extremo se levantaba; y entónces ví con asombro que de él estaba suspendido un cuerpo humano, no en posición perpendicular como un malhechor colgado de la horca, sino pareciendo que nadaba en el aire, donde movía libremente brazos y piernas.

«Acercándome, descubrí con horror que aquel infeliz estaba sostenido en semejante posición por dos ganchos de hierro que le habían introducido en la carne, si bien ni en su fisonomía ni en sus acciones se manifestaban sus padecimientos. Cuando lo ba-

jaron y le quitaron los ganchos, ocupó su lugar otro *sunnja*, con cuyo nombre son designados estos fanáticos. No hubo que emplear la fuerza para conducirlo al sitio del suplicio; y él, lejos de dar señales de terror, se alentaba alegre hacia el umbral de la pagoda, donde se prosternó en adoración con el rostro pegado á tierra. Durante la oración, se llegó á él un sacerdote y señaló el sitio donde debían introducirse los ganchos; después otro sacerdote golpeando previamente las espaldas de su víctima, lo pinchó con fuerza mientras otro le introducía con destreza los ganchos en el tejido celular y precisamente en el sobaco. Hecho esto, el *sunnja* se levantó gozoso; le arrojaron al rostro agua consagrada á Siva, y lo condujeron en ceremonia á un cerro adonde habían trasladado el mástil y el travesaño. Al acercarse fué saludado con grandes aclamaciones y el sonido de los tamtam y de las trompetas se confundió con los gritos de la multitud.

El *sunnya*, subiendo al cerro, rompió en varios pedazos las guirnaldas y coronas de flores con que lo habían adornado, cuyos restos se disputaron los concurrentes. Su vestido se componía únicamente de un calzoncillo y una almilla de hilo, cuyas mallas tenían una pulgada de ancho, además de la faja de tela rayada que adorna la cintura de todos los indios.

«Como los espectadores, en vez de mostrar desagrado por mi presencia, me invitaron á acercarme; subí á la plataforma, y me situé en paraje desde donde pudiera ver si usaban alguna superchería. Los ganchos, de lucidísimo acero, fuertes como un anzuelo de los destinados á la pesca del perro marino, gruesos como un dedo pequeño, y provistos de puntas agudísimas, fueron introducidos sin laceramiento y tan diestramente que ni aún corrió sangre; el *sunnya* no dió señales de dolor y continuó hablando con los circunstantes. Pendían de los ganchos cintas de algodón que ser-

vían para atarlos á un extremo del travesaño, el cual fué bajando hasta el suelo por medio de cuerdas dispuestas al efecto. Entónces cargándose sobre el otro extremo los hombres preparados para ello, pronto vimos elevar al fanático sobre nuestras cabezas.

«Para manifestar cuán sobre sí estaba, sacò del bolsillo puñados de flores que arrojó á la multitud, saludándola con gestos animados y gritos de júbilo. Los circunstantes se precipitaron con ardor sobre las santas reliquias; y para que no hubiese disputa, los hombres que sujetaban el extremo inferior del travesaño, lo hacían dar vueltas lentamente sobre su eje, y de este modo el *sunnya* recorría todos los puntos de la circunferencia. El centro del travesaño estaba fijo sobre dos ejes que permitían imprimirle á voluntad un movimiento de ascensión ó uno de rotación. El fanático, que parecía del todo feliz en medio de sus dolores, dió tres vueltas en cinco minutos,

al cabo de los cuales lo bajaron, y, desatándole las cuerdas, fué conducido por los sacerdotes á la pagoda al son del tamtam. Allí le quitaron los ganchos y se convirtió de actor en espectador, confundiéndose al punto entre la procesión que escoltaba á otro paciente.»

Táles de Mileto, siguiendo las tradiciones sacerdotales de la Jonia, que hacían del Océano y de Tétis la fuente de la vida (Ὠκεανόν τε θεῶν γένεσιν καὶ μητέρα θητῶν (*Iliada*, canto IV), fundó una cosmogonía que, aunque trunca y alterada, ha llegado felizmente hasta nosotros por intermedio de Aristóteles, Diógenes Laercio, Cicerón, Stobeo y Plutarco.

La humedad es necesaria para la mantención y fecundidad de las plantas y semillas de los animales, pues en seco ambas cosas, semilla y plantas, se descomponen; luego, la vida orgánica, vegetal y animal, proceden de la humedad. Además, el calor solar y el de los astros ¿no se nutren con

los vapores que suben del suelo, acuosos y húmedos? Pero ¿qué es la humedad sino agua? Por consiguiente, el agua es el principio del universo, ὕδωρ ἀρχή; el aire, tierra y fuego, simples dilataciones ó condensaciones de ella: *Thales Milesius, qui primus de talibus rebus qæsivit, aquam dixit esse initium rerum* (Cicerón).

No pudo explicar, sin duda, por la intervención de tal protoplasma, todos los fenómenos vitales cuando admitió, arriba del agua y en calidad de fuerza motriz, de motor de la materia inmóvil, un alma: *Thales existimat omnia Deorum esse plena* (Ciceron); y el Diógenes, ya citado, le atribuye un pensamiento análogo, á saber: «que hay un espíritu extendido doquiera, aún en las partes que nos parecen inanimadas».

Anaximandro. — ¿Cuál es el principio constitutivo de la vida? Anaximandro, discípulo y amigo de Táles (θαλῆτος κοινότης), se desvió en esto del parecer de su ilustre

maestro : para él es *lo infinito*, ἀρχὴν καὶ στοιχεῖον το ἀπείρον; y por *infinito* entiende, según los testimonios de Aristóteles y Teofrasto, la sustancia indeterminada, sin forma, una ecuación de elementos diversos, dotados de movimiento esencial y eterno. Por la separación de los contrarios y agregación de los homólogos; por las afinidades, yuxtaposiciones y cambios sucesivos, han nacido los entes concretos: «El punto central de la formación del mundo era la tierra, pues ésta, teniendo la forma de un cilindro cuya base es á la altura como 1:3, se halla fija por el aire y mantenida á distancia equidistante de los otros cuerpos; las estrellas, al contrario, se mueven al rededor de aquélla; y abajo de los planetas está el cielo de las estrellas fijas, en seguida la luna, y, por fin, el sol. La tierra se compone, primitivamente, de una suma de unidades frías, acuosas y terrestres, que, separadas de lo infinito, por el movimiento continuo, se aislan del calor y del frío. El

cielo es una esfera hueca, ígnea, que contiene aire atmosférico: es un compuesto de frío y de calor. El sol se encuentra en el punto más elevado de los cielos; las estrellas, en el punto menos elevado y la luna ocupa el medio término. El sol, la luna, las estrellas son ruedas ó esferas cóncavas, llenas de fuego; en el centro de ellas hay un agujero por donde se escapa el fuego; el del sol es igual á la tierra, pero la rueda misma es veinte y ocho veces más grande; la de la luna, diez y nueve veces solamente. Los eclipses de la luna y del sol ocurren cuando el agujero se obstruye; las fases de la luna son producidas por la oblicuidad variable de la rueda con relación á nosotros».

Para darse buena cuenta de la creación de los hombres y de los animales, Anaximandro suponía que nuestro globo había sido una especie de pantano, sometido á la influencia del sol. Entónces dicha influencia era mayor; puso en fermentación

la humedad contenida, á guisa de esencia vital, en lo interior de la tierra, y el agua se desprendió en forma de burbujas. De ellas nacieron los primeros animales; ¿y cómo? El sol los hizo salir del huevo, y los revistió de un rapacho sólido; andando el tiempo los animales rompieron la envoltura cortical, y se elevaron á la región seca, en donde, sin embargo, no vivieron mucho. El hombre, último producto vivo de la acción solar, fué al principio pescado; llegado que hubo á un estado suficientemente perfecto, salió del mar: ¡ahora lo vemos muy orgulloso sobre lo seco!....

¿No trae eso á la memoria la escuela que, con Darwin por jefe, ha metido tanta bulla en la culta Europa?

Estas hipótesis, dice Canaye, demuestran á las claras las dificultades con que se tropieza cuando se quiere explicar la formación de los organismos como la obra de una serie de fenómenos naturales.

Anaximenes.—Anaximenes, discípulo del

anterior, reniega de lo infinito, y toma al aire como razón y gérmen de la vida: *Anaximenes aera Deum statuit, esseque immensum et infinitum, et semper in motu* (Cicerón). Este otro pasaje del mismo autor es más importante aun: *Anaximenes infinitum aera dixit, a quo omnia gignerentur. . . . Gigni autem terram, aquam, ignem, tum ex his omnia.*

Sin perjuicio de lo expuesto, se puede consultar con éxito á Diógenes de Laerte, lib. II; Aristóteles, *Fisic.* y *Meteorol.*; Plutarco, *De placitis philosoph.*, Simplicio, *Fis.*; Stobeo, *Eclog.*; Ritter, *Hist. de la filos.*; Scheider, *Eclogæphysicæ*.

Pitógoras.—Pitágoras, llamado también el *Divino* (ὅπότε βούλονται ἐηλῶσαι, καλεῖν αὐτὸν θεῖον), dividía el alma en dos secciones: una celeste ó intelectual (νοῦς), y otra terrestre (ψυχή). La primera, que es inmortal, comprende la razón, la inteligencia (νοῦς y φρένες), y tiene por asiento el cerebro; la segunda, que es mortal, está formada del aparato

sensitivo (τὸ παθητικόν), y reside en el pecho ó corazón. En ésta yace la vida (ζωή) ó, mejor, ésta es la vida misma.

Las sensaciones dependen de la fuerza vital; la visión, por ejemplo, sería el efecto de un rayo de calor transmitido por el cerebro al órgano de la vista.

Existen tantos sentidos como elementos: la vista corresponde al fuego ó á la luz; el oído, al éter; el olfato, al aire; el gusto, al agua y el tacto, á la tierra.

Las vísceras (pulmones, corazón, estómago, hígado) ocupan las grandes cavidades del cuerpo; están separadas por el diafragma.

Las arterias y los nervios son los lazos materiales que unen el alma con el cuerpo; los lazos espirituales son los pensamientos y acciones morales.

Pitágoras negaba la generación espontánea.

En suma, el principio generador de la vida yace en los elementos de los números,

que son la semilla de todas las cosas:
 τὰ τῶν ἀριθμῶν στοιχεῖα τῶν ὄντων στοιχεῖα πάντων εἶναι.

Filolao.—No debo pasar adelante sin mencionar á Filolao, de Crotona, discípulo indirecto de Pitágoras y directo de Arasas ó Arceso.

Todo lo que existe contiene número; sin él no se puede pensar ni conocer. ¿Queréis contemplar la esencia y poder del número? Id á la década que es la fuente y guía de la vida divina y numana.

Claudinus Mamercus refiere que Filolao había tomado por base del universo el sistema de las pesas, medidas y el de los números: *Philolaus... qui multis voluminibus de intelligendis rebus et quid quæ que significant obscure dissertans, priusquam de animæ substantia decertat, de mensuris, ponderibus et numeris juxta geometricam, musicam et arithmetica. mirifice disputat, per hæc omnia universum exstitisse confirmans.*

Contando por el orden de dignidad, los cuatro principios de la vida son los

que á continuación se expresan: el encéfalo, principio característico del hombre; el corazón, de los animales; el ombligo, de las plantas; y el órgano de la generación, de todos los seres vivos. Del primero sale la inteligencia; del segundo, la vida animal y las sensaciones; del tercero, las raíces y la germinación; del cuarto, la semilla y la reproducción.

Heráclito.—Heráclito era tan oscuro (σκοτεινός) que Timón, el Silógrafo, lo apodaba *el facedor de enigmas*: Ἡρακλεῖτος αἰνιχτός. Á pesar de esta dificultad, de que Sócrates sabía burlarse con su cáustica sencillez, se sabe á grandes rasgos cómo entendía la vida y la muerte.

Los filósofos anteriores á Heráclito, observa Mallet, tentaron varias explicaciones cosmogónicas: quienes admitían una cantidad indeterminada de principios, quienes sólo admitían la unidad elemental. Heráclito, agrega, á ejemplo de Tales, Ferécides y Anaximenes, optó por el úl-

timo temperamento. Para él, empero, el principio único y generatriz no es el agua, tierra ó aire, sinó el elemento más sutil y poderoso: el fuego. Concuerdan al respecto Diógenes de Laertes, Sexto de Mitilene y Aristóteles, el que dice en el I. I. c. 3, *Metat*: Ἰππασος δὲ πῦρ ὁ Μεταπντίνος καὶ Ἡράκλειτος ὁ Ἐφήσιος ἀρχὴν τιθέασι τῶν ἀπλῶν σωμάτων. Tenemos también el testimonio de Cicerón: *Sed omnia vestri, Balbe, solent ad igneam vim referre, Heraclitum, ut opinos, sequentes.*

Todo viene del fuego; al fuego retorna todo: ἐκ πυρός τὰ πάντα συνεστάναι καὶ εἰς τοῦτο ἀναλύεσθαι (Dióg.) El mundo no es obra ni de los dioses ni de los hombres; siempre ha sido; siempre será; fuego eterno, se enciende ó apaga con arreglo á las leyes regulares. Este dato se lo debemos á Clemente de Alejandría.

Del *flujo perpétuo* del fuego, denominado ῥοή, nacen el agua, aire, la tierra, vida y muerte. El fuego es, pues, agente vivifi-

cante y destructor; mata en consonancia con el destino: καθ'εἰμαρ' πένην.

A Heráclito, dice Lefèvre, se puede relacionar Hipócrates de Cos, el gran médico del V siglo. Para Hipócrates, en efecto, el fuego es simultáneamente la sustancia y el organizador de los cuerpos; y la vida ó el alma, por todas partes dilatada, un fuego ténue. Vitalistas y animistas lo han proclamado padre de la medicina moderna; el verdadero padre data de mucho antes, pues el principio vital ó anímico de Hipócrates, discípulo de los Jónicos, se reduce a un elemento ígneo material.

Empedocles.—Empedocles dijo un día á los sicilianos: «¡Amigos que habitais las cumbres de la soberbia ciudad bañada por el blondo Acragos; celosos observantes de la justicia, salud! *Yo no soy hombre, soy un dios.* Cuando entro en las villas florecientes, los hombres y mujeres se prosternan. La multitud sigue mis pasos. Los

sanos me piden oráculos; los enfermos, infalibles remedios.»

Vamos á ver si sus méritos responden á su audacia.

Asistóteles clasifica de « homérica y poderosa » la forma literaria de Empedocles. Lucrecio, el más grande de los poetas didácticos, lo considera cuasi divino, digno hijo de la Sicilia, de esa isla que, ubicada entre las conchas O. y E. del Mediterráneo, presencia, en frente de las rocas de Escila y no lejos de Mesina, el devorante Caribdis; los vómitos del Etna, saliendo de la vertiente oriental, cerca de Catana :

Quorum Acragantinus cum primis Empedocles est,
Insula quem triquetris terrarum gessit in oris,
Quan fluitans circum magnis anfractibus æquor
Ionium glaucis aspergit virus ab undis :
Augustoque fretu rapidum mare dividit undis
Æoliæ terrarum oras a finibus ejus.
Hic est vasta Charybdis, et hic Ætnæa minantur
Murmura flammarum rursus se colligere iras,
Faucibus eruptos iterum vis us vomat ignes,

Ad cælumque ferat flammai fulgura rursus.
Quæ cum magna modis multis miranda videtur
Gentibus humanis regio, visendaque fertur,
Rebus opima bonis, multa munita virum vi;
Nihil tamen hoc habuisse viro præclarius in se
Nec sanctum magis, et mirum, carumque, videtur.
Carmina quin etiam divini pectoris ejus
Vociferantur, et exponunt præclara reperta,
Ut vix humana videatur stirpe creatus.

No obstante, ninguna novedad trascendental trajo á los conocimientos hasta entónces adquiridos.

También trató de buscar el principio de las modificaciones de los cuerpos, modificaciones cuya infinita variedad constituye el mundo animado, viviente.

Enbanderado con los eléatas, chocó con los fisiologistas jónicos y, especialmente, con Heráclito, que era el jefe de la mecánica vital. Para éste la vida es el movimiento, y las cosas pasan de la no-existencia á la existencia yendo, en virtud de una fuerza única, creatriz y destructora, del reposo á la acción; para aquél los vocablos *vida* y

muerte equivalen á combinación ó separación de objetos mezclados ó, mejor, « no hay nacimiento para mortal alguno, ni término tiene la funesta muerte. » Empedocles, en fin, rechaza la unidad originaria; y, tomando por base de la creación la multiplicidad, admite los siguientes elementos: el fuego, el agua, la tierra y la altura infinita del aire, « de donde proviene lo que ha sido, lo que es y lo que será. »

Pero ¿de qué manera estas sustancias elementales, que califica de simples, siempre idénticas á sí mismas, eternas y dotadas de movimiento propio, se reúnen y separan? Por medio de dos potencias antagónicas, que obran en sentido inverso: del amor (φιλίην, φιλότης, ἄρμονιν, στέργῃ), que acerca y del odio (νεῖκος, ὄνηρις, χότος), que aleja.

Las plantas son las plumas, pelo de la tierra; los animales, productos espontáneos del suelo. Al principio habían animales sin ojos; cabeza sin cerebro; brazos sin tronco; etc; después, merced á la intervención con-

tinua del amor, los miembros aislados se reunieron al azar, formando, con tal motivo, compuestos raros, como hombres con cuerpo de buey ó bueyes con cabeza humana. «Aun yo, antes de ser Empedocles, he sido muchacho, árbol, pájaro y pescado.»

En resumidas cuentas, ¡el hombre condenado por la evolución hegeliana ó ley *ad-fieri* á una serie indefinida de existencias preliminares!....

Anaxágoras (llamado también el *físico por excelencia*, ὁ φυσικὸς τατος, ó el *espíritu*, ὁ νοῦς)—Primitivamente, la materia yacía como en un caos. Sus partes constitutivas, siempre unidas y semejantes (ὁμοιομερῆ στοιχεῖα, ὁ μοιομερίαι), no podían descomponerse; pero intervino una inteligencia (νοῦς) que, aplicándose á los diferentes elementos, produjo el movimiento circular; la separación de lo discorde, la unión de lo análogo, la proporción y el orden.

El νοῦς es ἀρχὴ τῆς κινήσεως; esto es, la causa formal, ordenadora, omnisciente, grande,

poderosa, libre, espontánea (αὐτόκρατες), simple y pura: es el principio de toda vida (ψυχή τοῦ κόσμου), de todo sentimiento, de toda percepción.

En Simplicio se lee este fragmento de Anaxágoras: « Los griegos se arrepienten de haber pensado que las cosas nacen y perecen, pues nada nace ni perece (οὐδὲν γὰρ χρῆμα γίγνεται, οὐδὲ ἀπολλυται); solamente, lo que existe se mezcla ó separa, confunde ó distingue. »

Los séres animados han salido de la tierra húmeda y caliente; se han perpetuado por el acoplamiento; los machos se forman á derecha; las hembras, á la izquierda.

Hay dos almas: una razonable, que emana del principio inteligente; y otra que posee la naturaleza del aire; la primera pertenece á la especie humana, en los animales sólo se encuentra la segunda.

Leucipo.—Los átomos (ἄτομοι) son corpúsculos indivisibles que, moviéndose en el espacio infinito, según la ley suprema

que preside á todas las combinaciones, que es la necesidad (ἀνάγκη), producen los cuerpos de que el mundo está compuesto.

La vida es la respiración ó, mejor, un flujo y reflujo de átomos redondos.

Demócrito.—La naturaleza del alma es, idéntica á la del fuego; por consiguiente, está formada de átomos redondos y sutiles. Estos, merced á su ligereza y forma, se deslizan fácilmente por todos los órganos y ponen en movimiento al cuerpo: de aquí el calor animal, la vida y la sensibilidad.

El nacimiento y la muerte resultan de la unión ó de la separación de los átomos proporcionados en peso y volúmen.

Platón.—Pasando por alto la sofística de Protagoras, que no viene al caso, y la ironía socrática que, aunque solícita madre de la moral, fué para la fisiología maestra, *el nombre le basta*, nos detendremos un momento ante el divino Platón.

El hombre es un alma encarnada; la vida, el ejercicio del alma (¡animista en

regla!); y el cuerpo, simple imágen que en este mundo nos acompaña. Convencido de ésto ; con qué dulces palabras saluda en el TIMEO la vida futura, en donde, dice, contemplaré sin obstáculos la esencia infinita, á Dios mismo!

En el tratado DE LA MUERTE, que tengo en prensa, vuelvo sobre el punto, sino son más acierto, al menos con mayor detención.

Aristóteles.—Los químicos modernos se jactan al sostener que el organismo es un compuesto de oxígeno, carbono, hidrógeno y ázoe. Pero eso es muy antiguo: Aristóteles lo dijo en el tratado DE LAS PARTES DE LOS ANIMALES (περὶ ζώων μορίων). En efecto, los vocablos ὁ ἀήρ καὶ τὸ ὕδωρ ὕλη τῶν σωμάτων, traducidos libremente, significan: los cuerpos animados no se componen sino de *aire* y *agua*. ¿Y qué es *aire*? Un fluido transparente y elástico, comprensible, sin olor ni sabor, que forma la atmósfera de la tierra, indispensable para la respiración y la combustión: es una mezcla de 21 partes de

oxígeno por 79 de *ázoe* ó *nitrógeno*. ¿Y qué es *agua*? Una parte de *oxígeno* y dos de *nitrógeno* ¡Pobre Aristóteles!.....

Este grande hombre admitía la generación espontánea. Para ello se fundaba en lo siguiente: los pequeños pescados llamados *aphya* (nonatos) ¿no aparecen súbitamente en el légamo por la sola influencia del calórico y de la humedad?

En tercer lugar «el alma es la primera *entelequia* de un cuerpo natural, organizado, que tiene la vida *en potencia*; es decir, la fuerza por la cual la vida se desenvuelve y manifiesta realmente en los cuerpos destinados á recibirla.»

Entelequia viene á ser como *en acto*:
 Δηρημένου δὲ καθ' ἕκαστον γένος τοῦ μὲν δυνάμει τοῦ δ' ἐντελεχείᾳ.

En cuanto á las expresiones *en acto*, *en potencia*, léase la explicación que copio de los ELEMENTOS DE FILOSOFÍA por el P. Francisco Ginebra, de la Compañía de Jesús:

«Desde luego, se advierte que los conceptos de acto y potencia guardan entre sí cierta oposición. Estudiando el lenguaje común, se ve que el nombre de *acto* significa *acción, operación y movimiento*; por eso decimos: acto ó acción de leer, actos ú operaciones del alma, movimiento ó acto de moverse. De consiguiente, el concepto de *acto* es idéntico al de *acción* que es *el complemento y perfección de la potencia*. El concepto de *potencia*, en cuanto se refiere al acto en sentido de acción, es el de *potencia activa*, y se define: *el principio próximo é inmediato de la acción*, pues la potencia activa tiende á producir los actos que le son propios; así la potencia ó facultad de entender tiende á producir la intelección, la motriz á moverse, y así de las demas. Pero la potencia activa, por lo mismo que es poder de obrar, no siempre está obrando; de consiguiente, puede hallarse en *acto primero* y en *acto segundo*: aquél es la potencia dispuesta á obrar, pero no

obrando aun, éste es la potencia obrando.

«Pero así como no hay acción sin potencia activa, así no hay potencia activa sin *potencia pasiva*. Esta es *el principio ó elemento determinable de un sér*; y el acto correlativo á la *potencia pasiva* es *el elemento ó principio determinante del mismo*. Aquél se llama potencia pasiva, porque es el sujeto capaz de recibir la determinación del acto. Este también se llama *forma y acto primero*; porque es el principio remoto y último de la acción, así como la potencia activa es el próximo é inmediato. Así en el hombre el cuerpo es el principio determinable, porque es el sujeto que recibe la determinación del alma, que le da vida y sentimiento, y por idéntica razón el alma es el acto ó la forma del cuerpo.

«Elevándonos, de lo dicho hasta aquí, á los conceptos más transcendentales de *acto y potencia*, vése que aquél nos representa *la existencia* y ésta *la posibilidad*. Y en

efecto, acto en sentido de acción es la existencia del acto, que antes sólo era posible; acto en sentido de forma es la determinación actual de la potencia pasiva, que antes sólo podía ser actuada. Eso mismo confirma el lenguaje común, que del ser que existe afirma que está en acto y del posible que está en potencia. La potencia en sentido de posibilidad es llamada *potencia objetiva ó lógica*; porque representa al entendimiento el ser que no existe pero puede existir. Por eso el concepto de acto despierta en el alma el de perfección, así como el de potencia el de imperfección: pues es evidente que el ser existente es más perfecto que el posible, el ser determinante más perfecto que el determinable y la potencia activa más que la pasiva, y aquella es más perfecta cuando está obrando que cuando no. Por eso dice con razón Santo Tomás que un ser en tanto es perfecto en cuanto está en acto.»

Por tanto, el alma, en general, es el pun-

to céntrico de la contemplación de la naturaleza y de la vida ética; es el agente que organiza y mueve; es, en suma, la vida misma.

El alma así considerada existe á la vez en las plantas, que se alimentan y reproducen; en los animales que, además, sienten y andan; y en el hombre que, sobre todo, piensa.

Circunscribiéndonos al alma humana, la inteligencia se divide en *activa*, que reside en el cerebro, y *pasiva*, localizada, con la vida, en el pecho.

La vida es, pues, la permanencia del alma en el pecho, retenida por el calor natural que dimana del corazón; cuando este órgano deja de suministrar el calórico que habemos menester, se presenta, junto con el frío, la muerte.

Epicuro.—Así como el mundo es materia pasiva y alma vivificante (Dios); de la misma manera, el hombre es una reunión de materia inerte y de alma. Esta

desempeña el papel de principio del movimiento y de la vida, pero sólo de un modo relativo: el principio absoluto, la semilla de la cual el universo ha salido como de un huevo, es el fuego.

Hegesias.—Hegesias, de la escuela cirenáica y fundador de la secta denominada *hegesiaca*, tenía al placer por cosa imaginaria, «porque se sustrae á nuestros esfuerzos»; la consecuencia pertinente que de ello deducía era que «la vida no es un bien, sinó para el insensato: el sabio la desprecia y no teme la muerte; antes bien, la desea para libertarse de los males que, como hombre, le afligen.»

§ III

TIEMPOS INTERMEDIOS

Filón. Pongo por cabeza de este § á un filósofo que por razón de la fecha de

su nacimiento, correspondería al anterior, pues Filón nació 20 años antes de J. C.; pero considerando que, jóven todavía, presenció, como hebreo, la incubación del cristianismo, y que durante ella escribiera todas sus obras, lo incluyo entre los pensadores de nuestra edad.

El alma sensible, decía, origen de la sensación y de la vida física, reside en la sangre, como lo enseñó Moisés.

Con este motivo recuerdo aquellas palabras pronunciadas diez y ocho siglos después, por un médico francés: búsquese en la sangre la fuente de las enfermedades y de la muerte. Discípulo de Bichat, trató de dogmatizar la fisiología-patológica, buscando en la multiplicidad de los fenómenos morbosos la unidad de causa. ¡Pretensiones delirantes que dieron con Broussais, Brown y otros en el olvido y en lo ridículo!

Apolonio de Tiana.—El nacimiento y la muerte son el pasaje de un estado sutil

de la materia á otro más denso de la misma, y vice-versa.

Secundus.—La vida es la espera de la muerte.

¿Qué diferencia hay en el fondo entre esa definición y la de Bichat, que dice: «la vida es el conjunto de funciones que resisten á la muerte»?

Sadder—Boun—Dehesch. —El principio vital es una especie de vapor que sube desde el corazón y que sólo la muerte disipa.

Tolomeo.—El alma, que se compone de aire, fuego y éter, es el principio de la vida.

Maimonide.—La potencia nutritiva ó la fuerza vital, hablando propiamente, puesto que preside á todas las funciones de la vida orgánica, es una de las cinco facultades del alma.

Tomás de Aquino.—El alma es una sustancia incorporeal é imperecedera. Es sustancia, porque obra por sí misma; es in-

corporal, *puesto que es la vida*, el acto del cuerpo; y siendo el principio de la vida, el intelecto, la fuente de la ciencia, no puede morir.

Cardan.—Se debè distinguir tres cosas en el universo: el espacio, que es eterno; la materia que, por intermedio del calor y de la humedad, pasa de una forma á otra; y el alma del mundo, que es á la naturaleza lo que el alma humana á nuestro cuerpo.

El calor es el órgano del movimiento y el vehículo de la vida; por él la materia se organiza y descompone; la humedad es, al contrario, el instrumento para las resistencias y la condición de la inercia.

Además, todo cuerpo posee una forma; toda forma es esencialmente una é inmaterial; luego, los minerales, que son cuerpos, viven como las plantas y los animales.

En fin, no siendo el alma del hombre sinó una manifestación del alma del cosmos,

se deduce que nuestra vida particular es un modo de ser de la vida general. .

El corazón y el cerebro son los principios de la vida.

Telesio.—De los tres elementos primordiales del universo, el frío y el calor son incorpóreos y activos; la materia, puramente incorpórea.

El calor es un principio celeste; el frío, un principio terrestre; aquél, la fuente del movimiento y de la vida; éste, la causa de la inmovilidad y del reposo.

Cesalpino.—¿No vemos insectos salir del seno de la putrefacción? Desde luego, todas las criaturas que se propagan actualmente por vía de la generación podrían provenir de la acción del calor celeste sobre ciertas mezclas de materias; por ejemplo, sobre la tierra húmeda. He allí la fuente de la vida.

En cuanto á la vida humana, ella reside principalmente en el corazón, que es el primer órgano que funciona en el huevo

fecundado, el punto más importante del cuerpo, el principio de las arterias, venas y nervios.

Bayer.—Para la generación de las cosas se requieren tres elementos: masa mosáica (materia), espíritu y luz. El primero compone la parte pasiva; el segundo, la activa; y el tercero, la intermedia.

El carácter principal del espíritu estriba en la fermentación; la vida, el conocimiento, el deseo, la fuerza, el esfuerzo y acto, son meras propiedades de aquél.

¿Qué tiene que ver el *espíritu* con la *fermentación*? Sin embargo, Bouchut, notable autor contemporáneo, da el nombre de *fermento vital* al principio de la vida.

Fludd.—Así como Dios es Padre, Hijo y Espíritu-Santo, así también el universo, imagen de la Trinidad, se divide en tres regiones: en *región empírea, etérea y elemental*.

En la primera residen los ángeles, es.

pecie de emanaciones divinas, de soplos animados; se forman los vapores que rocían la tierra; se producen los meteoros, y desde él se dirige la marcha de los planetas y se hace crecer los árboles, plantas y minerales. La segunda, que es el cielo de las estrellas fijas, contiene el éter, alimento de la vida y vehículo de las almas. En efecto, dichas estrellas son á guisa de tetas que vierten la leche celeste sobre las regiones inferiores; es decir, la sustancia misma de la vida y el alimento necesario de los seres. La tercera es la que habitamos.

La vida de esta última región se subdivide igualmente en tres grados: en vida *mineral*, *vegetal* y *animal*.

Los minerales también poseen alma; bajo la influencia bienhechora de los rayos de los astros, se perfeccionan á la par que los vejetales ó animales.

Cada grano de semilla encerrado en el cálice de las flores es un glóbulo de luz,

un alma distinta é independiente, envuelta por ligera cubierta acuosa y terrestre.

La perfección ó imperfección de las especies marcha con arreglo á la mayor ó menor cantidad de fluido vivificante.

El hombre es un cosmos en miniatura: la cabeza responde al empíreo; el pecho, al cielo etéreo, y el vientre, á la región elemental.

El alma vital se halla localizada en el pecho; está formada de purísimo etér; es el principio de la actividad, del movimiento y de la vida moral. El alma sensible reside en la sangre; es el agente de las sensaciones, de la nutrición de la reproducción y, en una palabra, de todos los fenómenos orgánicos.

§ IV

TIEMPOS MODERNOS

Harvey.—Para poder apreciar la importancia del descubrimiento de la la circula-

ción de la sangre, es necesario recordar que hasta el siglo XVII se admitía que el pulso desempeñaba el mismo oficio que la respiración (*eundem usum esse pulsus quem respirationis*), y que el movimiento arterial no difiere del respiratorio sinó en cuanto que el primero está bajo la dependencia del espíritu animal, mientras que el segundo bajo la del espíritu vital.

Harvey tuvo que luchar contra esas ideas que la tradición había consagrado como verdaderas: su teoría hizo nacer del fondo de la envidia enemigos terribles por la lengua, bien que inocentes en el terreno de la razón, tales como Perisani, Primerose, Plempius y Riolan. ¡Y tener que contar en este número á la Facultad de Medicina de París!... De aquí aquellas palabras memorables de Harvey: *Adeo nova sunt et inaudita..... ut veror ne habeam inimicos omnes hominis: tantum consuetudo aut semel imbibita doctrina attisque defixa radicibus, quasi altera natura, apud omnes*

valet et antiquilalis veneranda suspicio cogit.

Sin embargo, ese descubrimiento, dice M. Flourens, no pertenece á una sola época. Para llegar á él ha sido menester destruir paulatinamente muchos errores. Galeno combatiendo á Erasistrato, abre la ruta que, seguida después de Vesale por Sevet, por Colombo, por Cisalpino y por Fabricio d' Aquapendente, nos ha conducido á Harvey.

Más aún: Harvey pensó erradamente que con la circulación de la sangre quedaban resueltos todos los fenómenos vitales. En los capítulos IV (*Motus cordis et auricularum qualis, ex vivorum dissectione*) y V (*Cordis Motus, actio et functio*), de su inmortal obra *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus*, pretende caracterizar la vida por los movimientos del corazón, y la muerte por el reposo del mismo: «En el estado de salud, manifiesta, los movimientos sucesivos

que hacen pasar la sangre de las dos aurículas á los dos ventrículos, y de éstos á todo el cuerpo, no parecen tales, sinó uno; però á medida que la vida se agota, dichos movimientos se marcan y diferencian: primeramente, el ventrículo izquierdo cesa de batir; después, la aurícula del mismo lado; en seguida, el ventrículo derecho; y, por fin, la aurícula también derechá, que cierra, por así decir, el espectáculo de la vida. »

¿Podría circular la sangre sin alguna cosa superior á ella? Esa cosa, se dirá, es el corazón; más, replicamos, ¿quién mueve á su turno á ese órgano movable? Esto indica la necesidad de buscar el principio de la vida, para no caer en círculo vicioso, en algo distinto del cuerpo; empresa que llevaremos á cabo en la última parte.

En otro pasaje establece la regla que todo sér vivo proviene de un huevo, y que, por tanto, el huevo es la fuente de

la vida: *Nos autem asserimus omnia omnino animalia, etiam vivipara, atque hominem adeo ipsum, ex ovo progigni, primumque eorum conceptus equibus fœtus fiant ova quædam esse, ut et semina plantarum omnium.* ¿No sería mejor y más conforme á la índole de la embriología sostener que el huevo es solamente el punto de partida de la existencia organizada é individual?

Descartes.—Descartes fué, sin duda, un exímio pensador: á las dotes filosóficas, que poseía en grado máximo, descollaba también en las matemáticas, física y fisiología, en cuyas ciencias gastó buenos años de su preciosa existencia.

En las matemáticas inventó los exponentes, que llevan su nombre; en la física la teoría de las ondulaciones, que Newton refutó victoriosamente en 1704; ¿y qué le debe la fisiología respecto de la cuestión que nos ocupa? Da lástima abrir el tratado *De las pasiones* y, especialmente, aquella parte en que dedicó sus desvelos á la vida:

y muerte. ¡Cuántos errores en tan pocas líneas! ¡Qué de vaguedades en las ideas y de equívocos en la frase! ¡Allí no brilla la pluma del *Discurso del Método* ni la de las *Meditaciones*, dos obras que, por el fondo y forma, conmovieron el mundo científico.

Veamos. Ocupándose en el art. 6 de la diferencia que hay entre un cuerpo vivo y otro muerto, dice: «A fin de que evitemos este error, consideremos que la muerte no llega jamás por defecto del alma, pero sí porque alguna de las principales partes del cuerpo se corrompen; y juzguemos que el cuerpo de un hombre vivo difiere tanto del de un muerto cuanto una máquina sana y que se mueve á sí misma de otra rota, destruida y parada.»

En el 7 suministra algunas explicaciones del cuerpo y de sus funciones principales; y en el 8, que es el principal, agrega: «Pero generalmente se desconoce de que manera estos espíritus animales y estos

nervios contribuyen á los movimientos y á los sentidos, ni cual sea el principio corporal que los hace obrar; por cuyo motivo no pasaré adelante sin manifestar sucintamente que, mientras vivimos, hay un calor contínuo en nuestro corazón, calor que es una especie de fuego que allí lleva la sangre de las venas, y que este fuego es el principio corporal de todos los movimientos de nuestros miembros.»

¿Cuáles son, pues, los caracteres de la vida y de la muerte, según Descartes? Se caracterizan por el calor ó el frío de que van acompañadas; lo que no es decir nada. El calor es inherente al movimiento; el frío, al reposo; es así que la vida es una serie de movimientos, á los que la muerte pone término; luego.....

Delaforge.—La vida de los órganos que no depende de la voluntad humana, como la del corazón, pulmones, etc., tienen por causa próxima y eficiente á Dios; las demás

relaciones del cuerpo y alma reposan en dicha voluntad.

Cuworth.—Citaré dos pasaje de este filósofo natural de Aller, condado de Somerset, que encuentro en su *Verdadero sistema intelectual del universo*: uno en que provocà la resolución del eterno problema de la vida, y otro en donde emite con franqueza su opinión.

1^o. Incauto sería quien supiese en cada planta, tronco de verdura y hebra de yerba una vida generatríz independiente, una alma vegetativa enteramente distinta de la máquina física; tampoco acertaría el que pensara que nuestro planeta es un sér vivo y dotado de alma razonable. Pero ¿es imposible que, según nuestras reglas, haya en este globo, compuesto de agua y tierra, una sola vida, ó naturaleza plástica que, unida á todo por ciertos lazos, humedezca y organice los vegetales, con arreglo á la calidad de las semillas; forme los metales y demás cuerpos que no pueden ser produ-

cidos por el movimiento fortuito de la materia, y obre, por último, sobre todas las cosas de una manera inmediata, bien que subordinada á varias causas, de las cuales la principal es Dios?

2º. Es absurdo imaginar que todo lo que pasa en el mundo sea el resultado del azar ó de un movimiento ciego y meramente mecánico, pues existen fenómenos, como los vitales y sensibles, que las leyes del movimiento no pueden explicar y que, más aún, son contrarios al movimiento mismo. Es menos preferible creer que Dios interviene de un modo directo en cada fenómeno; en la generación de una cresa, de una mosca ó en las revoluciones de los astros: esto importaría un continuo milagro, repugnante para la majestad del sér omnipotente. En caso de desórdenes cosmogónicos, ¿la providencia pura, fuera la causa eficiente? Luego, se hace necesario admitir una fuerza inferior que, bajo las órdenes de la voluntad y la sabiduría divinas, ejecuta todo lo que él no.

crea de primera; que imprime á los cuerpos el movimiento de que son susceptibles; que da á los seres organizados la forma que han menester; que preside todos los actos de la generación y de la vida.

Cuworth llama á tal intermediario *naturaleza plástica*; inferior al alma, mas superior á la materia y, por ende, al cuerpo humano.

Pordage.—La vida es la actividad producida por un principio interno, que se llama *espíritu*. Por tanto, siendo el espíritu una fuerza que se mueve, esencialmente activa, *merus actus*, es la vida misma.

Spinoza.—Spinoza, el cariñoso discípulo de Descartes; toma de su maestro la definición de sustancia, y, sobre este punto de apoyo, levanta, cual Arquímedes, un mundo hasta entonces desconocido: el panteísmo *á priori*. Dios es la sustancia que, desenvolviéndose por necesidad, por una infinidad de atributos infinitos, infinitamente modificados, produce todo; todo nace de él; to-

do vuelve á él. De aquí estas palabras memorables: *Omnia quamvis diversis gradibus animata tamen sunt.*

Diderot.—La vida reside por entero en la fuerza íntima de las moléculas.

Needham.—Hay dos especies de séres simples: *el movable y el resistente.* De la unión y variedad infinita de asociaciones nace la colección general de los entes; y como éstos, aunque simples, son materiales, se concluye que dicha unión lo es también. Existe, pues, una escala zoológica, así clasificable: la *vitalidad* ó la exaltación de la fuerza vegetativa anima la primera clase; por la sensibilidad se distingue la segunda; y la inteligencia es peculiar de la tercera.

Vauvenargues.—La vida es la acción; de la acción provienen el fuego, el aire, el espíritu y la luz: ved el origen de las comunicaciones y alianzas entre los séres, de la unidad y armonía en el universo.

Herder.—El universo es un sistema de

potencias; y éstas obran orgánicamente. La organización es un conjunto de fuerzas vivas que sirven á otra principal; según las reglas eternas de la sabiduría y de la bondad.

Lamarck.—Antes de la fecundación, el huevo no contiene elemento alguno adecuado para la existencia; se organiza y vive merced al vapor seminal. Por consiguiente, si encontrásemos en la naturaleza un fluido análogo á ese vapor, podríamos con él producir los mismos efectos. Haylo, y es el calor ó la electricidad, agentes capaces de generar espontáneamente, como en el caso de los seres inferiores. ¿Cómo se forman los superiores? Prolongando la acción del fluido organizador sobre las partes pasivas; éstas reaccionan sobre la materia componente; aparece la irritabilidad; después el sentimiento, y, por último, del sentimiento y deseo de subsistir viene el órgano nutritivo. Los otros órganos toman origen en los esfuerzos que hace el ente

por nadar, marchar, volar: son, pues, los hábitos y *modus vivendi* que hacen los organismos. Resulta, en definitiva, que con tiempo suficiente y circunstancias favorables basta para que las especies se transformen de abajo hacia arriba, ó, que las barreras tan cantadas entre los fósiles y vivientes, entre los cuadrúpedos é insectos y entre los animales y el hombre, se rompan para siempre.

Bichat.—Más feliz fué en esto María, Francisco, Javier Bichat, quien, en alas de precisas experiencias y atractivo estilo, hizo rápida y gloriosa carrera.

La pena vale escucharlo de cerca; es decir, lector querido, sin que yo me interponga entre tú y él á resumir su doctrina, pues esto importara un parcial eclipse, el cual os privaría de mucha y bella luz directa, cuasi sin par en el firmamento de la medicina.

«Se busca la definición de la vida en ciertas consideraciones abstractas; y á mi pare-

cer, solo se encontrará en este principio general: *la vida es el conjunto de funciones que resisten á la muerte.*

«El modo de existir de los cuerpos vivos es efectivamente de una manera tal, que todo lo que los cerca procura destruirlos. Los cuerpos inorgánicos obran sin cesar sobre ellos, y ellos mismos tienen una acción continua los unos sobre los otros, á la que sucumbirían muy pronto, si no tuviesen en sí un principio permanente de reacción. Este principio es el de la vida, del que no conociéndose la naturaleza no puede distinguirse sino por sus fenómenos: el más general de estos es la alternativa habitual de acción de parte de los cuerpos exteriores, y de reacción de parte del cuerpo vivo, alternativa cuyas proporciones varían según la edad. Hay exceso de vida en el niño, porque la reacción sobrepuja á la acción, se establece el equilibrio de ellas en el adulto, y, por la misma razón, desaparece esta superabundancia vital. La reacción del principio

interno disminuye en el viejo, permaneciendo la misma la acción de los cuerpos exteriores; la vida entonces se debilita y camina insensiblemente á su término natural, que sobreviene cuando cesa toda proporción.

«La medida de la vida es, pues, en general la diferencia que existe entre el esfuerzo de las potencias exteriores, y el de la resistencia interior. El exceso de unas anuncia su debilidad; el predominio de la otra indica su fuerza.

.

«La vida considerada en su totalidad y examinada más circunstanciadamente, nos presenta dos modificaciones dignas de observarse: la una es común al vegetal y al animal, y la otra propia de éste último. Dirijamos una mirada sobre dos individuos de cada uno de estos dos reinos vivientes, y veremos que uno no existe sino dentro de sí, ni tiene con lo que le rodea otras relaciones que las de nacer, nutrirse y perecer fijo en el suelo que recibió su gérmen; el

otro unir á esta vida interior de que goza en alto grado, otra exterior que establece infinitas relaciones entre él y los objetos que le rodean; enlaza su existencia á la de los otros seres, alejándose de ellos ó aproximándose según sus temores ó sus necesidades, y de esta suerte parece que apropiándose para sí todo lo que hay en la naturaleza lo refiere á su existencia aislada.

«Se dirá que el vegetal es el bosquejo del animal, y que para formar este último no ha sido necesario mas que dar á este bosquejo un aparato de órganos exteriores proporcionados para establecer estas relaciones.

«Resulta de esto que las funciones del animal forman dos clases muy distintas; las unas se componen de una sucesión habitual de asimilación y de excreción, por las que trasforma ó convierte sin interrupción en su propia sustancia las moléculas de los cuerpos que le rodean, y las espelè en seguida cuando le son heterogéneas. No

vive sino en sí mismo por esta clase de funciones, y por la otra existe fuera de sí; es habitante del mundo, lo que no sucede al vegetal que lo es solo del terreno en que nació. Siente y percibe lo que le rodea, refleja sus sensaciones, muda de lugar voluntariamente, según la influencia de ella, y, lo que es más, puede comunicar con frecuencia por la voz sus deseos y sus temores, sus placeres ó sus penas.

. «Doy el nombre de vida orgánica al conjunto de las funciones de la primera clase, porque todos los seres organizados, vegetales ó animales, gozan de ella en un grado más ó menos marcado, y porque el tejido orgánico es la sola condición necesaria para el desempeño de su ejercicio. Las funciones reunidas de la segunda clase forman la vida animal, así llamada porque es el atributo exclusivo del reino animal.

. «La generación no entra en la serie de los fenómenos de estas dos vidas que tienen relación con el individuo, mientras que aquélla

no pertenece sinó á la especie, y no está unida sinó por medios indirectos á la mayor parte de las otras funciones; no principia á ejercerse sinó mucho tiempo después que las otras, y se estingue mucho antes que ellas. En la mayor parte de los animales estos períodos de actividad están separados por largos intervalos de nulidad; en el hombre, en quien estas remitencias son menos durables, no tiene con las funciones unas relaciones más numerosas. La pérdida de los órganos, que son sus agentes, está marcada casi siempre por un aumento general de nutrición. El eunuco goza de menos energía vital; pero los fenómenos de la vida se desarrollan en él con más estension. Hagamos, pues, aquí abstracción de las leyes que nos dan existencia para considerar solamente las que la conservan, y volveremos después á tratar de las primeras.

. , . .

«Cada una de las dos vidas animal y orgánica se compone de dos órdenes de

de funciones que se suceden y enlazan en un sentido inverso.

«En la vida animal el primer orden se establece del exterior del cuerpo hacia el cerebro, y el segundo desde este órgano hacia los de la locomoción y de la voz. La impresión de los objetos afecta sucesivamente los sentidos, los nervios y el cerebro. Los primeros reciben, los segundos transmiten, el último percibe esta impresión que, recibida, transmitida y percibida de esta manera, constituye nuestras sensaciones. El animal es casi pasivo en este primer orden de funciones, se hace activo en el segundo, que resulta de acciones sucesivas del cerebro, de donde nace la volición, de resultas ó á consecuencia de las sensaciones de los nervios que transmiten esta volición, de los órganos locomotores y vocales, agentes de su ejecución. Los cuerpos exteriores obran sobre el animal por el primer orden de funciones, y él se rehace sobre ellos, por el segundo.

«Existe en general una proporción rigurosa entre estos dos órdenes, en que el uno es muy marcado, y el otro se desarrolla con energía. En la serie de los animales, el que tiene una sensibilidad mayor se mueve también mejor; la edad de las sensaciones vivas es la de la vivacidad de los movimientos; en el sueño, en que el primer orden está suspenso, cesa el segundo, ó no se ejerce sinó por sacudidas irregulares. El ciego, que no vive sinó á medias para los seres que le rodean, ejecuta sus movimientos con una lentitud que perdería bien pronto, si se aumentasen sus comunicaciones exteriores. Se ejerce también en la vida orgánica un doble movimiento, uno que hace sin cesar la composición del animal, y el otro que sin cesar le descompone. La observación que han hecho los antiguos, y á imitación de ellos muchos modernos, es que su modo de existir según era en una época, deja de serlo en otra; su organización permanece siempre la misma; pero sus elemen-

tos varían á cada instante. Las moléculas nutritivas absorvidas y expelidas sucesivamente, pasan del animal á la planta, de ésta al cuerpo inorgánico vuelven al animal y salen en seguida de él. La vida orgánica está proporcionada para esta circulación continúa de la materia. Un orden de funciones asimila al animal las sustancias que le deben nutrir, otro le priva de estas sustancias que se han hecho heterogéneas á su organización, después de haber sido por algún tiempo parte del mismo animal.

«El primer orden, que es el de la asimilación, resulta de la digestión, de la circulación, respiración y nutrición; toda molécula extraña al cuerpo recibe, antes de convertirse en elemento suyo, la acción de las cuatro funciones. Cuando ha contribuido por algún tiempo á formar parte de nuestros órganos, la absorción la arrebatada, la trasmite al torrente circulatorio, donde adquiere nuevas cualidades, y de allí sale por la exhalación pulmonar ó cutánea, y por las diversas

secreciones, cuyos fluidos se arrojan fuera del cuerpo.

«La absorción, la circulación, la exhalación y la secreción forman, pues, el segundo orden de funciones de la vida orgánica ó el orden de desasimilación.

Se sigue de aquí que el sistema sanguíneo es un sistema medio, centro de la vida orgánica, como el cerebro lo es de la vida animal, en donde circulan mezcladas las moléculas que deben ser asimiladas, y aquellas que, habiendo ya servido á la asimilación, están destinadas á ser expelidas; de suerte que la sangre es compuesta de dos partes, la una recrementicia, que viene sobre todo de los alimentos, y en donde la nutrición saca estos materiales; la otra, excrementicia, que es como el resto ó el residuo de todos los órganos, que suministra materia á las excreciones y exhalaciones exteriores. Sin embargo, estas últimas funciones sirven también algunas veces para arrojar hacia el exterior los productos digestivos, sin que

estos productos hayan servido para nutrir las partes. Esto es lo que se observa en la orina y en el sudor después de las bebidas abundantes. La piel y los riñones son entonces órganos excretorios, no de la nutrición, sino mas bien de la digestión. Esto es lo que se observa en la producción de la leche, fluido que proviene patentemente de aquella porción de sangre que no ha podido aún ser asimilada por el trabajo de la nutrición.

«No hay entre los dos órdenes de funciones de la vida orgánica la misma relación que entre los de la vida animal; la debilidad del primero no acarrea la del segundo; de aquí el enflaquecimiento y el marasmo, en estos dos estados cesa en parte la asimilación, ejerciéndose la desasimilación en el mismo grado.

«Estas grandes diferencias establecidas entre las dos vidas del animal, estos límites no menos marcados que separan los dos órdenes de fenómenos, de cuyo conjunto

se forma cada uno de ellos, me parece presentan al fisiólogo la única división verdadera que se puede establecer entre las funciones.

«Abandonemos á otras ciencias los métodos artificiales, sigamos el encadenamiento de los fenómenos para enlazar las ideas que nos hemos formado, y veremos entonces que la mayor parte de las divisiones fisiológicas no presentan sinó bases inciertas al que quiera levantar en ellas el edificio de la ciencia.

«No repiteré aquí estas divisiones; el mejor modo de demostrar el vacío ó la falsedad de ellas, es á mi parecer el de probar la solidez del que adopto. Recorramos por menor las grandes diferencias que dejan aislado al animal que tiene una vida exterior del que la tiene interior, y que se va consumiendo en una alternativa de asimilación y de excreción.

Herbart.—La vida de los cuerpos organizados reconoce por principio, además

de la naturaleza de los seres simples, las suspensiones internas, producidas por movimientos opuestos.

Sin embargo, en otro punto de la misma obra, Herbart cree imposible la resolución de la incógnita de la vida. Á medida que se avanza, dice, en el exámen de la naturaleza orgánica, la vida se hace progresivamente más incomprensible. La vegetación no tiene en sí nada de maravillosa; pero la rosa y la encina están llenas de maravillas. Se puede concebir la formación de los infusorios, de los mohos y líquenes; mas el mundo, á partir de los insectos, se manifiesta como creación. Esto no obstante, el insecto es, respecto del cuadrúpedo, mucho más inteligible: mientras que la actividad del primero corresponde con exactitud á sus necesidades, el segundo es un mecanismo vital, un autómata animado. En cuanto al hombre, siendo impotente la fisiología para darse cuenta de la vida moral, se encuentra

obligada á reconocerlo como el prodigio *non plus ultra* y á humillarse ante la religión, la única que yace en aptitud de guiarnos por entre tanto laberinto.

Rudiger.—Los principios fundamentales de la naturaleza son: el alma, *que es la vida*; el éter ó la luz, el aire y la tierra.

Jouffroy.—La vida es una; se parece á un mecanismo cuyos rodajes serían las funciones.

El principio vital es causa desconocida hasta lo presente.

Rosmini.—En el alma sensible reposa la virtud de organizar, de animar y de nutrir el cuerpo.

Garnier.—«El alma no puede ser la causa de la vida.» ¿Qué es entonces? ¿Un efecto de la organización!....



CAPITULO 111

PERÍODOS DE LA VIDA

§ I

NIÑEZ

Nace el hombre entre dolores, y parece que también nace con lo mismo. Sufre la madre, porque á parir sufriendo la condenó Jehová; sufre el hijo, pues al pasar de la vida intra-uterina á la externa é independiente pega un grito ¡primer tributo que, inconscientemente, pagamos á la finitud de la humana naturaleza, siempre asediada, debajo del sol, por enfermedades, miserias y la muerte!

Durante las primeras semanas que siguen

al nacimiento las nobles funciones corporales yacen en el limbo, así como adormidas: el niño sólo duerme y mama; pero en la sexta, más ó ménos, la membrana pupilar se rompe, los ojos se descubren y un nuevo mundo, lleno de risueñas esperanzas, se presenta ante esa existencia puramente vegetativa.

Gira la cabecita sobre pescuezo tal que las madres, temerosas de que á guisa de cristal se rompa, la sostienen con solícito cuidado; miran con mayor atención que los áncianos, de suyo indiferentes; escuchan con asombro y cuando pensamos que, por quítame esas pajas, echarán á llorar sin tregua, vemos complacidos que sonrien picarescamente, desplegando sus labios carmesies. Límpidos y frescos, como las rosas apenas húmedas por el rocío de una noche de primavera, no se contraen para responder al beso de la mujer que en ellos desahoga sus cariños, sinó para recibir presto el pezón, por donde, en chupan-

do, beben el blanco y sustancioso néctar.

Simultáneamente, se cumple en lo interior una actividad prodigiosa: la digestión, respiración y circulación marchan hacia el movimiento acelerado; los huesos, de harto blandos, tienden á endurecerse hasta lo necesario para la locomoción, las resistencias y el crecimiento. Los músculos, careciendo de energía contráctil ó poseyendo en grado mínimo la irritabilidad de Broussais permanecen, al revés, estacionarios.

En rededor del séptimo mes aparecen los síntomas dentarios y, con ellos, aumenta el vigor estomacal, se activa el desarrollo y salen del fondo misterioso del alma los primeros rayos de la inteligencia.

¿Qué de secretos y encantos inagotables se manifiestan desde entónçes, que sólo la madre llega á comprender! La frente comienza á levantarse noble y serenamente sobre sí misma, como indicando que, para lo futuro, su inclinación definitiva será el firmamento y, por ende, la sorpresa de

los misterios de que el univerto está plagado; la cabeza se desembaraza de los hombros entre los cuales parecía enclavada: libre, altiva y dominante, imita á los mundos y se redondea. De chato, pelón, sin dientes y estevado, el niño se convierte, por el andar del tiempo, en preciosa criatura, en fecunda fuente de placeres amorosos.

*Pronaque cùm spectent animalia cætera terram,
Os homini sublime dedit....*

OVID.

Todo quiere ver, gustar, tocar. Cuando no mete el dedo en la boca ú ojos de la nodriza, le tira el cabello; al padre, el bigotazo. De la risa pasa al llanto con tanta facilidad y á la risa retorna de igual manera, que ambos á dos, llanto y risa, parecen uno.

Principiando los albores de la palabra ¡cuán dulces sentimientos proporcionan á los suyos!

Las horas más felices de un buen padre de familia son las que, de vuelta del trabajo, emplea en su casa haciendo reír á sus pequeñuelos. Á la sombra de las grandes carcajadas, gestos, gritos y voces balbucientes, olvida fácilmente los sinsabores que en la calle recogiera: ¡la edad madura y, sobre todo, la vejez goza con el recuerdo de los años que, según ley fatal, ya no volverán!....

Notables personajes han sido pillados por curiosos importunos jugando en el hogar al *gallo ciego*, á las *escondidas* ó *muñecas*. Corriendo Agesilao, junto con sus hijos, sobre un caballo de caña, entró un cortesano; y como observase que éste se había sorprendido, le preguntó: ¿tenéis hijos?—No, S. M., respondió—Pues bien, agregó aquél, os mando que hasta tenerlos no forméis dictámen en lo que habeis visto.

A la par, ninguna otra época de la vida es tan amargada por los males sucepti-

bles de la especie. Congestiones varias, inflamaciones del cerebro, pulmón y canal digestivo; aftas, úlceras, crup, la viruela y escrófulas con rosarios de consecuencias: hé ahí los terribles enemigos de la infancia. Toca á los inmediatos parientes velar por medio de la higiene la cuna de los que no han podido elegir entre sér y no-sér. A quienes dieron la existencia corresponde cuidarla como á tesoro caído del cielo.

Φυτὸν οὐκ ἔγγειον, ἀλλ' οὐράνιον.

PLAT

§ II

ADOLESCENCIA

En el ocaso de la infancia muchos encantos desaparecen para siempre: la pureza cede paulatinamente el puesto á la malicia y al pecado; del rostro cae, como carco-

mida máscara, ese baño de púdico rubor que tiñe la tímida inocencia; la actividad febril se aquieta un poco, á causa de la molicie, que, retoñando en tierra vírgen, consume los jugos más sustanciosos; los párpados ya no se abren para sólo dejar pasar cándidas miradas, sinó que, también, turbias luces, alba de las pasiones venideras:

Puesto el sol de la niñez, aparece otro en el firmamento de la existencia: es la adolescencia, que nos alumbra de los doce ó catorce años hasta los veinte ó veinte y dos; época en que así mismo se pone para dar cabida á un tercero y último, el cual, más fiel que los anteriores, nos acompaña hasta la muerte; me refiero á la vejez.

La pubertad masculina se caracteriza por una ronquera bastante pronunciada; la voz pierde en sonidos agudos; gana en graves y llenos; salta á la vista la *manzana de Adán*, que yacía como escondida en la

laringe; en las partes sexuales, que se cubren de pequeñas prominencias blanquecinas, se localiza una sensación de prurito, origen de la masturbación; el tejido celular se condensa; principian los músculos á diseñarse en la superficie del cuerpo, especialmente en el antebrazo, región pectoral y piernas.

Gusta el mozo de los ejercicios físicos, acciones varoniles, difíciles empresas amorosas; se entusiasma ante el paso de las Termópilas por Leonidas, la revolución francesa, las guerras napoleónicas. Entre Anibal y Descartes opta por el primero; entre Descartes y Mesalina, por la segunda. ¡Cosas de la edad!

Leyendó, v. g., el *Libro de los Oradores* por Timón, el adolescente pronto se cree un nuevo Mirabeau. Si fuera diputado ¿cómo haría temblar los cimientos de la República! U ojeando, la *Historia del Consulado y del Imperio* por Thiers, llega el pobre á convencerse de que es un

conquistador, pero, entendámonos, sin los reveses de Bonaparte. En alas de imaginación calenturienta, de soldado raso que era, asciende á capitán, coronel, general, rey, emperador, amo y señor del mundo, en donde, triste y avariento, se detiene. ¡Ah, si hubiesen ó hubieran de haber grados superiores! Empero ¿con qué placer se contempla de tan elevado sitio, solicitado, perseguido por las graciosas Evas; adulado por los palaciegos, quienes, según crónicas, tienen la columna vertebral de goma, y distribuyendo á manos llenas honores y riquezas!

Proveniebant oratores novi, stulti adolescentuli.

CIC.

Cuando baja á la realidad y reconoce que todo había sido locura se nota lánguido, cansado, como después de crueles y largas expectativas.

¡Alma delirante, á menudo se pierde en

las esferas inconmensurables del pensamiento; corazón generoso, da, en general, más de lo que le piden, y cobra ménos de lo que le deben!

Sin enemigos, temores y zozobras, recorre tranquilamente el día, pasando feliz de una hora á otra; cuando viene la noche y con ella el cansancio, que reemplaza al movimiento, un sueño reparador, casi nunca interrumpido, lo tumba en cama, y duerme como piedra. Seguro del pan que el padre se lo alcanza y que la madre á digerirlo ayuda con sus cariñosos consejos, no comprende de cómo nosotros, los mayores, podemos caer en frecuentes melancolías: ¡esperanzas que se van, desengaños que, al penetrar, horadan el alma!

Interin la ilusiones aquellos distraen el espíritu, el cuerpo y el espíritu mismo se robustecen y preparan para poder sobrellevar en adelante la carga de la vida! pesada herencia que no debiéramos recibir sinó con beneficio de inventario! La fuerza vital

recoge de afuera lo posible; emplea lo menester en la subsistencia diaria, y con el restó riega, por decir así, con poderosos zumos, la complicada maquinaria, la que, por tales quehaceres y cuidados, arriba presto á su definitivo desarrollo: el hombre se hace barbudo, y la mujer si ya no es esposa háse quedado lerda, que en nuestra tierra, de la veintena para arriba, es más facil enviudar de veras que contraer segundas nupcias.

*Las jóvenes son de oro;
las mujeres casadas, de plata;
las viudas son de cobre;
y las viejas, de hoja de lata.*

La mujer comienza á sentir una serie de fenómenos nuevos. La afluencia de los fluidos circulantes al rededor del aparato genital, que se encoge y estrecha, produce en el vientre, terso y abovedado, en la región lumbar, que adquiere amplia y suave curvatura, y en los muslos, que se

formalizan á modo de conos invertidos, una sensación de pesantez y de presión acompañada, cuasi siempre, de dolores lancitantes y de calor.

¡Ha llegado el momento crítico de la honestidad de una hija de familia! La elevada temperatura de dicho aparato y el prurito consiguiente, piden, por desgracia, consuelo á la mano y, á veces, á la deshonra. En los libros de medicina encontrarán las madres los remedios adecuados; en cuanto á los medios preventivos, estos se reducen á tres cuidados: higiene, educación y vigilancia.

Continuo. La plétora sanguínea ocasiona agudas cefalalgias, hemorragias nasales, náuseas, vómitos y, con frecuencia, síncope y convulsiones. El carácter se torna irascible, melancólico, histérico. Muchas jóvenes inteligentes sucumben en la locura; muchas que fueron idiotas curan del todo.

¿Qué crisis es esa que conmueve tan profundamente el organismo; qué tormenta

se prepara á descargar sus furias; qué proceso evoluciona en buen ó mal sentido? Varias libras de sangre, que provienen del corazón y que se derraman por simple exhalación en la superficie interna del útero, indican que se ha operado el pasaje de la infancia á la juventud. Recien desde entónces la mujer es tal: *propter solum uterum mulier est id quod est*, ó, como decía Isidoro, *Femina a partibus femorum dicta ubi, sexus species a viro distinguitur*.

Las facciones se acomodan definitivamente; los ojos se convierten en fuente inagotable de chispas significativas, amorosas, apasionadas; el labio superior, que se cubre de tenue bello, se modula á guisa de arco apuntado; el inferior, rico en sensibilidad, se hincha, como el tejido eréctil, y colorea, como el sidonio indiano; el torso se dilata; el pecho, para dejar más libre las expansiones de aquello que bien pronto será sacudido, subyugado por fuerzas misteriosas, se levanta y encorva hacia afue-

ra; las mamas, que apenas sobrelían, como pequeñas prominencias heridas en el centro, aumentan en circúito, volúmen y dureza; los pezones, saliendo del bajo relieve, se adelantan á manera de ampollas bermejas y al tacto se hacen doloridos; la disyunción del fémur hacia arriba y su dirección oblí-cua hacia adentro desvían un poco el centro de gravedad. Por esto, las mujeres son perezosas para las marchas y amigas de la vida solitaria, en donde, pinchadas por la congestión uterina, se entregan á tantos y tales pensamientos, que para contarlos ó describirlos sería necesario pertenecer al bello sexo, tenido también por débil, aunque, en verdad, gobierna el mundo. Envueltos los músculos por abundante tejido celular y adiposo, tejidos que desempeñan el oficio de fino algodón, se suceden siguiendo líneas continuas, progresivos, rigurosamente simétricas: de aquí la simpátia que las formas femeniles despiertan en el hombre, especie de plano

lleno de aristas y ángulos salientes. ¿Con qué facilidad resbala la palma cuando sobre aquellas hace natural camino!

En lo moral, una tendencia predomina en el cuadro de los hechos anímicos; una idea, solamente una, se destaca por la potencia y vigor del claroscuro: hablo del sentimiento de lo bello, que á las Evas, séres queridos, absorve, esclaviza, iergue ó abate:

*. . . . Deum qui non summum putet.
Aut stultum, aut rerum esse imperitum existimet:
Cui in manu sit, quem esse dementem velit,
Quem sapere, quem sanari, quem in morbum injici;
Quem contra amari, quem arcessiri, quem expeti.*

CEC.

Para mejor explicarme dedicaré un instante al estudio abstracto de la belleza; problema cuya resolución tiene la inquietud del azogue, pues se escurre lo mismo de entre los dedos de un filósofo que de en-

tre los de un jornalero; la plasticidad de la arcilla, porque se deja entender y aplicar según los gustos y caprichos de los individuos; el brillo aparente del diamante, pero la oscuridad intrínseca del abismo: ¿quién la ha visto y con ella alimentado la estética moderna ¡pobre señora que fallece de inanición!

Lo bello no es algo material, como en general se cree, ni, por lo tanto, susceptible del exámen de los sentidos; es la semejanza del objeto que satura el espíritu de admiración y placer con el ideal subjetivo, que no posee modelo determinado, fijo, consiente.

Como todas las relaciones, lo bello supone dos términos por lo ménos, á saber: el sujeto que recibe la impresión y el agente que la motiva. Puesto tú, sin la facultad de sentir, en frente de Vénus saliendo perezosamente de las aguas ¿podríais daros cuenta de esa cintura que solo Homero ha podido bien cantar? Recobrando dicha facul-

tad, mas perdiendo de vista á la diosa del amor y de los encantos ¿qué es la belleza?

Dedúcese que lo bello varía según la capacidad del primer término y con arreglo á la medida y proporción de las cosas, como enseña Platón, ó al orden, simetría y determinación de las mismas, para valerme del lenguaje peripatético. La pluralidad en la unidad, y ésta en marcha hacia su fin, que es la perfección, hé ahí la belleza.

Pues, embargadas por el sentimiento aquél, se estiman hermosas, dueñas absolutas de la belleza, únicas soberanas de ella. Así entran en la senda de los dorados años, y así, agrego, envejecen y mueren. Todo perdonan: injurias de palabra, injurias de hecho, ménos que les digamos *feas*; todo entregan: alma, cuerpo, bienes, libertad, ménos los ojos, si son bonitos; la nariz, si es afilada; la boca, si es chica; la color, si es blanca. Los varones tenemos otro sistema: nada exceptuamos del comercio. ¿Prueba, eh? La última presidencia.

En tal virtud, se miran complacidas en los espejos, vidrios empañados y hasta en la propia sombra. Desnudas ¿cuántas miradas furtivas se arrojan por dentro de la camisa; cómo ensayan la resistencia de las carnes, apretando acá y acullá con especial satisfacción? Vestidas ó no ¿con qué placer juegan con los cabellos sueltos; se peinan á un estilo, despeinan en seguida para volver á peinarlos de nuevo?

¡Oh semidiosas, sí semidioses hubiera! Continuad no mas contemplando lo que, después del pensamiento, ocupa el sitio preferente en la escala de lo creado; vuestro cuerpo es semejante al sello de la Real Academia de la lengua: limpio, fijo y dá esplendor. ¿Para qué, luego, vaís en busca de artificios inútiles ó superabundantes, tales como de vestidos *á la moda*, aros, anillos, aderezos al por mayor y de otros apéndices ingeniosos? ¿No es acaso preferible la verdad desnuda que la engalanada con demasiada profusión?

En mérito del predominio absorvente de lo sensible, las potencias intelectuales y, sobre todo, la voluntad, se deprimen y enervan: la joven es conducida por oculta fuerza á la pereza ontológica y física; empero, al mismo tiempo, ¿qué espléndidas y ricas manifestaciones de la sensibilidad; de la sensibilidad que, como aguja imantada, se mueve nerviosamente á la menor influencia!

¡Ha llegado simultáneamente el momento de la coquetería, la que, con tono airoso, doquiera asoma el atrayente rostro: en los bucles del cedoso pelo; en los vaporosos encajes; en el cadencioso caminar, en los movimientos del diminuto pie; en la conversación chispeante, bién que, en general, hueca, como tambora.

Crede ratem ventis, animan ne crede puellis;
Nempe est feminea tutior unda fide:

La coquetería es una culebra de mil ca-

bezas que á todos muerde, excepto á la mujer que consigo la lleva.

Entónces ¡oh padres cariñosos! debeis intervenir severamente, oponiendo al avance insaciable de la sensibilidad el ejercicio de la fria reflexión; al desarrollo morboso de los nervios la actividad muscular, que pone en jaque las enfermedades que aquél vá sigilosamente preperando. Tratad, en fin, de equilibrar las facultades sobre la base del equilibrio posible de los sistemas; empresa, en efecto, harto difícil, porque además de que la mujer, por gracia de Dios, no es biliosa ni linfática, para aquello se requiere mucha paciencia y muchísimo dinero.

§ III

V E J E Z

Terminado el crecimiento, sale el hombre de la adolescencia, y entra á la edad

madura, á la edad en que, según Pascal, ni somos ángeles ni bestias.

Hasta aquí la materia ha trabajado por el espíritu y para él; perfeccionado el instrumento, debe el artífice conservarlo en buen estado, practicando la virtud, que, aunque esté desnuda y miserable, es prenda de felicidad (*virtus amatur et alget*), y la gimnasia moderada, especialmente los ejercicios espontáneos.

Post cænam stabis,
Aut mille passus meabis.

Item más, si posible fuera: imitad á los que han dado lustre y brillo á la humana especie, no por sus riquezas, que nunca las tuvieron, sinó por sus méritos y talentos; ellos son, humanamente, lo que Jesús dijo del Bautista: «este es mi precursor».

Mas la libertad que con los años nos dan las leyes; los vicios y pasiones que por debajo del dinero se entrometen, toman asiento y gobiernan; las dolencias que en-

contramos y recogemos en el camino de la vida, y el tiempo que, como polilla, todo carcome, se reunen en insólita compañía y ponen de común acuerdo punto final á la virilidad confirmada. Descendemos paso á paso la otra falda de la existencia, abundante en achaques y arrepentimientos; se llama la *vejez*, voz que, si mal no recuerdo, se deriva del latin *vetus*, y significa el trecho temporal corriente desde los sesenta, próximamente, hasta la muerte natural ó senil.

Se halla tan enredada por accidentes, ora importantes, ora nimios, y por opiniones encontradas, que no me atrevo á describirla: detalles que apresase en este lado, se escurrirían en aquél, y, á la postre, á oscuras quedaríamos. Pero como es condición de autor afrontar con valentía las dificultades, aún cuando sea á costa de otro autor, trataremos de pillar, haciéndonos chiquitos, para no ser sentidos, algún viejo sentado bajo un sol de otoño, con el gorro

metido hasta las orejas, absorbiendo rapé y refunfuñando por las travesuras infantiles, los progresos modernos y olvido de las añejas costumbres, en las cuales, dicen, estriba el presente y porvenir de un estado. Οὕτω που τῷ πρόοθεν ἐπευθόμεθα κλέα ἀνδρῶν.

¡Oh fríos corazones é impertérritos egoistas! pasad no mas frente á mi pluma, que ella, pobre y olvidada, á deciros la verdad se apresta.

«Layo rey de Tebas, teniendo en cinta á su esposa Jöcasta, mandó consultar á Delfos sobre la suerte del hijo cuyo nacimiento esperaba, y habiendo declarado el oráculo que ese niño sería el asesino de su padre y el esposo de su madre, Layo y Jöcasta, aterrados con tan funesta profecía, resolvieron evitar su fatal destino. Apenas nació el infante lo entregaron á un criado ordenándole que le matase. Compadecido éste del infeliz niño, se contentó con atarlo por los piés, y colgándole de un árbol, en la espesura

de un bosque. le abandonó para que muriese de necesidad ó sirviese de alimento á las hambrientas fieras; pero Fórbas, pastor de Polibio, rey de Corinto, le encontró allí y le llevó á la reina que no teniendo hijos le adoptó y le dió el nombre de Edipo, que quiere decir *el de los pies hinchados*.

«Creció Edipo en Corinto distinguiéndose por su valor; mas habiendo descubierto que no era hijo de Polibio, se dirigió á la Fócida, donde le anunció un oráculo que hallaría a sus padres. Por el camino encontró á un anciano que al pasar por un sendero estrecho le ordenó con altanería que le cediese el paso; irritado Edipo saca la espada y empeñado el combate mata á su adversario, cumpliéndose así la primera parte de su destino, porque el muerto era Layo y el matador su hijo.

«Al llegar á Tebas encontró Edipo la ciudad entregada á la mayor consternación con motivo de las devastaciones de la *Es-*

finge: este monstruo, que tenía la cabeza de mujer, el cuerpo de león y las garras de águila, se había establecido en una caverna del monte Citerón, en donde salía á talar el país y á devorar á los viajeros que no podían resolver el siguiente enigma que les proponía: «Cuál es el animal que por la mañana anda en cuatro pies, al medio día en dos y por la noche en tres.» Decidido Edipo á combatir la fiera, salió á su encuentro y le respondió: «Ese animal es el hombre que en la infancia se arrastra sobre sus pies y manos, adulto anda sin mas auxilio que sus dos piernas, y en la vejez necesita apoyarse en un bastón.» Viéndose vencida la Esfinge se precipitó de la cima de una montaña á un abismo, y Edipo, recibido como libertador, fué proclamado rey de Tebas y se casó con Jocasta.»

Así cuenta un mitólogo el maravilloso acertijo que, acertado, vengó sin lanza,

pechera y Rocinante, á miles de víctimas, viudas y desamparados.

El báculo es, en efecto, el compañero de la vejez; y la razón consiste: en que los huesos, de duros, gelatinosos y calcáreos, se tornan frágiles, como el vidrio; en que los ligamentos se cubren de fosfato de cal y solidifican; en que las articulaciones pierden la flexibilidad y elasticidad habituales; los músculos, órgano del movimiento, la virtud contráctil, en mérito de la que se estiraban y encogían á voluntad; y en que la columna vertebral, encorvándose hacia adelante, embaraza, junto con lo demás, la locomoción.

Aplanado el globo ocular por la escasez de los licores acuoso y vítreo, se hace infracto; el oído, que para Sócrates jamás se llena con sonidos, se adormese, como también, el tacto y gusto; mientras que la piel, por la disminución progresiva del calor animal, convierte á su plástico contenido

en masa excesivamente sensible á las variaciones atmosféricas.

En lo moral...

El saber antiguo compuso muchas obras que honran la vejez: Cicerón, por ejemplo, escribió una que principia de esta manera:

*O Tite, si quid ego adjuero, curamve levasso,
Quæ nunc te coquit, et versat in pectore fixa,
Ecquid erit pretur?*

Empero, el mismo saber, con Aristófanes, Plauto y Terencio, puso de relieve los defectos inherentes al hombre achacoso, el pariente más próximo de la muerte, según la pintoresca frase de Chateaubriand. De modo que, hoy por hoy, estamos en lo cierto: ni la vejez es implacable, como piensa La Fontaine, ni tampoco mejor que la juventud, como de un diálogo] entre Solón y Pisistrato deduce el grande orador romano.

Tendiendo el cuerpo á osificarse, el corazón ya no responde rápidamente á los generosos sentimientos del alma; especie de caracol chupalandero, métese el viejo en la concha y en ella se finge dormido cuando ve venir algún necesitado; sin memoria respecto de los hechos recientes, vive en lo pasado, con cuyo recuerdo se entretiene y goza: de aquí por que se sonrie, incomode ó sulfure ante los últimos descubrimientos científicos ó artísticos, á los que denomina *invenciones de charlatanes*.

*Quo vobis mentes, rectæ quæ stare solebant
Antehac, dementes sese flexerent?*

Estando léjos, muy léjos de la juventud, y perdido la esperanza de recuperar sus dones, permanece indiferente en presencia de los encantos de los niños, quienes, con sus gritos, juegos y travesuras, lo incomodan.

*Sicut fortis equus, spatio qui sæpe supremo
Vicit olympia, nunc senio confectu quiescit.*

Debilitado en sensibilidad, que es la facultad de amar, y en imaginación, fuente de la estética, ni ama, ni se conmueve ante lo bello; sus desvelos y cuidados se reducen á mantener encendida esa lánguida luz diariamente amenazada por fuertes ventarrones, tales como el asma, catarro pulmonar, lesiones orgánicas, parálisis, gota, hidropesía, reumatismo y afecciones vesicales

Preguntado Gorgias el Leontino, que vivió hasta los ciento y siete años, de cómo podía soportar el peso de tantos lustros, contestó: «No tengo ningún reproche que hacer á la vejez» (*Nihil habeo, inquit, quod incusem senectutem*) ¡Bella respuesta, agrega Cicerón, y digna de un espíritu esclarecido! *Præclarum responsum, et docto homine dignum!*

Sin embargo, en medio de esa catástrofe general, una potencia anímica permanece

y se levanta incólume; amiga constante de la vejez, es la reflexión; compañera inseparable de la experiencia, á ella recurrimos en demanda de saludables consejos: *Temeritas est videlicet florentis ætatis, prudentia, senescentis.*

Eso indica que á pesar de la decrepitud de los órganos de que se sirve el alma, ésta, soplo divino y que á la materia mueve, no se desgasta por el uso, sinó que se fortifica y previene para la vida bienaventurada. Casos concretos de esto son Platón y Kant, que escribieron sus mejores obras en el ocaso de una larga y laboriosa vida.

§ IV

APÉNDICE

PENSAMIENTOS

A mi Cleis, á mi querida Cleis, no la daría por toda la Lidia.

Safo de Mitilene.

Dulce es la luz del sol, dulce el espectáculo de la mar apacible, ó el de un gran rio, ó el de la tierra durante el verano; dulce mil cosas más; pero creedme, mujer, no hay espectáculo tan dulce como ver prosperar á nuestro lado bellos hijos.

Eurípides.

Nuestros hijos serán lo que nosotros querramos.

Terencio.

Todos los niños no son iguales: unos necesitan freno; otros, aguijón.

Cicerón.

Y le presentaban unos niños para que los tocase. Mas los discípulos reñían á los que los presentaban.

Y cuando los vió Jesús, lo llevó muy á mal, y les dijo: Dejad los niños venir á mi, y no se lo estorbeis: porque de los tales es el reyno de Dios. En verdad os digo: Que el que no recibiere el reino de Dios como niño, no entrará en él.

Y abrazándolos, y poniendo sobre ellos las manos, los bendecía.

San Marcos.

Debemos á los niños un profundo respeto.

Juvenal.

O cher enfantelet, vray pourtraict de ton père,
Dors sur le seyn que ta bouche a pressé!
Dors, petiot; cloz, amy, sur le seyn de ta mère,
Ton doux æillet par le somme oppressé!

Bel amy, cher petiot, que ta pupille tendre
Gouste ung sommeil qui plus n'est faict pour moy
Je veille pour te voir, te nourrir, te défendre....
Ainz qu'il m'est doux ne veiller que pour toy!

Dors, mien enfantelet, mon soulcy, mon idole!
Dors sur mon seyn, le seyn qui t'a porté!
Ne m'esjouit encor le son de ta parole,
Bien ton soubreiz cent fois m'aye enchanté.

O cher enfantelet, vray pourtraict de ton père,
Dors sur le seyn que ta bouche á pressé!
Dors, petiot; cloz, amy, sur le seyn de ta mère,
Ton doux œillet par le somme oppressé!

Me soubriraz amy, dez ton réveil peut-estre;
Tu soubriraz à mes regards joyeux....

Jà prou m'a dict le tien que me savoiz cognestre,
Jà bien appris te mirer dans mes yeux.

Quoy! tes blancs doigteletz abandonnent la mamme
Où vint puyser ta bouchette à plaisir....
Ahl dusses la seschier, cher gage de ma flamme,
N'y puyseroys au gré de mon dézirl

Cher petiot, bel amy, tendre fils que j'adore!
Cher enfançon, mon soulcy, mon amour!
Te vois toujours, te vois et veux te voir encore:
Pour ce trop brief me semble nuict et jour.

O cher enfantelet, vray pourtraict de ton père.
Dors sur le seyn que ta bouche a pressé!
Dors, petiot; cloz, amy, sur le seyn de ta mère,
Ton doux œillet par le somme oppressé!

Clotilde de Surville.

Je passais jusqu'aux lieux où l'on garde mon fils.
Puis qu'une fois le jour vous souffrez que je voie
Le seul bien qui me reste et d'Hector et de Troie,
J'allais, seigneur, plurer un moment avec lui;
Je ne l'ai point encore embrassé d'aujourd' hui.

Rucine.

La principal preocupación de los niños
consiste en encontrar el punto débil de sus
maestros.

La Bruyere.

Los niños no tienen ni pasado ni futuro.

Idem.

Es más fácil transmitir á los niños nuestras pasiones que nuestros conocimientos.

Montesquieu.

La razón no aparece en la infancia sino por grados.

Buffón.

El niño puede hacer mal, pero no sabe hacerlo.

Rousseau.

Dad fantasía á los niños.

Idem.

El capricho en los niños es el producto de una pésima disciplina.

Id.

Un niño sin inocencia es como una flor sin perfume.

Chateaubriant.

El niño continuamente vigilado será siempre niño.

Sra. Monmarson.

Para educar á los pequeños niños es menester mucho amor y paciencia.

Id.

El niño no es una tabla rasa: comenta, interroga, duda é investiga.

G. Sand.

Después de la sensibilidad, la atención es en el niño la primera potencia activa.

Guizot.

Si quereis que la familia sea fuerte, dejad en ella al niño el mayor tiempo posible.

Michelet.

Dios ha querido que los niños tengan un atractivo natural.

St. Mar Girar.

El niño es más íntimo para con la madre.

Bautain.

En tésis general, conviene que la madre enseñe á sus hijos lo que éstos pudieran saber por otro conducto.

Sra. Remusat.

No juzguéis al niño por sus acciones, sinó por sus sentimientos.

Id.

El que ama á sus hijos se ama á sí mismo.

La Chaussée.

Para el niño todo es claro.

Renan.

Los niños atormentan y persiguen lo que aman.

Joubert.

La muñeca es la niña de la niña.

Rigault.

La alegría es la gracia y privilegio de la infancia.

Sauvestre.

El lenguaje de los niños es música que encanta.

Sra. Dora d'Istria.

Nada es tan irracional como pretender que los niños sean razonables.

Sra. de Maint.

El derecho de familia sobre el hijo es limitado; la infancia no es una propiedad.

Vacherot.

La obligación del padre estriba en formar al hijo por medio de la autoridad y de la razón.

P. Janet.

El niño es una persona que se ignora así misma.

Id.

Bel enfant jusqu'aux dents.

Adagio francés.



Á partir desde la infancia, todos los hombres hacen más males que bienes.

Sócrates.

El mayor bien humano consiste en la perfección del entendimiento, luego durante la infancia y pubertad somos relativamente desgraciados.

Séneca.

Oh! juventud; te dan el nombre de bella edad, de primavera de la vida; de flor de los años, de sazón de los deleites; pero frecuentemente eres un funesto oríjen de sentimientos y de dolor para las edades que te suceden; y en tanto eres el tiempo de los deleites, en cuanto eres el tiempo de las pasiones y de los vicios. La mas fria y lenta vejez debiera ser antepuesta á esa edad fogosa y ardiente en que las depravadas pasiones que comienzan entonces a bramar se apostan enfurecidas al rededor de nosotros: edad en que arrebatados de un torbellino de desaciertos y contradic-

ciones no podemos sufrir á nuestros maestros: el estudio parece un peso abrumador y aun formidable; la ignorancia es nuestra delicia, y no hay instante feliz para nosotros sino aquel momento en que burlamos la vigilancia de los que nos celan: edad en que el muudo, cuyas alevosías ignora el jóven, brinda con encantos que embelesan... Hay tres cosas, dice el sabio, muy difíciles de percibir; el vuelo del águila que penetra las nubes; la rapidez de un navío que atraviesa los mares; las sinuosidades de la culebra que se enrosca, pero hay otra que es enteramente desconocida y es el camino de un hombre en su juventud.... El jóven jamás se halla bien, sino allí donde no está: él se huye de sí mismo, y á cada instante ya no es él: es un azogue que no se puede fijar: un vino nuevo que hierve con toda sus fuerzas y un camaleon que toma todo jénero de colores.

Fr. Pantaleon García.

Es el tiempo que fué prisma dorado
que pinta los placeres de colores,
es talisman del mágico envidiado
que convierte en placeres los dolores;
es vaso de virtud que del helado
peñasco de este mundo y sus rigores,
saca una cristalina linfa pura
cuyo sabor inspira la ventura.

Es el caleidoscopio de la vida
que de los juveniles materiales
con arte sobrehumana distinguida
produce bellas formas celestiales;
es el jardín Eliseo, y la florida
Arcadia donde buscan los mortales.
de la felicidad la dulce sombra
y reposan tranquilos en su alfombra.

Patricio de Basavilbaso.

Vivir, si. vivir es bello!
Sentir el humano gozo,
El mundanal alborozo,
El tumulto y el afán;
Y la riza y los dolores,
Las pasiones y esperanzas,
El deleite y los amores
Que los demás sentirán.

Vivir, si, vivir es grato
 Cuando vírjen todavia,
 Lleno de fé y simpatía,
 Late ardiente el corazón:
 cuando ilusos caminamos,
 Inmortales nos creemos,
 Y como reyes tcmamos
 De la tierra posesión.

Cuando á la natura abrimos
 El sentido aletargado,
 Y el dulce sueño dormimos
 De la fugaz juventud;
 Cuando el deseo es indómito
 Y la pasión devorante,
 Y la voluntad gigante
 Tiene mágica virtud.

Cuando racional conciencia
 De la vida no tenemos,
 Ni la luz de la experiencia
 Nunca nos mostró lo que es;
 Y en nuestro candor sencillo
 Ciego nos lanzamos y ágiles;
 Cual fogozo corderillo
 Del verde campo al traves.

Estevan Echeverria.

Abundan pubertos que viven enamorados de sí mismos, se acicalan y cuidan demasiado. Para ellos copio esta historia que he encontrado en un libro impreso en 1661:

«Muchas prendas amables puso la naturaleza en Narciso, hermoso, noble, entendido; pero las desluzió tanta con quererlas él, que no dexó lugar a que las estimasen otros; si él no se hubiera querido también le hubieran querido menos mal: no quedó solo en su siglo la infamia, pues hasta oy es aborrecible su memoria à quantos profesan el estudio de querer bien, ya en profanas, ya en sagradas Escuelas de amor. Por quenta de Nemesis corrió la vengança de los defectos de Narciso y fué tan ingeniosa la pena, que le condenó à quererse bien à si haciendo castigo à ofensa. Si es castigo el de no haber amigos, el que se quiera bien à si, fin duda no es medio el amor propio para grangear el del extraño, pues no puede ser pena de un vicio, una virtud: Esfo fuera premiarle, no castigarle à

Narciso: y Diogeniano, dize que el auinar Nemifes en Narciso las llamas del amor propio, fue comdenarle à hodios agenos. Es aborrecible à todos vn hombre galan de si mismo.

*
* *

La instrucción es guía que nos conduce con felicidad á la vejez.

Aristóteles.

La esperanza es el sueño del hombre que envejece.

Idem.

Se ha dicho que después de la vejez y de la caducidad viene la decrepitud: *ætas decrepita ultima senectus.*

N.

Que no se diga que la vejez es una edad de decadencia; es un tiempo de recogimiento y de piadosa contemplación.

Reynaud.

La impertinencia caracteriza la edad de los viejos.

N.

La vejez es la antecámara de la muerte y, por consiguiente, de la visión de Dios.

Maleb.



CAPITULO IV

METAFÍSICA DE LA VIDA

§ I

SIMILES

El hombre se parece á una locomotora en acción: ni los órganos podrían funcionar sin el impulso inicial y repetido de alguna cosa semejante al vapor; ni las potencias anímicas manifestarse sin el auxilio ponderable de piezas admirablemente dispuestas para el movimiento. Arquímedes pedía un punto de apoyo para, con la palanca, levantar el mundo; el alma requiere una cubierta tangible para construir en el mundo la palanca. Ésta y el cuerpo son, pues,

instrumentos de dos fuerzas diferentes, á saber: de la gravedad, que obra en razón directa de la masa é inversa al cuadrado de la distancia, ó del espíritu, que, penetrando en la materia, la convierte en manantial inagotable de fenómenos maravillosos.

Que el alma es una fuerza, lo prueban las siguientes definiciones que, para mayor comodidad, trasporto del § 4, cap. I:

El alma es lo que se sirve del cuerpo (τὸ χρώμενον σῶματι).

Platón.

El alma es la primera entelequia de un cuerpo natural, organizado que tiene la vida en potencia; es decir, la fuerza por la cual la vida se desenvuelve y manifiesta realmente en las cosas destinadas á recibirla.

Aristóteles.

El alma es un número que se mueve á sí mismo.

Jenócrates.

El alma es una sustancia dotada de razón y dispuesta para gobernar el cuerpo (*Substantia quædam rationis particeps regendo corpori accommodata*).

S. Agustín.

El alma es un todo virtual.

Alberto el Magno.

El alma es una sustancia que comunica la vida; es más sutil que el fuego y que el aire; se halla dispuesta para unirse al cuerpo, pero no es corporal.

Hugo de San Víctor.

¿Cuál es la esencia del alma? La actividad incesante.

Durand.

El espíritu se mueve á sí mismo.

Agripa de Netesheim.

El alma es una actividad esencialmente motriz.

Boullier.

Así como las máquinas están compuestas de partes concurrentes á un fin general, y las partes, de moléculas de acero, bronce ó fierro; así también, el cuerpo humano se reduce en definitiva á tejidos y células, factores de la existencia orgánica y animal.

Esto supuesto ¿cómo entra en ejercicio una locomotora? En virtud de la tensión gaseosa del vapor, la que, operando sobre los átomos del pistón, mueve, por solución de continuidad, las ruedas, los vagones y todo lo demás.

Cada grupo de células en trabajando para sí, economiza para la organización, cuya vida no es, en último análisis, sinó la suma de las vidas parciales.

Unas células trasforman en sustancia apropiada los materiales extraños que, por asimilación, recogen del medio ambiente; otras subsuman la grasa y carne necesaria á fin de dar al cuerpo el peso y figura que ha menester; éstas queman los cuerpos simples, desprendiéndose del calórico consi-

guiente; aquéllas, que poseen el sumo poder de la contractibilidad, se ocupan especialmente de lo relativo á los quehaceres mecánicos, operaciones locomotrices y relaciones externas. Mientras que aquí se fabrica lo que exige el organismo para su subsistencia y desarrollo, y se liquida, por desamilación, lo inútil y sobrante; allí, siguiendo ecuaciones hasta ahora desconocidas, se recibe del cosmos la impresión y, por tal camino, se provoca en el alma un cúmulo de sensaciones agradables ó desagradables.

En punto á los órganos, la subdivisión del trabajo y, por ende, de la actividad no es menos sorprendente. El estómago, especie de cornamusa colocada arriba del abdomen, quimifica los alimentos, convirtiéndolos en pasta pardusca, de apariencia homogénea, ligeramente viscosa, ácida al olfato y dulce al gusto. Los pulmones, formados de arterias, de venas pulmonares, de nervios, de vasos linfáticos y de tejido

celular laminoso, constituyen, á su turno, en la cavidad torácica, un aparato de estructura esponjosa, en donde entrando el aire, por inspiración, descarga oxígeno, coge hidrógeno, carbono y, finalmente, sale como expulsado por la espiración. El corazón, que es lo primero que principia y lo postrero que concluye (*ultimum moriens*), provisto de conductos numerosos, conduce hasta los sitios más íntimos esto que se llama *sangre*; quiero decir, el producto concentrado de la depuración nutritiva. Mueven los músculos nuestros pesados huesos; y, por un vasto sistema de nervios serpentinos, nos ponemos al habla con la naturaleza, la cual, más generosa que nosotros, nos convida con sus riquezas incalculables.

Hay, luego, la vida local de cada grupo de células y de cada órgano en particular; y hay, igualmente, la vida general de la economía; de lo que se deduce, en segundo término, que considerada la muerte como

el cese de la existencia, puede ser parcial ó común, por enfermedad ó senectud.

«Examinando de cerca los diferentes cuerpos vivos, dice M. Lenmonnier, se encontrarán en ellos caracteres comunes, que, con un poco de reflexión, se harán extensivos al torbellino de la vida. Tales cuerpos, en verdad, necesitan partes sólidas para asegurar la forma y partes fluidas para sostener el movimiento. Su tejido está, pues, compuesto de redecillas y mallas, ó de fibras y láminas que en sus intervalos encierran líquidos: El movimiento es más continuo y amplio en los líquidos; incorporándose á ellos las sustancias de afuera, penetran, hasta el tejido profundo; por los líquidos se nutren los sólidos, y libertan de las moléculas superfluas. Las materias que deben ser exhaladas atraviesan los poros bajo la forma líquida ó gaseosa. Pero, á su turno, los sólidos contienen á los líquidos y, por sus contracciones, mueven á éstos. Aquéllos,

para poder gozar de esta propiedad, deben ser á la vez flexibles y dilatables, cosas que se encuentran doquiera. Los caracteres comunes de que hemos hablado; la reunión de células, fibras y láminas más ó menos flexibles, bañadas por líquidos más ó menos abundantes, constituye la *organización*. En general, todas las partes de la organización son idénticas; mas, cuando se penetra á fondo en la composición de los cuerpos organizados, se percibe inmediatamente que los elementos orgánicos, agrupándose según proporciones diversas, engendran porciones distintas, ya en la forma; ya en textura, ya en los usos, á las cuales se da el nombre de *órganos*. La vida en su estado simplísimo exige rigurosamente dos grandes aparatos ú órganos: uno destinado á sustraer del cosmos los materiales indispensables para el sostenimiento de los tejidos (*aparato de absorción*); otro que tiene por objeto expulsar de adentro los

materiales inútiles ó perjudiciales (*aparato de exhalación*). Dichos movimientos fundamentales son el resultado de movimientos secundarios más ó menos numerosos y fraccionados, y constituyen la vida *individual* ó de *nutrición*.

«Las creaciones tendrían que sucederse sin cesar si no hubiera un tercer aparato llamado de *generación* que, por la procreación y la emisión de organizaciones semejantes á las de los primeros tipos asegurase la continuidad de la vida en una serie indefinida de individuos de la misma especie.

«Las funciones mencionadas bastarían para mantener el movimiento vital; pero incorporándose el azoe en el tejido elemental, da lugar á un cuarto y quinto, conocidos con los nombres de *sistema muscular* y *sistema nervioso*, que se prestan continuo y completo apoyo, y perfeccionan los resortes de la vida de nutrición y de generación. Entónces aparece un nuevo orden de funciones, denominadas

funciones de la vida de relación, puesto que se limitan á presidir las relaciones entre los seres organizados y el mundo externo. En efecto, en virtud del sistema nervioso, compuesto de masas centrales y de cordones ramificados, el sér organizado adquiere el sentimiento del *yo*. Después, mediante el sistema muscular, cuya contracción se halla sometida á la influencia del *yo* y de los cordones citados, consigue la espontaneidad de los movimientos, y puede, en consecuencia, cambiar á voluntad de sitio.

«La modificación más esencial que el ejercicio de las funciones de relación y, especialmente, de la espontaneidad trae consigo, consiste en la presencia de una cavidad alimenticia tendente á sostener por algún tiempo el movimiento de composición y descomposición de que cada órgano es teatro.

«Las manifestaciones desiguales de la vida en los séres vivientes, establecen entre ellos dos grupos muy distintos: se

ofrece la vida reducida á su más simple expresión; por lo cual se ha comprendido las funciones nutritivas y generatrices bajo la locución de *funciones vegetativas*; ó se yace en posesión de los atributos más eminentes del organismo, y corresponde á los animales: véase por que se le ha dado el epíteto de *funciones de la vida animal.*

§ II

AUTORES CONTEMPORÁNEOS

¿Qué piensan y dicen los autores contemporáneos; ellos que, por ser tales y haber heredado cuantiosos conocimientos, sabrán, sin duda, á este respecto mucho más que sus mayores?

Los discípulos de Stah piensan que vi- viendo el hombre algún tiempo, puede, teóricamente, vivir siempre; Hunter, apo- yándolos, suministra un medio práctico: las

congelaciones sucesivas, pues, agrega, ¿no se conservan de un modo indefinido las carnes congeladas? Robin, siguiendo las experiencias de Aldini y Andrés Ure, asegura que pinchando la piel de un muerto, si éste no resucita, retorna por lo ménos al movimiento local y circunscripto. Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!..

Hermann, Shea y Wundt, después de numerosas páginas escritas, declaran, tristes y cabizbajos, que la vida es desconocida en sí, y que dado el estado actual de la ciencia, debemos contentarnos con observar sus efectos. La razón estriba en que «el sér es aquello para lo cual no repugna la existencia», ó, mejor, que siendo sinónimos los vocablos *vida* y *sér*, *muerde* y *no-sér*, y siendo indefinibles el segundo y cuarto, por su simplicidad absoluta, sónlo también aquéllos, sus equivalentes ¡Fisiólogos materialistas, agarrándose en este naufragio de opiniones, de una regla escolástica, de un precepto de la

escuela que tanto han combatido, despreciado y ultrajado! Cosas veredes...

La noción de *sér* contiene la de *vida*, como la de *rosa* se encuentra contenida en la de *flor*. La una es *genérica*, porque define y explica las *especies*; la otra es *específica*, porque se define por el *género*. *Omnis definitio fit per genus et per differentiam*. Dios, el hombre, los animales, vegetales y minerales *existen*; los vegetales, animales y el hombre además de existir *viven*: *Lapides crescunt, vegetabilia crescunt et vivunt, animalia crescunt, vivunt et sentiunt*. La *vida* es, pues, inherente á la organización, y la *existencia* á todo lo que, organizado ó no, es en la eternidad ó en el tiempo.

Del mismo modo, la idea de *no-sér* es en sustancia negativa y, como tal, no supone idea alguna; antes bien, excluye á todas; la de *muerte*, por el contrario, lleva consigo la de una existencia viviente que, por causas naturales ó extraordinarias, ha dejado definitivamente de manifestarse. ¿Puede morir

algo que no haya nacido? De aquí se deduce que el concepto de *muerte* es positivo en cuanto que indica el cese de la vida y en cuanto que ¡oh soberano problema! abre las puertas de la inmortalidad. Ella hace el oficio de misteriosa llave: cierra para siempre el pasado individual, pero, en reemplazo, abre para los siglos de los siglos un venturoso porvenir. *Vivamus, pereundem!*

¿Queréis que haga resaltar más las diferencias que, con un poco de atención, se advierten entre la *existencia* y la *vida*? Los cuerpos brutos se caracterizan por una repetición monótona de partículas semejantes: una de esas partículas es la imagen perfecta del cuerpo entero, el que, por consiguiente, es indestructible en forma, aunque alterable en volúmen. En los cuerpos vivos, las partes están en armonía con el conjunto, de modo que la ablación de un órgano destruye la simetría del todo. Este es, pues, alterable en volúmen y en forma. Los primeros son susceptibles de acrecer, de du-

rar indefinidamente, de descomposiciones y de recomposiciones químicas; mientras que los elementos orgánicos, una vez segregados, no vuelven á reunirse bajo las mismas condiciones, amen de que el crecimiento y la duración son en ellos necesariamente limitados.

Sin embargo, en medio de esta oposición real y verdadera, la *existencia* y la *vida* se dan la mano. Los elementos inorgánicos, acaparados por el torbellino de la vida, se trasforman, en ciertas y determinadas circunstancias, de materiales pasivos en agentes indispensables para el funcionamiento. Los huesos de los vertebrados; las envolturas calcáreas de una cantidad numerosa de articulados, moluscos, radiados; los tallos de las gramíneas, crecen por yuxtaposición de moléculas, hacen parte integrante de la organización y constituyen francos pasajes de la naturaleza inerte á la naturaleza viva.

Por tanto, la vida es un modo de existir;

la existencia organizada, ó la reunión de dos ó más existencias (cuerpo y alma) que, habiéndose vinculado temporalmente, concurren á un solo fin, que es la perfección.

Colorario.—La vida y la muerte son definibles en sí y en sus ramificaciones próximas ó remotas.

Antes de pasar á discutir lo expuesto, me parece lógico y prudente permanecer aún con los autores contemporáneos, hasta que ellos, por hartos de divagar, se pierdan de vista. Restaríame, luego, penosísimo camino á recorrer si no fuera que soy enemigo de entretenerme demasiado. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

La cuestión es que, en punto á la esencia de la vida, las opiniones se hallan en extremos divididas. Unos, estudiando al hombre desde el óvulo microscópico, afirman que la vida es causa ó fuerza, mas de índole ininteligible; otros, tomándolo recién desde el nacimiento, sostienen con tono muy convencido que, así como no hay

hijo sin padre, ni nieto sin abuelo, tampoco se concibe la vida sin la organización. Sentimentales y entusiastas, se echaron un día á correr trás de ese pensamiento; dieron de bruces y exclamaron: *Aut cæsar aut nihit; ergo*, la vida es un resultado de la organización.

Errare humanum est.

Que sea una compañera de la materia organizada, á la cual abandona cuando ésta, por motivos propios ó extraños, pierde sus constituciones químicas ó disposiciones morfológicas, pase, porque, á la postre, ni la vida pierde en dignidad y gobierno, ni la organización gana cosa alguna con perjuicio de aquélla; pero colocarla, por tenaz sistema contra el espiritualismo, al nivel de las secreciones, v. g., nunca. Plumas sobran para defenderla de ataques que, de tan groseros, han caído en general descrédito. Hoy por hoy, los materialistas no se animan á dar el rostro ante las consecuencias que se deducen de sus

paralogismos; dialécticos de mala fé, se excusan diciendo: «No quiero precisamente decir eso; más.....» Esa conjunción adversativa tiene el fatal intento de materializar todo: desde Dios que, siendo puro espíritu, ha hecho los astros que, siguiendo órbitas por El trazadas, ruedan armoniosamente en el espacio; las aguas que, abriéndose en el cielo sobre la tierra caen para con solícito amor fertilizarla, hasta el hombre que, mitad cuerpo y mitad espíritu, imitando la divina luz de la eterna idea, pica la roca, salta la piedra, y con ellas recogidas, levanta soberbias ciudades, en donde, para honor de la especie humana, se elige gobierno, dictán sabias leyes, se premia el talento y al crimen, comprobado, se castiga.

«Los organicistas, dice M. Quissac, pretenden que la vida es consecuencia de la organización, lo cual es insostenible... ¡La vida consecuencia de la organización! ¡Pero en qué consiste esta organización en el

óvulo de todos los mamíferos, de los reptiles y de los peces, cuando va á recibir la impresión del fluido seminal, ó cuando acaba de recibirla? Todo se reduce á una pequeña masa de albúmina que, por más que goce de la vida, no presenta absolutamente ninguna organización, ni ninguna diferencia esencial para estos diversos séres. ¿Y, sin embargo, de esta pequeña masa de albúmina sin organización alguna y sin diferencia apreciable, es de la que va á resultar un elefante, un ratón, un pájaro, un pez, una serpiente ó un hombre? ¿Y esta materia albuminosa por sí sola había de producir séres tan distintos por su pretendida organización! Nó y mil veces nó; la mente se resiste á admitir semejante suposición.

Emite y articula voces la laringe, que á guisa de instrumento sirve de vehículo á la palabra; se contrae y expande el corazón especie de divino péndulo, á razón de 60 veces por minuto; idem el pecho

que á manera de armadura protege del trípode de la vida dos pies de ella, siendo tercero el cerebro, punto convergente y de partida de las impresiones, que son acciones objetivas, y de los hechos anímicos, que son reacciones psicológicas; se arruga, infla y recuesta sobre sí mismo el estómago; movemos los brazos, cabeza, tronco y; por medio de las piernas, hacemos cortas ó largas jornadas: y todos estos fenómenos, nunca imitados, que dentro de nosotros se cumplen con pasmosa regularidad, ¿no son, acaso, sinó el fruto de la materia que, aunque organizada, materia es?

Girán los mundos al rededor del sol; cae la piedra abandonada con arreglo á la ley de Newton; se enfurece y sociega el mar; corre veloz el viento, y, sin embargo, nadie ha pretendido que la atracción y tempestades se producen y repiten sin causa manifiesta. Antes bien, los pensadores de todas las edades y paises, Platón y Aris-

tóteles en Grecia, Santo Tomás de Aquino en la Edad Media, Bacon y Descartes en lo moderno, han demostrado en grado máximo, sin dudas y reticencias, que el movimiento requiere un motor. Luego, la materia no se mueve; hácela mover alguna fuerza superior á ella en naturaleza, dignidad y fines.

Por otra parte, y en calidad de último argumento, ¿qué es la organización? Abro un diccionario que, por lo conciso, estimo en mucho, y encuentro estos conceptos: «La organización es la disposición de los órganos de la vida, é manera de estar organizado el cuerpo animal ó vegetal.» Es, pues, un resultado, una suma y, en tal concepto, incapaz, por ausencia de suficiente virtud, de producir un principio como la vida, fuente inagotable de beneficios, sin la cual ¡oh muerte que á todos nivelas! todo es nada.

Oid, materialistas; vosotros que solo creeis en lo que cae bajo el dominio de

vuestros falaces sentidos! Os doi una estatua admirablemente construida, por no decir un hombre de fino marmol; aplicadle la electricidad, el calor, la luz, ó cualquiera de las potencias á cuyo absoluto y mentiroso imperio someteis el universo, y después de mil años de ensayos, aplicaciones ó experiencias, como llamáis á vuestras vanas tentativas, devolvédmela con vida. Contestareis que, para ello, deberé entregaros una estatua de carne y huesos. ¡Excepciones dilatorias ó petición de principio! ¿Qué haríais con ella si la tuviérais á mano? Ya sé: someterla; como hizo Robin con un cadáver, á poderosas corrientes eléctricas y, fecho, desengañaros lastimosamente!

¿No advertis que los agentes generales del cosmos, tal como el calórico, no son el origen de la vida, sinó manifestaciones ponderables de la vida misma? ¿Por qué, entonces, andais voceando en la prensa y en las escuelas, é inventando, para mejor engañar, términos altisonantes, bien que

huecos como tambora? Pensad enhorabuena que, siendo inexplicable para vosotros el mecanismo de la vida, debe existir arriba de la materia un principio que será el τὸ ἐννοητὸν ó el *impetum feciens* de los antiguos; *Dios, el alma, el arqueo, la idea directriz* de los modernos.

Hemos llegado, cabalmente, á la teoría que hace de la vida un principio ó fuerza que, colocada en condiciones convenientes, opera, con conciencia ó sin ella, fenómenos de composición y descomposición; pero que, en resumidas cuentas, no es sinó un resultado del juego armónico de los órganos.

Tal teoría ha sido victoriosamente refutada por el Dr. Renouard, bajo dos aspectos diferentes: al traves de la patología y de la terapéutica. Oigámoslo; talento literario y científico, ha sabido unir las cualidades indispensables para convencer deleitando: la forma y el fondo, que, ligadas en proporciones regulares, producen la certidumbre.

Los sectarios de esta doctrina se llaman algunas veces vitalistas, porque admiten en el cuerpo organizado fuerzas vitales ú orgánicas diferentes de las fuerzas de los cuerpos brutos; pero prefíérese denominales *organicistas* para distinguirlos de los vitalistas puros, y porque desprecian, en el estudio de las enfermedades, uno de los más bellos atributos de la fuerza vital, su potencia medicatriz, ocupándose únicamente de las alteraciones constitucionales y funcionales de los órganos. Esfuérzanse en remontarse, por el análisis de los síntomas, á la lesión primitiva que consideran como el punto inicial de la série fenomenal de que se compone cada especie patológica, lesión que constituye, según su doctrina, la *naturaleza íntima* ó *esencia* de las enfermedades y de donde pretenden deducir sus métodos de tratamiento.

A pesar de esto, no tienen inconveniente en confesar que rara vez nos es dado remontarnos hasta la lesión orgánica primitiva

de una enfermedad. «El problema de la *naturaleza íntima* de las enfermedades, dice, Bouillaud, se relaciona de la manera más estrecha con el conocimiento de la naturaleza y del mecanismo de las causas patogénicas. Pues bien; si desgraciadamente es verdad que se encuentra envuelto de las más densas tinieblas el mecanismo de un gran número de causas, en el estado actual de la ciencia, indispensablemente que estas mismas tinieblas han de envolver á la *naturaleza íntima* de las enfermedades producidas por las causas de que se trata.»

Un patólogo perteneciente á otra escuela se expresa todavía más categóricamente sobre el mismo objeto: «Creer que la enfermedad consiste, dice Chomel, esencial y únicamente en los síntomas que la caracterizan ó aun en la lesión anatómica que comprobamos en la abertura de los cadáveres, sería tener una idea inexacta de aquélla. En una neuralgia, donde no demuestra lesión alguna apreciable el es-

calpelo, ha de haber necesariamente una modificación cualquiera en el nervio afectado, de la que ha sido un efecto el dolor. En el desarrollo de una flegmasía ó de una degeneración orgánica, como el tubérculo ó el cáncer, se ha efectuado con antelación un cambio íntimo de las partes enfermas, sucediendo á este cambio las alteraciones secundarias que caracterizan á la inflamación, al cáncer ó al tubérculo. Estas últimas lesiones caen bajo el dominio de nuestros sentidos, y las distinguimos por sus caracteres evidentes; pero se nos escapa el fenómeno primitivo que las precede y las produce, porque se realiza en las partes más delicadas de la organización, y, además, porque la estructura y la acción íntima de estas partes, es inaccesible á todos nuestros medios de investigación, no solamente en el hombre, sinó en todos los seres vivos, cualquiera que sea el reino á que pertenezcan.»

Sin embargo, y á pesar de haber hecho

esta confesión de su impotencia para remontarse al fenómeno inicial de las enfermedades, confesión reiterada en todas las épocas por la generalidad de los médicos, se han envanecido y se envanecen todavía muchos teóricos con la esperanza de llegar á este descubrimiento. Después de la caída de las teorías mecánicas y yatro-químicas, y cuando hubo demostrado por innumerables experimentos el ilustre Haller, las diferencias que separan la irritabilidad de los tejidos vivos de la retractsilidad de los cuerpos inorgánicos, se esperó encontrar el fenómeno inicial que constituye la esencia de las enfermedades en las alteraciones de la propiedad nuevamente señalada. Sobre esta base han elevado Brown y Broussais dos sistemas contradictorios, relegados hoy á los anales de los errores científicos.

Y en fin, los anátomo-patólogos han perseguido en todos tiempos, y persiguen hoy todavía, la lesión primitiva de cada especie morbosa con ayuda del escalpelo, del

microscopio, de la análisis química, etc.; pero atendiendo á que no han hecho este descubrimiento, del que parecen disistir á medida que la ciencia avanza, porque se escapa y se hace inaccesible en el momento en que se le cree poseer, se hace preciso otro guia para la práctica; el arte no puede pasarse sin reglas, siquiera sean provisionales.

§ III

PORVENIR DEL MICROSCOPIO

Tratándose, por ejemplo, del movimiento de una bola de billar ¿cuántas cosas hay que distinguir en él? La bola, que es lo que se mueve; el taco, que es lo que la hace mover; y las resistencias que se oponen al movimiento continuo.

Pues esas mismas cosas, ni más ni menos, deberemos tener en cuenta en el estudio de los fenómenos vitales.

Suponiendo la bola en reposo, unos puntos guardan con el plano una relación directa, y otras, una relación indirecta: la guarda directa, el punto que se encuentra en la intersección de la horizontal con la vertical; la guardan indirecta, todos los demás. Las diferentes piezas que componen el cuerpo humano no reciben por igual la influencia, buena ó mala, del medio ambiente de la vida: el estómago, v. g. quimifica los alimentos; y los huesos se aprovechan de esa operación sin tomar, empero, parte en ella.

Puesta la bola en movimiento, ¿cómo ha principiado á moverse? Por tacazo dado en cualquier punto, excepto en aquel que, cuando en reposo, tocaba inmediatamente el plano. Recibido el golpe, el punto pasivo, respecto del impulso, se convierte en activo, respecto del movimiento: al cambiar de sitio arrastra consigo los puntos vecinos, y éstos, los lejanos. El movimiento general es, pues, una suma de movimientos

parciales que se propagan, por cohesión y afinidad, de los átomos á las moléculas, de las moléculas á las porciones, y de las porciones al entero. El alma, para animar el organismo, no necesita obrar sobre cada órgano en particular ó sobre todos juntos simultáneamente; le basta y sobra hacerlo sobre uno solo, que éste, en acaparando la vida, se encargará de trasmitirla al resto.

Desarrollado el proceso del movimiento, comienza el del reposo; las causas estriban: en la gravedad, que llama la bola hacia el centro de la tierra; en la presión atmosférica y en el roce con el paño. Nosotros podríamos vivir siempre á no mediar las resistencias naturales que encontramos en el camino de la vida; resistencias que aumentamos con nuestros vicios y desórdenes.

De dos extremos el uno: ó la bola se para ó se repiten los tacazos; ó morimos,

ó el alma retorna á vivificar el órgano de que hemos hablado.

La repetición de tacazos, amén del roce, desgasta la bola, sin que de aquí se siga que, por tal motivo, debe desgastarse también la persona que taquea; la continuidad de acciones anímicas y de oposiciones al torbellino vital, debilitan paulatinamente el órgano que las recibe en cuanto que se hace refractario para propagar el movimiento. El alma, como la persona, permanece impune.

¿Qué se deduce de lo expuesto? Sensiblemente que las enfermedades no postran y matan, lo que mata y postra son las victorias de las resistencias al movimiento sobre el impulso al movimiento mismo. El equilibrio en ambas fuerzas constituye el período crítico; especie de transición entre la vida y la muerte. Luego la enfermedad no es «el resultado de los desórdenes del arqueo» (Van Helmodt), ni «el esfuerzo que hace el alma al expulsar las potencias noci-

vas» (Stahl), ni «una simple lesión de las funciones del cuerpo vivo» (Silvio de la Boë), ni «un esfuerzo de la naturaleza en favor de los enfermos para la destrucción completa de la materia mórbida» (Sydenham), ni «un ejercicio penoso, difícil ó irregular de una ó más funciones» (Brown), ni «un acto particular de la organización que, por una nueva operación, reemplaza sus operaciones ordinarias, turbadas por circunstancias insólitas» (Reil), ni «una reacción del principio vital interior contra las causas que dañan el cuerpo» (Sauvages), ni «una función destinada á resistir las causas turbadoras y destructoras del cuerpo vivo» (Cayol), ni «una lesión de la inervación que produce lesiones secundarias» (Dubois d'Amiens), ni «un estado de tensión, de compresión y de aflojamiento de las fibras del cuerpo» (Thémison), ni «una afección del cuerpo que turba sus funciones» (Galeno), ni «una turbación considerable en la proporción y orden de los movimientos de

los sólidos y de los líquidos, la aceleración ó retardo de dichos movimientos en todo el cuerpo ó en alguna de sus partes» (Hoffmann), ni «una alteración del cuerpo que perturba las funciones vitales, naturales y animales» (Boerhaave), ni «una alteración de la sangre, de los humores y de los espíritus, alteración susceptible de alterar los sólidos del cuerpo» (Femel), ni «un cambio en el estado material del cuerpo del hombre» (Buffalini), ni «un estado del cuerpo vivo durante el cual este no puede ejercer, conforme á las leyes de la salud, los actos que le son propios» (Gaubius), ni «una alteración notable sobrevenida, sea en las disposiciones materiales de los sólidos ó de los líquidos, sea en el ejercicio de una ó más funciones» (Chomel), ni «una alteración de las partes constituyentes del cuerpo y de los actos que él debe llevar á cabo» (Andral), sino ¡oh Asclepiade, que has encontrado la incógnita! «un estado contra natura producido por el movimiento irregular de los

átomos.» En vez de «átomos» léase *células*; y la definición quedará perfecta.

Dedúcese igualmente que para prolongar la vida ó combatir los males, se hace menester: ó disminuir el poder de las resistencias ó aumentar el del organismo. Sin embargo, Descartes que pensó algo parecido y vivir, por medio de la higiene, ciento y cuarenta años, sólo alcanzó á los cincuenta y seis: ¡todo muere, hasta las teorías bien fundadas!.....

Veamos ahora sobre qué parte del cuerpo opera el alma ó, mejor, en dónde reside la vida y por qué lado viene la muerte.

Del fondo de las tinieblas, que estaban sobre la haz del abismo; el Espíritu de Dios sacó con cariñosa mano las lumbreras, que hacen del tiempo noche y día; la verde yerba; que da simiente; el árbol, fruto; los peces, aves y animales, cuya sangre podemos derramar, pero cuya «alma nunca jamás tocaremos.» Separadas las aguas de

lo seco y fecundadas ambas cosas, vió. El que, para terminar la creación, era conveniente formar al hombre á su estilo y semejanza.

Del polvo de la tierra hizo el cuerpo de Adam, á quien; soplando la nariz, dió ánima viviente.

La vida, pues, según los antiguos, es un *soplo*; que metido en la materia inerte, la anima y vivifica. De aquí el *ánima* de los latinos, el *πνεῦμα* de los griegos, que corresponden al *seel* de los celtos y alemanes, al *soul* de los ingleses y al *alma* de los españoles.

Consecuencia de la idea de *soplo* es también aquella intrincada psicología que, habiendo nacido en el Oriente, fué importada á Grecia por Pitágoras, desarrollada por Platón, corregida y aumentada por Aristóteles...

Tres almas admitía Platón: la *razonable*, que está localizada en la cabeza; la *irascible*, principio de la actividad y movimien-

to, que reside en el corazón, y el alma *apetitiva* que, siendo la raíz de las pasiones groseras é instintos físicos, yace encadenada, como prisionera, á lo ínfimo del cuerpo con lo cual perece.

Aristóteles, no contento con esto, se echó en busca de nuevas clases; quiso la suerte que encontrara dos, que, con las anteriores, forman cinco: el alma *nutritiva*, que rige la nutrición y la reproducción; la *sensitiva*, origen de la sensación y de los sentidos; la *motriz*, fuente del movimiento y de la locomoción; la *apetitiva*, causa del deseo, de la voluntad y de la energía moral, y, en fin, la *racional* ó razonable.

Los escolásticos, que, por devoción, eran peripatéticos, multiplicaron las almas hasta lo infinito; para ellos el cuerpo humano es una bolsa de almas de naturaleza y fines opuestos. ¿Cuántas discordias habría dentro de nosotros mismos si esto ¡cubierto por el polvo de los siglos! fuera verdadero?

Eso no es nada; escúchese la siguiente

explicación que de las células y sus oficios da Guillermo de Conches:

«In capite tres sunt cellæ: una in priora (prora), alteru in puppe, tertia in medio. Prima enim cellula dicitur FANTASTICA, id est visualis: in ea enim anima videt et intelligit. Hujus cerebrum est calidum et siccum, ut calore sicco, cujus est attrahere, formas est colores exteriores sibi contrahat. Media cellula dicitur LOGISTICA, id est rationalis. In ea discernit anima res visas; scilicet figuras et colores, quas vis fantastica intus traxit, vis logistica ad se trahit ibique rem a re discernit. Ex figura enim et colore rei quas ibi aspicit anima, cognoscit quid res sit illa. Hujus cellulæ cerebrum est temperatum, quia temperies rationem non impedit. Postrema cellula dicitur MEMORIALIS, quia in ea exercet anima memoriam. Quod enim prima attrahit, in media discernit, et per quodam (quodam) foramen quod est inter mediam cellulam transmittit. Hoc foramen carun-

cula quædam, similis capiti uberis mulieris, obstruit. Quum vero anima vult aliquit novum memoriæ commendare, vel vetus ad memoriam revocare, removet se caruncula illa aperiturque foramen... Hujus cellulæ cerebrum est frigidum et siccum; frigidi enim et sicci est constringere et retinere. Sed istæ qualitates cerebri matatæ has actiones minuunt. Si enim aliquis habet cerebrum postremæ cellulæ humidum, quia humiditas defluit et figuras et colores turbat, est malæ memoriæ...

Descartès, que dió al traste con los conocimientos hasta entónces adquiridos, le cupo en suerte probar la existencia de una sola alma.

«Pero dice ¿qué soy yo? Una cosa que piensa. Y ¿qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, que entiende, que concibe, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que imagina y que siente. No es poco ciertamente, si todas estas cosas pertenecen á mi naturaleza. Y ¿por.

qué no la han de pertenecer? ¿No soy el mismo que ahora duda casi de todo, que entiende y concibe ciertas cosas que asegura y afirma aquellas que juzga verdaderas, que niega todas las demás, que quiere y desea conocer más aún, que no quiere ser engañado, que imagina muchas cosas, mal que le pese á veces, y que siente también mucho por mediación de los órganos del cuerpo? Y ¿hay algo en todo esto que no sea tan verdadero como es cierto que yo soy y que existo, aun cuando siempre duerma y aun cuando se sirva de toda su industria el que me ha dado el ser para abusar de mí? Y alguno de esos atributos, ¿puede ser distinguido de mi pensamiento ó decirse separado de mí mismo? Porque es de suyo tan evidente que soy yo quien duda, quien entiende y quien desea, que nada se necesita añadir para explicarlo.»

.. Sin embargo, él, genio poderoso, erró á este respecto, violentando la unidad huma-

na: admitió el alma para el pensamiento y el organismo para las funciones. ¡Lo múltiple en lo uno! . . . ¡Contradicción de las contradicciones!

Chauffard, fundándose en las investigaciones de Virchow y Cl. Bernard, ha demostrado palmariamente que el sér que piensa es el mismo sér que vive. « La ciencia del hombre, manifiesta, corresponde á las relaciones y las modalidades comunes del alma y de la vida; relaciones que llevan consigo un carácter indeleble de espontaneidad, que evolucionan y aumentan conforme á los tipos primitivos é ideales, que se vinculan por lazos que hacen del alma la vida del pensamiento y de la voluntad, y de la vida, el alma de las creaciones orgánicas y perceptibles. »

Luego, es necesario convenir que el cuerpo es una máquina que, merced á una potencia invisible, entra en actividad. ¿Quién ha visto ó palpado el calor, el magnetismo y los otros motores físicos? Medimos

en el tiempo y por el espacio sus manifestaciones apreciables; pero ellos mismos permanecen ocultos al ojo del observador. Pues tampoco nadie ha palpado ó visto el amo y señor del cuerpo. Encerrado en los pliegues misteriosos de su sin par naturaleza, se burla de las retortas de los químicos, de las pilas de los electricistas y de las pretenciones de los empíricos; equivaliendo á la razón, sólo cede al vigor del razonamiento; conteniendo la conciencia, escucha solamente la voz interna, especie de justicia siempre vigilante que guía y corrige nuestros pasos.

Ahora bien, siendo el alma una fuerza y, en tal concepto, indivisible, no puede accionar sobre las cantidades; esto es, sobre lo que en efecto y realidad se divide; ella, como las fuerzas cosmológicas, debe operar sobre la unidad absoluta ó relativa. Resta saber, pues, cuál es esa unidad. Becard (J.) lo ha dicho: «La anatomía del desarrollo nos enseña que todas las fibras,

todos los tejidos, provienen de un elemento primitivo; y tomando la palabra *elemento* en su acepción más rigurosa, se puede decir que, realmente, no hay más que un solo elemento anatómico, la CÉLULA.

La célula es á los cuerpos vivos lo que los átomos á los brutos: colocada entre el alma y la organización, trasmite á ésta lo que ha de aquélla; vehículo del torbellino, lo acapara é irradia á los tejidos y órganos. La célula es, pues, un intermediario de la vida; tiene por cualidad principal la *conductibilidad* de los impulsos anímicos, y por propiedades segundas, las que se leen en los tratados de medicina.

Para terminar estas vistas filosóficas resumiré lo expuesto y alegado diciendo que: es así que la vida resulta de la aplicación del alma en la unidad de la materia organizadora; por tanto, debe buscarse en la célula, y solamente en ella, el origen de las enfermedades y muerte del individuo.

Según este sentir, la ciencia se esclaviza.

al poder absorbente del microscopio, en cuyo maravilloso campo encontrarán los peritos racional explicación de muchos fenómenos que yacen todavía en las tinieblas.

§ IV

UNIÓN DEL ALMA CON EL CUERPO

(NUEVA TEORÍA)

Hasta aquí creo que no hay ninguna dificultad: el espíritu obra sobre las células como la gravedad sobre los átomos de las masas; «pero, se dirá, repugna al entendimiento que la sustancia espiritual, rigurosamente simple, se ponga en inmediato comercio con la célula, que, aunque tal, es compuesta, divisible y extensa.»

Convengo en que la objeción es pesada: reposa en el dicho antiguo de que lo espiritual se opone, por naturaleza y fines, á lo material; dicho que, habiéndose incor-

porado á casi todos los sistemas, ha pasado por axiomático. ¡Error! Las propiedades esenciales de la materia son: el tiempo y el espacio. Detengo la pluma; miro á derecha é izquierda, y nadie responde negativamente; concepción admitida de plano en la historia de la filosofía, se parece á un monumento de granito. ¿Quién ha pretendido hundir en ella el pico? Antes bien, Descartes y Spinoza lo coronaron con nuevas y elegantes cúpulas.

Respecto del espíritu, su propiedad esencial reside, no en el espacio, tampoco en el pensamiento, sinó en la duración. ¿Se puede concebir el alma sin pasado y presente? En el orden finito, nó; tratándose de Dios, sí.

Ahora bien, aquella repugnancia cesa considerando que el alma y la célula poseen un atributo igual: el tiempo, en virtud del que, ambas cosas, célula y alma, no son *contrarias*, sinó *semejantes*. Puede, pues, el alma, por medio del tiempo, obrar sobre

la célula; y ésta, por el mismo camino, reaccionar sobre aquélla, de donde se deduce que el tiempo desempeña en el hombre el oficio de puente entre lo que anima y es animado.

Me parece oír esta objeción: «pero la materia y el espíritu chocan en cuanto al espacio.» Contesto: más se unen en cuanto al tiempo. Si el espacio sirve de oposición, el tiempo une y vincula todo lo creado; por su intermedio desaparecen esas encantadas luchas de los materialistas y espiritualistas. No se vea en la materia sinó una cualidad de más: el espacio; no se vea en el espíritu sinó una cualidad de ménos: la extensión.

FIN

1. The first part of the document is a letter from the President of the United States to the Congress, dated January 1, 1861. It is a formal address, and it begins with the words "My Countrymen," which is a traditional opening for such a document. The letter discusses the state of the Union and the challenges facing the country at the time.

The first of these is the fact that the
 Government has been unable to secure
 the necessary funds to carry out its
 policy of non-interference in the
 internal affairs of the country.
 The second is the fact that the
 Government has been unable to secure
 the necessary funds to carry out its
 policy of non-interference in the
 internal affairs of the country.
 The third is the fact that the
 Government has been unable to secure
 the necessary funds to carry out its
 policy of non-interference in the
 internal affairs of the country.

EL HOMBRE

CAPÍTULO II

DOCTRINAS VITALES

§	I—Revista general.....	55
§	II—Tiempos antiguos.....	90
§	III—Tiempos intermedios.....	132
§	IV—Tiempos modernos.....	139

PERÍODOS DE LA VIDA

§ I—La niñez.....	165
§ II—La adolescencia	170
§ III—La vejez	184
§ IV—Apéndice (Pensamientos).....	194

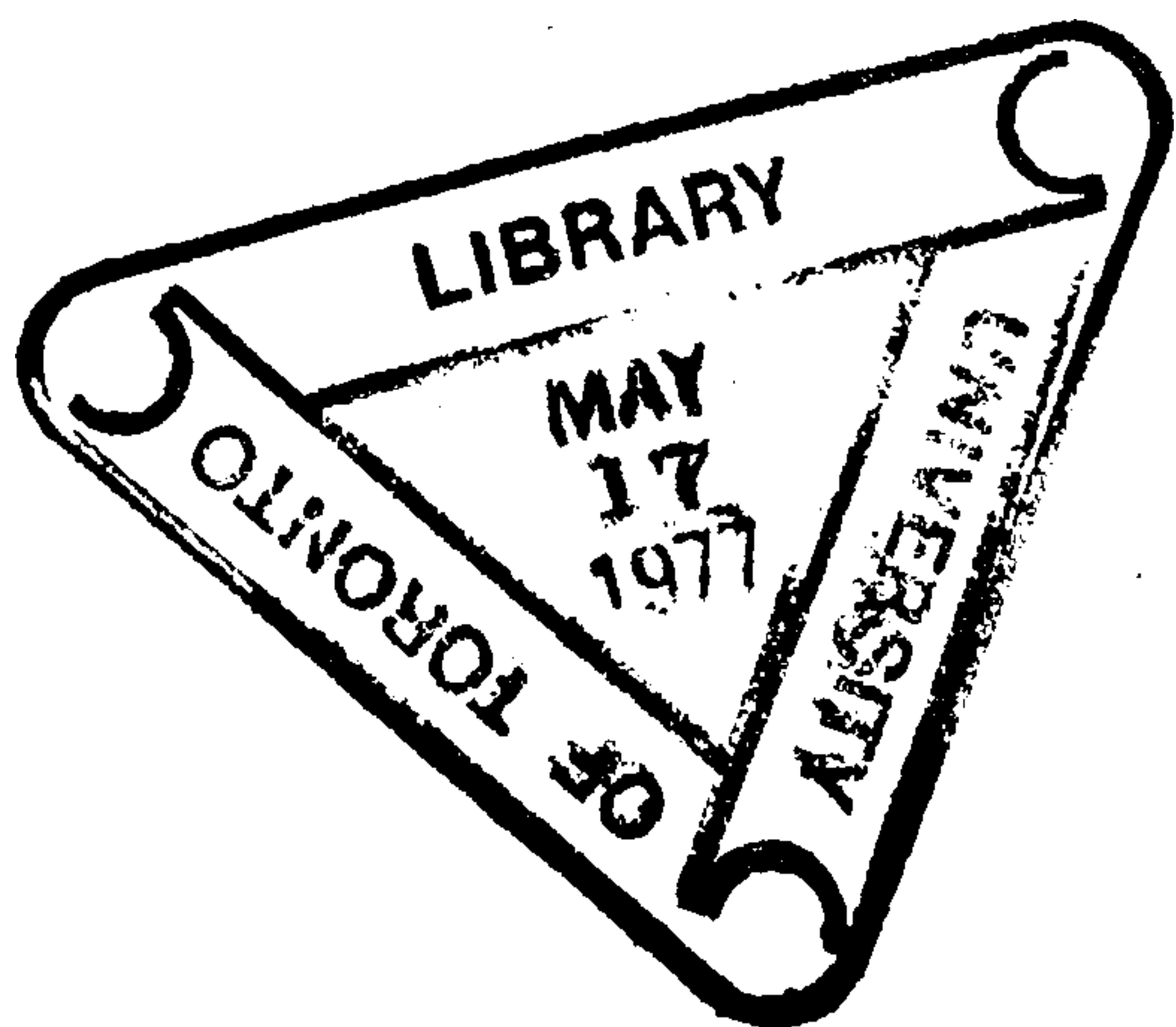
METAFÍSICA DE LA VIDA

§ I—Similes	209
§ II—Autores contemporáneos.....	219
§ III—Porvenir del microscopio.....	236
§ IV—Unión del alma con el cuerpo (Nueva teoría)	251



1770-1771

1



0

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF

BD

00 00628